



# ¡Estás como una CABRA!

▶▶ Jana VMoreno

Belce



**¡Estás como una cabra!**

**Jana V. Moreno**

Copyright 2024. Jana V. Moreno.

Todos los derechos reservados.

Diseño de la portada: Calice, Servicios editoriales, Luce Monzant.

Maquetación: Calice, Servicios editoriales, Tina Monzant.

Edición: enero 2024.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo del titular de los derechos de autor. La infracción de las condiciones escritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

# Índice



[Dedicatoria](#)  
[Agradecimientos](#)  
[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Sobre el autor](#)

## Dedicatoria



Él me enseñó que las diferencias son lo que te hacen especial, lo que te hacen único. Por sus ojitos verdes, su sonrisa esporádica, su forma única de demostrarme amor, por siempre estar ahí, por hacerme ver la vida diferente. Por todo eso y mucho más, se lo dedico a mi novio. Él es y será, mi eterno "Loren Edwards".

Gracias cariño, te amo.

## Agradecimientos



Gracias a mi familia por estar ahí a lo largo de un año que no ha sido fácil y, por cada momento en el que la vida me lo ha puesto difícil.

Sobre todo, a mi madre, que sobre todas las cosas siempre está ahí para darme su mano y levantarme en cada tropiezo de la vida.

Sin ella esto no hubiera sido posible. Ella es la dueña de Petunia (el cochecito de flores) y la que escucha a Morat a todo volumen cada vez que conduce.

Forma parte de mi vida y también de este maravilloso libro.

Eres grande, mamá y te quiero.

## Capítulo 1



En el fulgor de la batalla, cuando Scott la rescató de la picadura de la tarántula mortal, se miraron a los ojos y se desearon. Juntaron sus labios y se dijeron

«¿Qué se dijeron? No, esto no tiene sentido».

Borrar.

¡No había forma de escapar! El malvado capitán los había encerrado en la bodega del barco y, cuando parecía estar todo perdido y el navío naufragaba, Scott sostuvo a la bella dama y contuvo el aliento, si debían morir, sería juntos.

«¡No! ¡Ni que fuera el Titanic!».

Borrar.

Me quedo mirando la pantalla del ordenador, está en blanco como mi mente. Parece que fuera ayer cuando empecé a escribir en Wattpad. Era una escritora más del montón. Adoraba escribir novela histórica, pero simplemente no resaltaba. Fue entonces cuando por probar nuevos horizontes me atreví a romper con las barreras de mi imaginación y comencé a escribir novela rosa repleta de escenas eróticas.

El sexo vende, ¿no? También el morbo, así que me olvidé de lo que me gustaba, por complacer a los lectores.

Triste, pero efectivo.

Aparqué las novelas históricas y me envolví en una saga de aventuras y romance con un trepidante marinero de cabello moreno y ojos celestes llamado Scott Haverson y su flamante compañera Davy Lacrost; rubia, ojos verdes, caucásica. Debían ser el típico cliché de dos humanos perfectos. Despampanantes, atrevidos, coquetos, ardientes. Lo tenían todo para triunfar y triunfaron. Sin embargo, cometí el error de elegir mal al elenco.

Cuando mis libros comenzaron a ser más notorios en la aplicación, me sugirieron elegir dos modelos que pudieran encarnar a los protagonistas de mi saga, y ahí empezó mi tormento.

Me levanto de la cama y tomo el móvil observando el Instagram de mi protagonista.

Lorenzo Edwards la perfección en persona. Cuerpo musculoso, sonrisa de ensueño, dentadura perfecta, ojos claros, cabello sedoso y una fuerte relación con los animales, en especial con su mascota, una cabra a la que llama señora Belcebú. A veces pienso que esa cabra en realidad es el demonio y que lo tiene dominado. En definitiva, tiene a mis fans loquitas. Si me dijeran que encarnaría al príncipe Encantador de la película de Shrek ahí estaría él mordiendo una rosa y bailando la marimorena a lomos de un caballo blanco mientras carga a su cabra en una mochila.

Cuando la editorial tuvo la brillante idea de presentarnos estaba ansiosa. No solo iba a conocerlo a él, también me presentarían a la chica que había elegido para ser la flamante Davy Lacrost. Ginger Jefferson fue la indicada para ese papel. Rubia, deslumbrante y también perfecta.

Si me dijeran que esa mujer va al baño a defecar como cualquier ser humano, diría que seguro expulsa rosas con olor a lavanda.

Veo una foto de ambos en Instagram y leo los comentarios. Les hablan como los personajes de mis novelas y ellos les responden como tal. Resoplo y observo mis ojeras en el espejo del baño. No sé cuántos días llevo sin peinarme, mas, las greñas marrones que caen por mi pálido rostro son suficientes para saber que hace por lo menos una semana. Hago una mueca. No sé cómo pretendía llevarme bien con esa clase de gente.

Estaba eufórica, orgullosa de que aceptaran ser los rostros de mis personajes, era como un sueño hecho realidad, como si mis personajes cobraran vida frente a mí. Poder abrazarlos, hablar con ellos. Un sueño que se rompió en mil pedazos cuando supe cómo eran en realidad.

Mi árbol de Navidad con las luces de hace más de cuarenta años, heredadas de mi madre, tiene más iluminación que la mente de esos dos juntos.

Ginger solo piensa en moda, en traer sus uñas de gel perfectas, ir a la última y verse como una diva en cada foto que le tomen. Hablando de fotos; no puede soltar el móvil. Su nivel de fanatismo por sí misma es tal, que pude ver cómo en los tocadores le hablaba a su imagen en el espejo, y se lanzaba piropos bastante subidos de tono.

«Cómo me gustaría tener esa autoestima, aunque me viese como una loca capaz de autoembarazarme».

Hablamos poco y al menos fue agradable, aunque charlar de bolsos que valen más que mi hígado en el mercado negro no es algo que me entusiasme.

El peor fue Lorenzo. No voy a mentir, a él era al que más ganas tenía de conocer; sin embargo, resultó ser una decepción. Hablaba más fluido con la dichosa cabra que conmigo. Y no es que no me gusten los animales o tenga algo en contra de las cabras, solo me cae mal «esa» cabra.

Suspiro y dejo el móvil a un lado cuando leo un comentario en el que los halaban diciéndoles que los libros son geniales. Ese comentario debería tenerlo en mi perfil inexistente de buenos comentarios.

Me desvisto y me miro en el espejo, observo mi cuerpo regordete repleto de estrías y piel de naranja. Levanto el brazo y juego con la piel que cuelga de este. En definitiva, yo no sería el arquetipo idóneo para ser la protagonista de un libro. Tengo un pecho más grande que el otro, soy miope y mejor detengo ahí la lista de defectos que tengo, porque no sería posible terminar hoy.

Dejo las gafas sobre el lavamanos y me meto a la ducha. Suelto mi melena mientras el agua tibia corre por mi espalda. Pensando en aquel primer encuentro con Lorenzo, recuerdo que me miró de arriba abajo y admitió imaginarme distinta. A partir de ahí me tensé.

He de reconocer que mi actitud con él no fue la mejor, y que la mayoría de las palabras él no las entendía al ser de habla inglesa y tener mínimos conocimientos del castellano, pero es una de esas ocasiones en las que la persona te cae mal de forma automática, y no entiendes por qué. Quizá la cara de asco junto a sus palabras influyó en mi decisión de odiarlo. Después lo vi hablando con su cabra y me empezó a parecer un auténtico psicópata. Se respondía él solo, haciendo la voz de la cabra en un tono más agudo. No me imaginaba a mi personaje perfecto, a mi Scott Haverson hacer tal cosa. Ahora ya habla bien el castellano, y saber las conversaciones absurdas que tiene con la cabra me perturba.

Después de ese desastre de día, tuve que soportarlos en cada presentación que hice de mis libros. La situación empeoró cuando los fans de mi saga comenzaron a compararlos conmigo.

Los comentarios atacándome se acrecentaron. Algunos se preguntaban cómo era posible que ellos fueran tan perfectos y yo tan del montón. Una escritora como yo no podía tener cerca dos adonis como ellos. Después dijeron que los personajes eran mejor que yo, porque me puse intensa y respondí de modo inapropiado a una mujer que se metía con mi físico. Así que, de alguna manera, mis personajes eran más valorados y queridos que yo.

«Davy Lacrost sí es una buena mujer», decían y seguían comentando: «Ella jamás le llegará a la suela de los zapatos».

Juro que a cada comentario de esa índole me dan ganas de recordarles que el personaje es ficticio y que la persona real detrás de esas letras soy yo, y que me están provocando un bloqueo de escritor tal, que llevo un mes intentando terminar el mismo libro.

Parece que los escritores no tenemos derecho a réplica y si lo hacemos tenemos consecuencias garrafales en internet para nuestra carrera. Así fue cuando la editorial comenzó a excluirme, y darle más protagonismo a Lorenzo y Ginger para conseguir más ventas. Dos modelos que no han trabajado nada en mi novela y con los que tenía y, tengo poca o nula relación.

Salgo de la ducha y me pongo mi pijama gris, así como mi vida y el cielo que se observa desde el salón. No salgo de casa, no tengo amigos y mi madre vive en la Luna. Parece haberse mudado allí hace años y no que se encuentre en otro pueblo distinto al mío. Ser sociable se me dificulta y me pongo muy nerviosa cuando intento expresarme fuera de las letras de un ordenador, así que, a pesar de que llevo viviendo sola y en la ciudad desde hace dos años, no conozco a nadie.

Vuelvo a tomar asiento en la cama y dejo mi pelo envuelto en una toalla cuando apresurada escribo un final tan seco y soso que me da un sarpullido interno, no obstante, hoy vence el plazo de entrega y tengo la presentación de este libro en dos días, así que debo terminarlo.

Mando el manuscrito y me dejo caer en la cama, soy consciente de que en los próximos días estaré envuelta en chocolates, pizzas, patatas fritas y hamburguesas, porque no estoy feliz con el resultado de esa novela.

El móvil suena con una canción de Morat. Me levanto de golpe, pensando que estoy en uno de sus conciertos y levanto los brazos con energía.

—¡Os amo! —exclamo para ver la inmensidad de la habitación y el sonido de una gotera que empieza a calar en una de las esquinas.

Miro hacia la ventana, está lloviendo. Me quedo mirando con la boca abierta y siento cómo se me cae un poco la baba. A mis sentidos vuelve el tono de la canción Besos en guerra y doy un pequeño salto sujetando el móvil. Descuelgo la llamada.

—¿Sí?!

—Susan, te estamos esperando —informa mi mánager—. La presentación va a empezar en diez minutos. Que Loren venga tarde es algo normal, pero tú no, ¿estás enferma?

«¡Mierda, la presentación! ¡¿Ya han pasado dos días?! ¡¿En qué día estamos?! ¡¿Qué hora es?! ¡¿Cuándo demonios nos invadirán los *aliens* para dejar de ir a trabajar?!».

—¡Arancha, estoy allí en cinco minutos! —exclamo, levantándome a tropiezos de la cama. Me engancha con la manta y termino besando el suelo.

«¡Oh, mi amor, no seas tan brusco conmigo!».

—¡Date prisa, Susan! —Escucho desde el móvil antes de que mi mánager cuelgue.

Suspiro sin levantarme del suelo. El día ya empezó torcido.

¿Me podría pasar algo más? Sí, mi Petunia no arranca. Llamo Petunia a mi coche, un

escarabajo rosa que me regaló mi difunto padre al cumplir los dieciocho. Está viejo, tiene muchos achaques como cualquier coche anciano, aun así, el nivel sentimental que le tengo me impide venderlo o comprarme uno nuevo.

Llueve a cántaros. Suspiro al ver que no va a arrancar tras darle vuelta a la llave varias veces. Con mis tacones de aguja y un paraguas me dispongo a llegar a tiempo a la presentación. El viento sopla tanto que noto como el paraguas me tira de la mano y las gotas igual calan mi ropa.

El parasol se me voltea; se rompe, me empuja contra una farola y mi frente se golpea.

¡Joder! Me sostengo y me tambaleo por el dolor y el mareo. Mi tacón se mete en la rejilla del alcantarillado y tiro. Por esta acción se me rompe, se me sale la zapatilla y caigo de espaldas al suelo.

—¡Esto no puede estar yendo peor! —grito y me arrepiento al momento. Un mercedes pasa por mi lado a toda velocidad y me salpica de agua con un charco que hay al lado.

Levanto las manos, empapada, gimoteando de frío con el flequillo tapándome media cara y la boca abierta por el impacto.

Veo que el coche se detiene y da marcha atrás. «¡Se va a enterar!».

Me levanto del suelo, cojo mi zapato roto y camino coja hasta la puerta del conductor. El cristal está tintado, así que no veo el fondo. Lo golpeo con el zapato.

—¡¿Eres idiota?! —grito—. ¡¿No sabes tener consideración con la gente?!

El cristal se baja lento. La cabeza de una cabra blanca con negro se asoma y me chilla.

—¡Meeee!

—¡Aaah! —Sigo yo el grito echándome atrás y caigo de culo una vez más al suelo.

El cristal se termina de bajar y veo a Loren, quien me mira con la boca abierta y los ojos de par en par. Esconde una risita y agacha la cabeza. La cabra me mira con odio, yo lo sé, lo siento.

—¿Qué haces en el suelo? —pregunta Loren—. ¿No estás muy mayor para jugar en la lluvia?

—¡Para eso nunca se es demasiado mayor! —respondo con rabia—. ¿No lo ves? ¡Lo estoy disfrutando!

Loren se ríe y me crispa los nervios. Abre la puerta del coche. Observo su metro noventa bajar con elegancia del vehículo y se agacha sosteniéndome el brazo. Me quedo mirándolo en Babia por unos segundos.

—Vamos, levanta —pide.

Reacciono y muevo el brazo con brusquedad.

—¡Suéltame, joder, estoy así por tu culpa! —Me levanto del suelo sin su ayuda, hombre, faltaba más. Empiezo a caminar hacia la presentación.

¡No me subo a su coche ni loca!

—¿Adónde vas? —pregunta.

—¡A la presentación!

—Te he dicho que subas al coche, ¿por qué eres tan cabezota? —No le respondo, no vale la pena. Su acento inglés me hace temblar y batallo entre querer golpearlo y abrazarlo—. ¡Con la suerte que tienes te cae un rayo encima!

Me detengo en seco y justo se escucha el sonido de un trueno y un relámpago que ilumina de morado toda la calle. Se me encogen los pulmones y el cuerpo se me tensa. Corro hacia el coche y me subo sin pensar, escucho sus carcajadas. Lo veo entrar y miro en el asiento de atrás. Tengo la cara de la cabra casi pegada a la mía. Me mira fijo. Trago saliva.

—Loren, ¡dile a tu cabra que no me maldiga!

—La señora Belce sabe que te cae mal y por eso te mira así, trátala con cariño.

—Ese trabajo tenía yo ahora, tratar con cariño a tu cabra endemoniada.

Loren niega con la cabeza y empieza a reír de nuevo. Arranca el coche y desde la radio escucho como suena Morat. Levanto las cejas sorprendida de que Loren pudiera tener gustos musicales parecidos a los míos. Lo miro de reojo y suspiro. Observo que enciende la calefacción. «¿Será posible que se preocupe por si tengo frío? No, no puede ser».

No le hablo en todo el camino, él tampoco hace algo por tener una conversación conmigo. Me bajo del coche al llegar.

Arancha me mira con pánico. Se le corta la respiración.

—¿Pero qué paso?! —grita tirándose del pelo. Si tira un poco más se va a quitar las extensiones.

—A nuestra escritora le gusta jugar bajo la lluvia —se mofa Loren. Lo miro apretando los dientes hasta que me cruje la mandíbula. Él sonríe, y cargando a la cabra que no me quita ojo, pasa frente a mí.

—¡Dios santo! ¡Maquillaje, peluquería, vestuario, ahora! —Arancha está exaltada y es normal.

—Lo siento —le digo con un hilo de voz—. Fueron un montón de infortunios.

—Al menos has llegado. —Se lleva la mano al pecho—. Casi me da algo al pensar que no vendrías.

Me tiran del brazo, hacen que entre a retocarme y justo veo a Ginger Jefferson. Me mira de arriba abajo y viceversa. Se queda horrorizada y se pone una mano en la boca.

—¡Oh no! —Se espanta.

—Lo sé, estoy horrible.

—¡No llevas bolso! —continúa. La miro y creo que me está dando un tic nervioso en el ojo derecho. Me fijo en que va vestida con una camisa llena de pompones fucsias. Le queda genial a pesar de lo cutre que es. Me llego a poner yo eso y parecería un caniche.

Ginger corre a su camerino y me trae un bolso. Me lo entrega con una sonrisa radiante.

—Vale siete mil euros —me aclara.

—Gracias. —Lo tomo confundida y con miedo de romperlo—. Ahora ya sé que llevo un bolso con más valor que mi vida.

—¡De nada!

Me arreglan deprisa y me cambio con la ropa que me prestan. «¡Llevo falda! Esto es horroroso, se me va a ver todo el culo». Tiro de la falda hasta que casi me llega por las rodillas. Suspiró y trago saliva. Hay demasiada gente. Es el último libro de la saga y es normal tanta expectación. No obstante, no estoy acostumbrada a las multitudes y a últimas fechas, tuve más críticas en redes que halagos. Tengo miedo.

Escucho mi nombre, me dan el libro en físico y es la primera vez que lo veo. En la portada Lorenzo y Ginger se ven caracterizados de Scott y Davy. Sonrío porque en realidad se ven geniales.

Salgo al escenario, los aplausos me emocionan, pero cuando me doy la vuelta y veo que a quienes aplauden son Loren y Ginger se me quita la sonrisa. Me quedo mirando a un punto del suelo una vez que me encuentro en medio del escenario, rodeada de gente, aun así, sintiéndome sola.

Loren sostiene la mano de Ginger, le da un suave tirón y se la acerca besándola. Los lectores exclaman, gritan, se enloquecen. Suspiro hondo y me siento en el taburete, manteniéndome alejada de ese espectáculo organizado por la editorial. Las preguntas empiezan. Ninguna es para

mí o acerca de mis libros. Se lo preguntan a ellos. Loren actúa de Scott a la perfección. Por un momento me encuentro babeando por esa actitud de héroe que muestra cuando actúa. Davy parece olvidar por un momento sus bolsos y centrarse en la trama de los libros. No se los ha leído, aun así, su mánager le hizo un breve resumen para que no se pierda en las preguntas.

—¿Es cierto que estáis juntos en la vida real? —pregunta una mujer del público.

«Mentira».

—¡Claro! —miente Scott, ¡digo!, Loren—. Estamos muy enamorados.

Vuelven a besarse y el lugar se llena de gritos y aplausos que me ensordecen.

—¿No hay ninguna pregunta para la escritora? —pregunta Ginger.

Me miran al igual que el público. Una señora levanta la mano y sonrío. Me ilusiono en cuestión de segundos.

—¿Pensaron en casarse? —pregunta y borro la sonrisa.

—Es demasiado pronto para eso —responde Ginger.

La conversación vuelve a centrarse en ellos. Los ojos se me empañan y respiro hondo para no llorar en medio de todo el mundo. Cuando levanto la mirada observo que Loren sigue observándome.

Cuando la presentación termina me levanto del taburete y salgo del escenario sin esperar a nadie.

—¡Susan! —Loren me llama, no me detengo. Intento salir cuanto antes del edificio—. ¡Susan, espera!

Me sostiene del brazo y lo miro con rabia.

—¿¿Puedes dejar de agarrarme así?! —Suspiro y me paso las dos manos por el pelo—. ¡¿Qué demonios quieres?!

—Siento lo que pasó en la presentación.

—¡¿Tú qué vas a sentir?! ¡Eres el mayor farsante que había en ese escenario! —No sé qué me pasa, estoy llorando. Sin embargo, a la vez la rabia aumenta en mi pecho. Lo empujo—. No tienes nada que ver con Scott, ¡Él no miente! ¡Tú y Ginger no están juntos y ve despidiéndote de Scott porque lo voy a matar y no escribiré ni un libro más!

—¡Susan! —grita Arancha y me quita el micrófono que me habían colocado antes de salir al escenario.

Veo que Loren me mira con la boca abierta. No puede ser. Camino lento hacia el escenario y me asomo para percatarme de cómo me miran los lectores decepcionados. El corazón se me parte en mil pequeños trozos que se clavan en mi alma y me desgarran. Me doy la vuelta y le devuelvo el bolso a Ginger.

Me seco las lágrimas con la manga de la camisa y con pesar salgo corriendo del edificio. Escucho a Loren llamarme al instante en que pido un taxi. Me sostengo la cabeza por las sienes.

—Esto no puede estar pasando —murmuro.

El taxista se detiene y me subo al coche. Percibo que Loren se sienta a mi lado. Lo miro de reojo.

—¡Baja del coche! —grito, irritada.

—¡No! —Cierra la puerta y mira al taxista—. Señor, ¡me quiere matar!

—¡Ay, virgen santa! —Paso las dos manos por mi pelo desesperada y miro al taxista—. ¡No le haga caso señor, está loco! —Lo miro—. ¡Estás loco!

—¡No puedes matarme!

—¿Estás consciente de lo que dices?!

El conductor nos mira por el retrovisor con cara de pánico.

—¡No puedes matar al protagonista! —me exige Loren. Lo miro y se me escapa una risa sarcástica—. Eres mala.

—Malísima. ¡Baja del coche! —Paso sobre él y me quedo sentada sobre su regazo. Le abro la puerta—. ¡Baja!

—¡No! —Cierra la puerta.

—¡Qué bajas, Scott! Mierda, ¡Loren! —Abro la puerta de nuevo.

—¡Que no! —La cierra—. ¡¿Mínimo me matarás de forma épica?!

—¡Lorenzo!

—¿Sí? ¿Policía? —Escuchamos al taxista y lo miramos a la vez—. Creo que va a haber un homicidio.

—¡No, señor! —Lo intento detener y Loren me sostiene los brazos.

—¡Eso, llame a la policía! —lo increpa.

—¡Cállate ya! —Lo empiezo a golpear con las manos abiertas y él se cubre—. ¡Me van a meter presa por tu culpa!

—¡Pues no me mates!

—¡No eres Scott! —le grito.

Me desespera. Me bajo del taxi y comienzo a caminar por la calle. Me sigue, ¿cómo no!

—¿Ya no me quieres?! —Lo escucho y se me hiela la sangre. Me doy la vuelta y lo veo arrodillarse frente a mí. La gente en la calle nos mira. Se me baja la presión. Me sostiene la mano y me observa con circunspectancia—. No me mates, por favor. ¿Me creaste para lastimarme?

—¡Dile que saldrás con él! —comenta un hombre desde el balcón de una casa—. ¡Se nota que te quiere!

—¡Eso! —gritan otros vecinos.

No puede ser, esto no puede estar pasándome.

—Levántate del suelo, Loren —murmuro con una sonrisa fingida en el rostro—. Si no te levantas, estoy empezando a pensar matarte de verdad.

Aparto la mano y él suspira. Se levanta, aun así, sigue detrás de mí.

¡Tierra trágame!

—¡Deja de seguirme! —le pido.

—Al menos deja que te lleve a casa —propone—. Puede que empiece a llover de nuevo y, quizá tenga una oportunidad para que no me mates.

Entorno los ojos y me detengo. No quiero que me encierren. Lo miro y asiento. Observo hacia su lado. La cabra corre hacia nosotros vestida con un tutú rosa.

—¿Qué hace la cabra endemoniada con un tutú?

—Lo eligió ella.

—¿Por qué rosa?

—Le queda muy bien el color, ¿no crees?

«Me voy a volver loca».

Todo el camino, Loren se dispone a darme motivos para no matar a Scott. Lo miro de reojo por cómo habla en primera persona. Este chico tiene un problema grave de personalidad.

—Te propongo algo, pasa conmigo un día. —Levanta un dedo—. Solo uno para intentar hacerte cambiar de idea. Si no lo logro, puedes hacer lo que quieras.

—Ya puedo hacer lo que quiera, soy la escritora.

—Susan, por favor. —Suspira hondo y me mira—. Deja que consiga que me odies menos.

—Te lo estás tomando muy personal, ¿sabes separar la realidad de la ficción, Loren?

Veo que me va a responder, mas, mi vista me lleva a la puerta de mi casa. Está abierta de par en par. Bajo del vehículo apenas pierde velocidad y corro hacia mi casa. Está todo revuelto. Sin embargo, el portátil está en su lugar al igual que los electrodomésticos de valor. Reviso los cajones donde tengo dinero ahorrado y algún que otro accesorio. Todo está en su sitio. ¡Qué extraño!

Veo a Loren pasar la puerta de la calle, asombrado por tanto desorden.

—Deberías ser más ordenada. —¿Lo puedo matar de verdad? Entrecierro los ojos y observo que la cabra con tutú se sube al sofá.

—Alguien entró a mi casa.

—No puedes invitar a tu casa a cualquier loco. —Lo miro. Ya, él no debería estar aquí—. ¿Qué? ¿Por qué me miras a mí?

Suspiro y veo que la cabra se está comiendo algo. Arqueo una ceja y le quito de la boca el papel que masticaba. Tiene algo escrito. La letra no es mía y no recuerdo haber apuntado una dirección. Además, una que conozco de sobra. La dirección de la casa de mis padres. Levanto la vista hacia Loren. «¿Y si le pasó algo a mi madre?». El corazón se me encoge. Corro fuera de la casa, ignoro a la cabra y al que está como una cabra. Me subo a Petunia y con asombro, arranca. Pongo primera para mover el coche y escucho la puerta del copiloto. Miro de reojo a la cabra y a Loren. Me miran los dos con la misma cara de trastornados.

—¿Qué demonios haces, Loren?

—Ir contigo.

—No me jodas.

—Así podré convencerte de que no me mates.

—No te... —gruño con rabia, no tiene sentido discutir—. ¿Sabes qué? Bien, pero que tu cabra no se cague en Petunia.

—¿Petunia?

—El coche. —Se ríe—. No me caes bien.

—Lograré caerte bien, ya verás.

Suspiro y arranco, apenas cabe en el coche y menos con la cabra; sin embargo, no tengo ganas ni paciencia de seguir con la absurda discusión de lo distorsionada que tiene la realidad este chico.

## Capítulo 2



La cabra me mira. Loren también. La incomodidad se apodera de mí, así como de mi paciencia. Aprieto las manos en el volante de Petunia. Él está encorvado, su cabeza llega al ras del techo del coche y debe de ir encogido. Inhalo y exhalo intentando contenerme y no gritar una vez más, pidiéndole que me deje tranquila. No lo va a hacer.

El corazón se me sube a la garganta cuando llegamos a la casa de mi madre. La puerta también está abierta y se pueden observar utensilios de cocina por el suelo de la acera. Aparco el coche al frente y bajo a toda velocidad. Me detengo en el umbral y veo todo el desastre que hay en el interior de la casa. Por un momento, pienso en que encontraré a mi madre sin vida y se me llenan los ojos de lágrimas.

Escucho un golpe desde el coche y me doy la vuelta. Loren intenta salir, pero al ser tan grande se queda encallado. Arqueo una ceja cuando empieza a estirar de su camisa y se le enreda el pie en el cinturón. Se tropieza y se va contra la puerta de Petunia. Todo menos soltar a la cabra con tutú. Suspira y se acomoda la camisa, se peina el pelo con las manos y me sonrío como si no hubiera pasado nada vergonzoso.

Me da miedo entrar a la casa, jadeo. En las películas, a veces, los malos siguen dentro de las casas y matan a todo el que se atreve a pasar. Luego llega el héroe y... Espera. Miro a Loren.

«El héroe, claro».

—Lorenzo, entra tú —pido.

Loren llega conmigo, ve el desorden y arquea las cejas. Me mira y arruga la nariz. Hace una mueca de fastidio tremenda. Mete las manos en los bolsillos del pantalón y se pone unas pulseras con forma de tutú de color rosa.

—¡Mira, ahora la señora Belce y yo vamos a juego!

—¡Qué entres a la casa! —Me estresa, juro que me estresa.

—¿Por qué tengo que entrar yo? —regaña—. ¿Y si hay alguien?

—¡Justo para eso tienes que entrar tú!

—¿Y si me pegan?

—¡Te devuelves!

—Pero yo vivo de mi hermosa cara bonita y angelical, no me voy a arriesgar a que me la dañen.

—¡Ay, por favor!

Me paso las dos manos por la cara y luego las aprieto en un puño cada una. La cabra me mira y puedo ver cómo sonrío. No sé si me estoy volviendo paranoica. Niego con la cabeza y termino por entrar. Loren se da media vuelta y percibo cómo se retira.

—¿Me vas a dejar entrar sola?!

—¡No, espera! —Abre a Petunia y deja la cabra endemoniada dentro. Cierra la puerta—. No voy a arriesgarme a que le pase algo a Belce.

—Ah, ¡¿pero a mí sí?! —Se encoge de hombros y llega a mi lado con cara de no haber roto nunca un plato y rompe toda la vajilla—. ¿Sabes qué? No importa, más te vale que la cabra no le haga nada a Petunia.

Lo amenazo con el dedo, se agacha y porque sí me lo muerde. Quito la mano con rapidez, aunque he de admitir que las mejillas me arden. Se pone las manos en los bolsillos del pantalón y accede a la casa antes que yo. Lo miro desconcertada, ¿no tenía tanto miedo?

—Con los gritos que has dado si hubiera alguien ya habría salido —acota y con eso aclara mis dudas.

Sabía que el pensar que actuaba de forma heroica era algo erróneo.

La casa está como la mía. Todas las pertenencias de valor permanecen en su sitio, aun cuando se encuentra todo revuelto, como si hubieran buscado algo.

Sin encontrar a nadie, Loren se mete a la habitación. Lo escucho reírse y eso me pone tensa. Me asomo y lo veo con un vibrador en las manos. «¡¿Qué hace?!».

—A tu mamá le va la marcha —menciona entre risas.

—¡Suelta eso! —Le golpeo la mano y lo deja caer al suelo. Se propone ponerme de los nervios a niveles estratosféricos. Observo toda la habitación. La última estancia que nos quedaba por revisar. Mi madre tampoco está y la mente me va a reventar. Creo que sería mejor llamar a la policía.

Me arrodillo al lado de la cama y me agacho por si estuviera escondida o pudieran haber ocultado su cuerpo ahí. Leo demasiados libros policíacos.

—¡Mira, Susan! —grita Loren y levanto la vista. Se ha puesto unas braguitas de mi mamá sobre el pantalón y se observa en el espejo del armario. Me quedo con la boca abierta. Por favor, ¡Que se vaya!—. ¿Me quedan sexis?

—¡Quítate eso, Lorenzo! —Me levanto y le tiro de la tela hasta que da un salto—. ¡Estate quieto!

—¡Estate quieta tú porque vas a hacer conmigo un *omelette*!

—¡Pues deja de hacer el idiota! —Me exalto y lo suelto gruñendo de rabia—. No sé si te das cuenta de que estamos en una situación difícil. —Me mira con confusión—. Vale, no te das cuenta.

—Que sí, solo calma, seguro que tuvo un día movido. —Me señala el vibrador—. Estará con su novio.

—No te doy una bofetada porque no golpeo a disminuidos mentales.

Loren frunce el ceño y es la primera vez que lo veo hacer esa expresión. Me cruzo de brazos cuando él me encara.

—¿Cómo me has llamado?

—¡Retrasado!

—¡Tengo el coeficiente intelectual más alto que la media!

—¡Comparado con el de tu cabra! —chillo y me pongo de puntitas para llegarle más al rostro.

—¡No te metas con la señora Belce, es mi mejor amiga!

—¡Estás como una cabra!

—¡Si vives amargada porque eres una asocial, conmigo no lo pagues!

Arrugo la nariz cuando me dice eso. Yo no soy asocial me cuesta abrirme a la gente cuando

no es a través de un ordenador. No tiene ni idea por todo lo que pasé para ser como soy. Para tener este armazón que me salva de las personas.

—Tú no sabes nada de mí —le recrimino bajando el tono de voz, porque siento que me voy a romper y ponerme a llorar en cualquier momento.

—Tú tampoco sabes nada de mí —me dice antes de salir de la habitación—. Quizá deberías dejar los prejuicios conmigo.

¿Prejuicios? Me detengo y me doy la vuelta mirándolo. Soy la menos indicada para tener prejuicios hacia alguien. Menos con alguien que se ve como él.

Loren se queda viendo la puerta del armario y ladea la cabeza. Frunce el ceño y lo abre. Escucho un quejido proveniente del interior del armario.

«¿¡Mamá?!».

—Hola, señora. —Loren la saluda con la mano y vuelve a cerrar el armario—. Bueno, ¿nos vamos? Excepto la mujer del armario no hay nada relevante.

—¡Lorenzo! —Corro hacia el armario y lo abro de vuelta. Mi madre se encuentra atada de pies y manos, y amordazada. Sus ojos se llenan de lágrimas cuando me ve—. Dios santo, ¡Mamá! —Miro a Loren—. Ayúdame a desatarla.

Loren se acerca y carga a mi madre en volandas. Puedo ver la cara de la señora, fascinada por el rostro de Loren y más al ser sostenida por él. La deja en la cama y le quita la mordaza de la boca antes de empezar a desatarle los nudos de las manos y de los pies.

—Oye, si quieres puedes seguir teniéndome amordazada.

—¡Mamá! —le regaño y ella se encoge de hombros. No puede ser—. ¿Qué ha pasado?

Me coloco al lado de Loren para ayudarlo con los nudos.

—No lo sé, hija. Vinieron unos hombres extraños con una mujer pelirroja preguntando por tu padre.

—¿Por papá? —Arrugo la nariz con incertidumbre—. ¿Qué querían de papá?

—Decían algo de un mapa. —Mi mamá parece igual de desconcertada que yo—. Revolvieron toda la casa y me encerraron en el armario porque no me quedaba callada.

—Ya tiene algo en común con su hija, señora —comenta Loren.

—¡Tiene valor que digas eso tú! —respondo y él sonríe con su sonrisa perfecta, dejando a mi madre deslumbrada. Chasqueo los dedos frente a su rostro para que salga del trance—. Mamá, aterrizo.

—Ay, hija, es que nunca vienes con ningún chico y cuando lo haces me traes a este dios griego.

—Los dioses griegos la tenían pequeña —suelta sin más Loren.

Nos quedamos las dos mirándolo con la boca abierta.

—Hija...

—Dime.

—¿Por qué tu novio tiene puestas mis bragas?

Me doy cuenta de que sigue sin quitárselas. Me pongo la mano en la frente y suspiro. Loren se mira y al fin reacciona quitándose la prenda.

—Mamá, centrémonos, por favor —suplico, imploro, juntando mis manos a la altura del pecho para hacer evidente mi inquietud—. También vinieron a mi casa buscando algo y lo revolvieron todo.

—Esto es cosa de tu padre, siempre le dije que escribía cosas muy raras.

—¿Papá escribía?

—Sí, pero jamás publicó sus libros. —Mamá sonrío y se sienta en la cama. Detiene sus manos sobre las mías—. Hubiera estado muy orgulloso de ti.

Me emociono y se me pone un nudo en la garganta, mas, sin embargo, me inquietan los acontecimientos que han ocurrido en ambas casas.

—Mamá, tenemos que averiguar qué está pasando —susurro para que entienda la situación—. No sé, llamar a las autoridades.

—A como vi a esa gente, dudo que llamar a las autoridades sea la solución —me dice con sinceridad. Adolorida se levanta de la cama y se encoge de hombros—. Quizá buscaban los diarios de tu padre.

—¿Los encontraron? —pregunto siguiendo sus pasos. La sostengo del brazo y la ayudo a caminar. Loren nos sigue y aparta los trastos del suelo para que mi madre no tropiece. Le agradezco el gesto con una sonrisa y él me la devuelve.

—Dudo que los encontraran. —Mira a Loren y le señala el sofá—. Tú estás muy fuerte, ¿nos apartas el sofá?

Loren asiente y lo empuja. Mi madre se agacha y asombrada veo que quita una baldosa del suelo en donde se observa un compartimento.

—Tu padre guardaba con mucho recelo sus diarios —me cuenta y esboza una sonrisa tierna y nostálgica al abrir el compartimento y observar los diarios—. Lo extraño demasiado.

—Una persona normal no esconde sus diarios así —señala Loren y por primera vez estoy de acuerdo con él.

—Mamá, ¿te importa si nos los llevamos y los revisamos?

—No, claro. —Me sonrío. Cuando me agacho a recogerlos encuentro la mano de mi madre acariciándome la mejilla—. Si hay algo que descubrir en ellos seguro que tú eres la indicada, eres igualita a tu papá.

Agrando la sonrisa y le beso la frente. Cuando no está en la luna y le dan sus achaques dramáticos es una madre estupenda.

Tomo los diarios y me levanto ayudándola a ella a hacerlo.

—No creo que sea conveniente que te quedes aquí después de lo que ha pasado. Podrías ir a casa de la tía —le sugiero a mamá. No estaría cómoda pensando que se encuentra sola. Ella asiente y me coge una mano.

—Tampoco estaría tranquila si vas a tu casa sola. Si también fueron allí a revisar, no es un lugar seguro.

—Puede venir a mi casa —propone Loren. No, ni de coña.

—Ni hablar —respondo de forma tosca—. Estaré bien.

—Por favor, hija, acepta ir con él —ruega mi madre. Entorno los ojos y resoplo. ¿No es suficiente con que lo haya aguantado todo el día?—. Hazlo por mí, ¿sí? Eres mi única hija y no quiero que te ocurra nada.

Asiento para que se calme. Me abraza y veo a Lorenzo sonreír como un niño pequeño e ilusionado. Otro que vive en la luna.

Esperamos a mi tía y cuando se marcha con mamá suspiro aliviada. Miro a Loren de reajo. Continúa observándome con una sonrisa de oreja a oreja. Tenso la mandíbula.

—Espero que no estés así por haber aceptado ir a tu casa —le advierto y levanto un dedo en su dirección.

—¿Cómo no voy a estar feliz de que mi creadora venga a mi casa? —Entorno los ojos al escucharlo. Vuelve a morderme el dedo con suavidad y doy un pequeño brinco. ¿Por qué

demonios me da calor que haga eso? Camino hacia mi coche—. Vamos, ¡Estoy ilusionado!

—Tu creadora es tu madre, no eres Scott, pero ya no sé cuántas veces te lo he dicho —explico por decimoquinta vez—. No voy a ir a tu casa.

Se le borra la sonrisa de manera automática.

—¿Cómo qué no?

—No, suficiente he hecho aguantándote hasta ahora.

—Pero yo quiero...

—Me da igual lo que quieras —lo interrumpo—. No voy a ir, punto final.

Bufo viendo el jardín de su lujosa casa. Árboles frutales que se levantan a los lados del camino, césped verde como el de un campo de fútbol, y, lo que más me llama la atención son la cantidad de estatuas de cabras que hay esparcidas por todo el terreno. Damos la vuelta con Petunia alrededor de una fuente en donde una cabra de piedra expulsa un chorrito de agua por el ojete. Me quedo mirando tal barbaridad con la boca abierta.

«¿Dónde he venido a parar?». Loren es muy insistente, no sé cómo ha logrado convencerme. Lo miro de reojo. Mi coche funcionó mejor con él en esta media hora que conmigo en estos ocho años. Petunia también se derrite por él.

—Dejaste tu coche fuera de mi casa —recuerdo y miro a Loren—. Deberíamos ir a por él mañana.

—No importa, tengo más —responde, como si los mercedes fueran cromos de *Pokémon*. Alucino.

Bajamos del coche. La cabra nos lleva la delantera y entra a la casa por una puerta pequeña que tiene en la entrada. Qué lugar más extraño.

Loren abre la puerta y entramos.

—Siéntete como en tu casa. —Me señala hacia una de las estancias—. Allí está el salón. —Señala otro lugar—. Allí el baño. —Sigue con el recorrido del dedo—. Mi habitación y la habitación de Belce.

—¿La habitación de Belce? —Asiente—. ¿La cabra tiene una habitación para ella sola? —Vuelve a asentir—. ¿Me estás tomando el pelo?

—Tiene derecho a un descanso óptimo. —Vale, no me está tomando el pelo. No sé por qué no me sorprende.

—¿Dónde dormiré yo? —pregunto intrigada, no creo que me ponga en la habitación de la cabra.

—Conmigo.

—¿Qué? —La cara de espanto, creo que, se me nota de sobra. Doy un paso atrás—. No.

—¿Cómo qué no?

—No voy a dormir contigo —repito. Lo noto confundido—. ¿Pensabas que iba a decir que sí?

—En mi mente se veía todo más bonito. —Empieza a caminar de un lado a otro como león enjaulado—. Yo te lo proponía, decías que sí, pasábamos la noche juntos y a la mañana siguiente me decías que no ibas a matarme.

Habla apresurado, se ve consternado. ¿Qué quiere decir con eso de pasar la noche juntos? Se detiene y me mira pasándose una mano por la nuca.

—A veces no te entiendo —confieso y él se encoge de hombros—. Si no hay otra habitación me quedo en el sofá.

Veo que hace una mueca y suspira. Niega con la cabeza y me toma la mano. Ese mínimo roce me tensa y hace que me odie por ello. Me muerdo el labio inferior con nerviosismo.

—Ven —dice y tira suave de mí para que lo siga. Lo hago y me lleva hasta la habitación que había dicho que le pertenecía a la cabra—. Hay más habitaciones, sin embargo, no tan lujosas ni cómodas como estas dos y quiero que te sientas bien.

La cara me arde. «¿Por qué tiene que comportarse de este modo?». No sé si sigue en el papel de Scott o si en realidad es así de amable.

Estaba sonriendo hasta que abrió la puerta. La habitación me provoca un escalofrío. Empiezo a ver las paredes repletas de fotografías con cabras en montes. La pared está recubierta por papel pintado de blanco con pequeñas cabras verdes. Hablando de verde, las sábanas de la cama dibujan el césped y también son de ese color. Me quedo mirando el cabecero. Es una foto en grande de la cabra con la lengua fuera y una rosa en su cabeza. Me quedo impactada cuando veo hacia un costado un ropero lleno de ropa y zapatos para la cabra. No sé si salir corriendo de aquí.

—Veo que te impresionó —menciona Loren al verme la cara de asombro—. Puedes quedarte a dormir aquí, la cama es muy cómoda. —Lo miro. No puedo cerrar la boca, no lo logro, no sé qué decir. Por primera vez en mi vida me he quedado sin palabras. Este chico no está bien de la azotea—. ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

Si me quedo en esta habitación voy a tener pesadillas. Me encontraré en medio de la noche rumiando el cojín y mañana me levantaré cagando bolitas.

—Creo... —Carraspeo la garganta, porque hasta la voz me falla—. Creo que voy a pensar mejor la oferta de dormir en tu cuarto.

\*\*\*

Me siento en la cama y me deshago de las zapatillas. Miro de reojo cómo Loren se quita la camisa y la deja caer en el suelo. Observo su espalda esculpida y a medida que se mueve para quitarse el pantalón se le marcan los músculos. Espera,

«¿Se está quitando el pantalón?! No puede ser, virgen santísima. Uy, tiene un culo bonito. ¡No, alto!».

—¡Para! —chillo y me sale del alma ese grito. Loren salta y se voltea. Lo siento, mis ojos van a parar donde no deben. Me quedo con la boca abierta—. ¡Tápate!

—¿Qué pasa? —Está desconcertado y mira a los lados, detrás de él, como si no fuera el causante—. ¿Viste algo raro?

—¡Lo más raro que hay en mi vida eres tú! —Le lanzo el cojín y lo pesca antes de que le dé en la cara—. ¡¿Qué haces poniéndote en calzones?!

—Soy modelo, estoy acostumbrado a que me vean así.

—¡Yo no estoy acostumbrada a verte así!

—Pero si duermo con ropa estoy incómodo. —Se acerca a la cama y se acuesta a mi lado. No, ¿pretende dormir conmigo?—. ¿Quieres que hablemos de lo sucedido con tu madre?

¡¿De qué va?!

—¿Vas a dormir aquí? —pregunto. Asiente y se me cae la sangre a los pies—. ¡Vete al sofá o me voy yo! —Lo empujo y me sostiene las manos. Me tumba en la cama y se inclina sobre mí. ¡Lo mato!—. ¡Lorenzo!

—Cálmate, si hay sitio para los dos en la cama. —Me suelta las manos. ¿No entiende lo

incómodo que es para mí dormir con él? Suspiro—. Eres complicada de entender.

—El que es complicado de entender eres tú —reclamo y arquea las cejas. Este chico no se entera—. ¿Sabes? Bien, quédate, da igual.

La sonrisa radiante que muestra me pone la piel de gallina. Debí elegir a un modelo menos atractivo, así me costaría menos el hecho de concentrarme y mandarlo a freír espárragos. No lo quiero cerca, eso lo tengo claro. Solo faltaría que se me acercara y tuviera algún sueño extraño con Scott. No podría mirarlo a la cara después.

Me tapo con la manta y coloco el cojín entre los dos.

—¿Qué haces? —pregunta mirando cómo lo coloco—. ¿Duermes de costado?

—No, es una barrera.

—¿Barrera para qué?

—Para que cada uno tenga su lugar en la cama.

—Ah.

—Ah —me burlo de él y hace mueca mirándome. Me agunto la risa y suspiro acostándome. Debemos descansar para ver mañana con tranquilidad los diarios de mi padre—. Buenas noches, Loren.

—Buenas noches, Susan. —Escucho que da una pequeña risita—. Sueña conmigo.

Arqueo las cejas. ¿Acaso este chico lee el pensamiento? Frunzo el ceño y sostengo la manta con fuerza, cubriéndome media cara. Me arde el rostro y estoy de los nervios. Esto no es bueno.

—Si tengo que soñar con alguien es con Scott —respondo segura de lo que digo.

—Pues eso, conmigo —repite.

Debería repetirle que no es el personaje, pero me doy cuenta de que es inútil. Me hago una bolita, intentando procesar todo lo que ha pasado en el día y digerir el hecho de que estoy en la casa de Loren, en su cama. Todo huele a él. Su perfume inunda mis fosas nasales. Por un momento abrazo la manta como si se tratase de él. Mi fanatismo por Scott me está pasando factura.

\*\*\*

*Estoy en el coche rumbo al viaje de mi vida con Scott. Me mira y exhibe su sonrisa de dentadura perfecta y hoyuelos marcados. Sus ojos azules me deslumbran y me llevan en volandas a un lago de amor que solo veo a través de su mirada. Después de un día agotador de aventuras y de vencer al villano a base de puñetazos, solo nos queda ir de vacaciones a la playa.*

*—¿Qué quieres hacer en el hotel? —le pregunto mirando a la carretera—. Yo tengo muchas cosas pensadas.*

*Lo miro y observo como su cara se ha convertido en el rostro de una cabra. Me mira y sonrío mostrándome los dientes.*

\*\*\*

—¡¡¡Aaah!!! —grito y me levanto de un salto de la cama. Veo a la cabra sentada en la puerta abierta de la habitación. Me mira. ¿Puede ser que se haya metido en mis sueños para perturbarme? Me paso una mano por el pelo y suspiro. ¿Qué hora es? Me fijo en el otro lado de la cama, estoy sola. «Quizá ronco y no lo dejé dormir». Solo eso me faltaba, roncar.

Me levanto de la cama y veo la hora en el móvil. Son las cinco de la mañana. Ignoro la

cantidad de mensajes de desprecio que me están llegando en las redes sociales después de mi confesión pública en la presentación. Algunos osan amenazarme para que no mate al personaje. Quito el internet y desinstalo las redes sociales. Me tienen harta.

Paso por un lado de la cabra y nos miramos las dos. Siento que es como en esos libros de vaqueros en los que se observan antes de un duelo. Puedo escuchar la cancioncita del momento en mi mente. Se mueve y salta con miedo. Me muerde la falda del vestido y estira. Lo estiro también.

—¡Para, suéltame! —le exijo.

Lo hace y me percato de que camina hacia atrás. «¿Me quiere golpear?».

¡En el momento que empieza a correr hacia a mí con la cabeza gacha, me doy cuenta de que quiere embestirme! ¡Mierda!

—¡Aaah! —Echo a correr y viene detrás—. ¡Loren, Loren, Loren! —Lo veo que se asoma desde el salón y me ve correr por el pasillo con la cabra endemoniada detrás—. ¡Haz algo!

—Ni siquiera tiene cuernos, ¿qué crees que te va a hacer? —se mofa de mí y empieza a reír a carcajadas.

—¡Lorenzo aparta este animal de mí! —Lo empujo y entro al salón. Me subo sobre el sofá y tomo un cojín de escudo. La cabra corre hacia a mí, se da contra el cojín, rebota y cae de espaldas—. ¡Ja! ¡Aún te pasa poco cabra del demonio!

Loren se acerca y la carga en brazos. Me mira sonriendo y me fastidia.

—No me mires así, esa cabra es peligrosa.

—Claro. —Se sienta a mi lado sin apartar la mirada de mí ni borrar la sonrisa en su rostro. Me fuerzo para apartar la vista y al hacerlo veo los diarios de mi padre abiertos sobre la mesa—. He estado revisando los diarios, no podía dormir.

—¿Encontraste algo relevante? —Tomo uno de ellos y reviso la letra de mi padre entre las páginas desgastadas.

—Son relatos e historias de tesoros sin encontrar, repletos de información y datos para localizarlos —cuenta y, así es, lo estoy viendo, aunque la mayoría de las frases no las entiendo—. ¿Tu padre estaba interesado en convertirse en cazatesoros?

—Siempre le gustaron esas cosas y me decía que estaba interesado en aprender del tema, aunque jamás supe que fuera tan en serio. —Dejo ese diario y tomo otro. Más de lo mismo, junto a acertijos imposibles de descifrar—. Empiezo a pensar que mi padre estaba loco.

—Hay algo que me llamó muchísimo la atención, mira. —Loren toma uno de los diarios y de entre las páginas saca un pergamino, que se ve de sobra que es bastante antiguo. Lo extiende entre los dos y lee en voz alta las palabras inscritas en él con tinta negra—. En el fuego encontrarás el camino hacia el oro de Atahualpa.

—¿Atahualpa? —pregunto y él asiente. Recuerdo que cuando escribía novela histórica llegué a escribir un libro sobre ese tema. Un tesoro nunca encontrado.

—¿No escribiste sobre esto años atrás? —Me quedo atónita y lo miro.

—¿Sabes de mis libros menos conocidos?

—¡Claro! —Sonríe y se encoge de hombros—. Soy tu fan.

«¿Qué es fan mío?». Mi mente intenta procesar esa información.

Loren se levanta del sofá y lo rodea. Camina decidido hacia una estantería llena de libros. Recién me percato de ello. Al parecer, a pesar de las pocas luces que Loren suele mostrar, es apasionado de la lectura. Más me sorprende al ver que tiene solo un estante dedicado a mis libros y que los tiene colocados de forma cronológica, desde el primero que publiqué hasta el último.

Cuando llega a mi lado con el libro, sigo en trance. Mirándolo con la boca abierta y la mente bloqueada.

—¿Por qué escribiste sobre este tema? —Salgo del trance y lo veo abrir mi libro—. Es extraño que tu padre tuviera un diario expresamente sobre ese tesoro y que tú escribieras acerca de él.

—Cuando me puse a investigar del tema fue porque mi padre me habló de ello —confieso y me encojo de hombros—. Pero no creí que el fanatismo de mi padre por saber más sobre el tesoro fuera tan extremo. Ignoraba la existencia de estos diarios.

—Mira. —Señala una de las esquinas del pergamino. Hay un nombre que lee en voz alta—. Atanasio Guzmán.

—El primero en hacer un mapa de la región cuando fue en busca del oro —cuento—. Sin embargo, jamás lo encontró y el mapa desapareció.

—En tu libro pones que hay una réplica, ¿no?

—El inglés Richard Spruce fue el encargado de replicar el mapa; sin embargo, este se encuentra en el museo de Historia Natural de Londres.

—Bueno. —Veo cómo se friega las manos y sonríe radiante—. Espero que te guste la visita a Inglaterra. Por suerte, irás con alguien que sabe inglés.

Me carcajeo.

—¿Qué te hace pensar que iré contigo?

Borra la sonrisa y se cruza de brazos.

—Soy el héroe, estarías perdida sin mí. —¡Qué valor tiene! Arqueo una ceja mirándolo—. ¿Qué?

—En el hipotético caso de que vinieras conmigo, ¿la cabra viene detrás?

—¡Obvio! —exclama y entorna los ojos—. Ella siempre debe estar donde yo esté, la familia no se abandona.

—Bien, bien. —Suspiro mirándolo. Luego observo a la cabra. Él levanta las cejas, amplía su sonrisa y ladea la cabeza. Ya terminé de volverme loca—. Está bien, vendrás conmigo.

—¡Bien! —Se levanta del sofá de un salto y hasta da un brinco—. ¡Te juro que no te decepcionaré!

—Intenta ser más Scott y menos Loren y todo irá bien. —Me arrepiento de mis palabras en el momento en que veo su seriedad. Aprieta los labios y mira al suelo. Mierda—. No lo dije a mal, lo siento.

—No, está bien. —Asiente—. Te demostraré que Loren también puede ser útil.

Sonrío. Me está pareciendo demasiado tierno.

Mi móvil empieza a sonar y escucho a Loren tararear la canción de Morat que inunda el salón. Arrugo el ceño, no es una hora normal para que alguien me llame y, como no tengo amistades y ni siquiera conocidos, es más extraño. Veo que el número se mantiene oculto. Con normalidad no descuelgo cuando veo que la llamada es de esa índole; sin embargo, sabiendo del caso tan extraño en el que me han metido, decido responder.

—¿Sí? ¿Quién llama? —pregunto.

—Hola, Susan. —Me da escalofrío cuando la voz femenina al otro lado del móvil dice mi nombre. No reconozco a la persona que habla y eso me tensa—. Tenemos a tu mamá.

Se me huela la sangre y es tal mi angustia que los ojos se me llenan de lágrimas automáticamente. Loren se agacha frente a mí y me sostiene la mano libre.

—¿Qué ocurre? —susurra la pregunta un tanto preocupado, pero no me sale la voz.

Escucho que siguen hablándome por teléfono.

—Si quieres volver a verla con vida, nos vemos en Londres. Creo que ya sabes para qué. — Trago saliva y digo un *sí* apenas audible—. Genial, es bueno saber que, vas a ayudarnos. Trae los diarios de tu papá.

—¡No les des nada! —Escucho a mi madre gritar y se me acelera el corazón cuando enseguida se escucha un golpe y un sollozo.

—¡Mamá! —chillo y me levanto inquieta del sofá. No puedo contener las lágrimas—. ¡No le hagas nada, maldita sea!

—Colabora y todo saldrá bien —responde la cínica—. Toma el primer avión a Londres. Allí volveré a contactar contigo.

## Capítulo 3



Estoy de los nervios y no puedo pensar con claridad. Mis manos tiemblan, mi respiración está por las nubes. Loren es el único que mantiene la calma y la compostura para obrar con cabeza. Me entrega un té y con las manos tembleques me lo acerco a la boca. Doy un sorbo y lo escucho hablar solo con la cabra.

—A ver, ¿lo tenemos todo? —se responde él mismo con voz más fina—. ¡Sí lo tenemos todo! —Pongo los ojos en blanco y lo sigo escuchando—. ¿Qué haría Scott? Piensa, Loren, piensa. ¡Ah, sí!

Lo veo que pasa corriendo por delante de mí y llega con una mochila negra. Empieza a meter cosas dentro. No sé con exactitud qué está cargando. No puedo dejar de llorar. Estoy en una crisis de ansiedad descomunal. Loren se agacha frente a mí y me sonrío. Sostiene mis manos alrededor del vaso y levanta las cejas.

—Intenta calmarte, así no podrás hacer nada —me insta y tiene razón. Suspiro y asiento—. Llevo todo lo que creo que será de utilidad, todo lo que siempre lleva Scott. —Miro hacia la mochila y veo a la cabra con unas gafas de sol negras y vestida como un agente de la CIA. Frunzo el ceño un poco—. ¿Y esa cara?

Inhalo y exhalo aire con fuerza. Niego con la cabeza. No voy a ponerme exquisita, de hecho, el que me quiera acompañar ya es de agradecer.

—Gracias por querer venir conmigo.

—Así verás de lo que soy capaz. —Agrega su sonrisa y me suelta las manos. Aunque estoy de los nervios consigue que esboce una fina sonrisa—. Anda vamos, el tiempo apremia.

Loren carga la mochila y la cabra viene corriendo detrás de nosotros. Salimos de la casa y veo un coche purpura despampanante, con pompones fucsias en los retrovisores. Parece un híbrido entre una carroza y un coche.

—¡Hashtag, ¡Estoy cabreada! —Ginger baja de ese espanto de coche y publica lo dicho en su Twitter—. ¡¿Saben lo preocupada que estaba?! —Camina con sus tacones de aguja hacia nosotros y se cruza de brazos—. ¡Se fueron de la nada de la presentación y no me dijeron nada! Normalmente yo no madrugo ¡Y miren lo que hizo la preocupación! ¡Me van a salir ojeras!

—Estamos bien —intento calmarla—. Solo que pasaron cosas.

—Ya veo que pasaron cosas. —Me mira y después a Loren y sonrío de costado. ¡No, no es lo que parece! Centra su mirada en mí—. Pero podríais haber avisado. Fui a tu casa a buscarte y al ver que no estabas me preocupé más. De saber que la noche la habíais pasado juntos yo me calmo.

—¡No la hemos pasado juntos! —grito. ¡Me arde la cara y me lloran los ojos!

—Sí la hemos pasado juntos —debate Loren. Lo miro mal y se encoge de hombros—. Seguro que mi cama aún huele a ti.

—¡Santo Dios! —Ginger se pone una mano en la boca y da unos saltitos suaves—. ¡Quiero detalles, Loren!

—¡No hay detalles! —me exaspero.

—Quiso dormir conmigo y no ir a otra habitación —suelta Loren.

—¡Eso es mentira! ¡No me dio otra opción! —grito. Miro a la cabra que mueve la cabeza a medida que vamos hablando.

—Qué calladito lo tenían, eh. —Ginger da una carcajada y me mira de vuelta—. Te gustan los ingleses.

—¡Qué no fue eso! —chillo y bufo de desesperación. Me paso las dos manos por la cara. Tengo que centrarme y debo irme—. Nos tenemos que ir.

—¿A dónde? —pregunta Ginger.

—Secuestraron a mi suegra —responde Loren. Mi cabeza se mueve en cámara lenta igual que mis ojos. Lo miro de reajo y me da un tic nervioso en la cabeza. De verdad, me pone muy nerviosa esa actitud.

—¡Oh, no! ¿A tú mamá? —me pregunta Ginger y me molesta que sepa de a quién se refiere Loren—. Pues contadme todo porque yo no me voy, os acompaño.

—¿Cómo? —Me quedo con la boca abierta. Niego con la cabeza—. Seguro que será algo arriesgado, es mejor no implicar a nadie más.

—Es mejor que te calles, somos amigas. Yo no comparto mis bolsos con todo el mundo, ¡por favor! —Me toma del brazo y me empuja hacia el coche de la Barbie colocada—. ¡Vamos, yo conduzco!

—¡No! —Me detengo en seco. No voy a subirme a ese coche. Parece una carroza de reyes magos—. Vamos con Petunia.

—¿Cómo Petunia? —pregunta—. ¿Una cabra nueva?

—Llama así a su coche —aclara Loren—. Y el loco soy yo.

—¡Es que estás loco! —le respondo con seguridad.

Petunia conmigo no arranca; sin embargo, con Loren su motor vibra como si se tratase de un deportivo recién comprado. Suspiro y me quedo frustrada viendo cómo termina conduciendo mi coche. Sigo sin saber si todo este tiempo lleva el perfil de Scott o si los comentarios que dice hacia mí son ciertos. Como el hecho de referirse a mi madre como su suegra. Me duele la cabeza.

Ginger va en el asiento de atrás con la cabra. La señora Belcebú solo me tiene manía a mí.

Levanto la mirada y pillo a Loren observándome de reajo. Se acomoda en el asiento y vuelve la mirada hacia la carretera. Arquea una ceja. Este hombre me confunde.

—Pongan música, aquí detrás me voy a marear —comenta Ginger. La miro de reajo. Está pálida y apenas hemos salido a la carretera.

Pongo la radio y se pone el cd de Morat. La canción *Mi vida entera* del grupo empieza a sonar y con ellos el cántico de Loren. Sigue el ritmo de la música con los dedos, dando pequeños golpes al volante de Petunia.

—*Sinceramente, solo siento pánico en escena y sostenerte la mirada me quema, pero mejor ser arriesgado que un cobarde en pena, cruzar los dedos para ver si te suena* —canta Loren y lo miro asombrada de que se la sepa tan bien—. *Y es que al fin...* —Da golpecitos en el volante al ritmo de la canción y empieza a moverse en el asiento, bailando de un costado a otro—. *Si te casas con un loco, vas a ver qué es la magia poco a poco, no podrás distinguir, entre besos y palabras, un te quiero no me alcanza, dame todo, di que sí.*

Miro en el asiento de atrás y observo cómo Ginger baila junto a la cabra. Sonrío sin poder evitarlo y termino entonando la canción junto a Loren. Subo el volumen y con ello también nuestros cánticos.

Nos detenemos en una gasolinera por urgencia de Ginger. Se baja corriendo del coche y, aunque pone cara de asco por meterse al baño de tal lugar, termina entrando por necesidad. Bajo del coche y Loren igual. Deja la cabra dentro de Petunia. Me asomo por el cristal y la miro. Frunzo el ceño porque noto que me está mirando mal, y suspiro. Miro hacia Loren. Se apoya de Petunia a mi lado.

—Me gusta verte así —me dice.

—¿Así cómo?

—Relajada, siendo tú. Es agradable.

Se me escapa una sonrisa y me muerdo el labio inferior.

—No esperaba verte cantar nunca —confieso y empiezo a reír—. ¡Es verdad!

—Bueno, tengo muchas sorpresas que puedo mostrarte. Si dejas que te las muestre, claro. — Sonríe y me contagia. Asiento y suspiro—. Tú tampoco cantas mal.

—Comparada con un grillo, afino a la perfección —bromeo.

Nos reímos a la vez y suspiro. Quizá no es tan mala persona como creía.

Miro hacia el coche para intentar tener menos contacto visual con Loren. Me pone nerviosa. Fuerzo la vista porque me parece ver a la cabra saltando por el asiento de atrás. Me agacho y, en efecto, da saltos mientras estira el asiento con los dientes.

—¡Petunia! —grito y abro la puerta—. ¡No te comas a Petunia!

—Claro, le pones ese nombre al coche y la señora Belce se confunde.

—¡Lorenzo, dile que pare! —La estiro y sigue mordiendo el asiento—. ¡Lorenzo!

—Es vegetariana, llámale pollo al coche y así seguro que para.

—¡No me estés jodiendo y quita a la cabra endemoniada de mi Petunia!

Estoy cabreada, no lo puedo ocultar. La cabra se comió parte del asiento de Petunia. Bufo. Ginger lo intenta arreglar poniendo pompones, que guardaba en su bolso, en el lugar del crimen. Porque es lo que es, un crimen. Miro de reojo a Loren y este fuerza una sonrisa. La quita al momento en que yo no quito la seriedad. Traga saliva.

—Lo siento, la alimentaré mejor.

—Más te vale —le digo y ya no vuelve a pronunciar palabra.

Llegamos al aeropuerto de Valencia, ambientados con la música de Morat, pero con menos humor.

Loren carga la mochila y a la cabra. Miro a Ginger quien no lleva maleta.

—Podríamos haber pasado por tu casa para que cogieras algo —le digo.

—Tranquila, así aprovecho para comprar cosas nuevas. ¡Me encanta ir de compras!

Carga el bolso fucsia y empieza a dar saltitos mientras camina y entra al aeropuerto. La miro extrañada. Se ve demasiado feliz siempre, aunque si no pensó en sus pertenencias es porque sí que estaba enfadada. Sonrío un poco y niego con la cabeza. Es escéptica pero buena persona.

Cuando veo a Loren de nuevo lo pesco mirándome y quita la vista de golpe. Hago una mueca mientras lo observo. Puedo atisbar un pequeño sonrojo en sus mejillas. Loren para mí es como un acertijo. No sé cuándo está actuando ni entiendo su forma de ser.

—¿Vamos? —me dice y asiento siguiendo sus pasos—. No pondré a Belce en la bodega del avión.

—Pues siendo una mascota no creo que la dejen viajar con nosotros.

—Eso lo veremos.

Todavía no sé lo que va a hacer y ya me da miedo. Llegamos a la cola donde sacamos los pasajes de avión. Ginger se retoca el maquillaje y se hace un *selfi* con la chica que nos atiende. Sonríe al ver la expresión de la trabajadora. Ginger abrumea con su actitud aventada.

Pagamos los pasajes. Loren levanta a Belce y la coloca sobre la barra. La muchacha da un salto y se golpea contra la silla en la espalda. La cabra grita, la mujer también, y estallo en carcajadas. Sostengo a Loren del brazo y le doy un suave tirón.

—No se la pongas así en frente, da miedo tu cabra endemoniada.

—Ella tiene que viajar con nosotros —afirma Loren.

—Lo siento señor. —La muchacha se ve consternada—. Su mascota debe ir en la bodega. Si no trae transportín podemos facilitarle uno.

—No, Belce no va a la bodega —repito con seguridad—. Puedes poner que es una niña.

—Sentimos decirle que de no aceptar no puede tomar el vuelo.

Loren arquea una ceja y me pasa a la cabra. La cojo, y me tenso como los memes de gatos traumatizados. Estiro los brazos en el momento que me mira y me muerde el pelo.

—¡Loren, date prisa! —Miro a Ginger—. ¡Cárgala tú!

—Espera, estoy haciendo un directo. —Saca morritos y dibuja una V con sus dedos—. ¡Miren con quién estoy, chicos! —Me enfoca mientras me peleo con la cabra. Miro al móvil y me quedo más estática de lo que estaba. La cabra se come un mechón de pelo, pero no me importa. ¡Hay mucha gente en ese directo!

—Seguro que podemos llegar a un acuerdo. —Escucho que Loren dice. Lo miro cuando va a sacar el dinero. «¡Mierda!». Tomo la mano de Ginger y apago el directo. ¡Solo falta que nos metan presos por extorsión!

Vuelvo la vista hacia Loren. La chica ve la cantidad incontable de dinero sobre la barra y con disimulo lo toma junto a los pasaportes de ambos. Me quedo con la boca abierta. Este loco está bañado en dinero.

Se da la vuelta, me muestra los billetes y los mueve delante de mi cara.

—¿Qué te dije? Iba a conseguirlo.

—Eres demasiado insistente —respondo y le entrego a la cabra—. Toma, me debes una sesión de peluquería.

Me miro el pelo, observo el mechón empapado de saliva y cortado. No voy a decir que esto no puede ir a peor, porque siempre que se dice eso, todo empeora. Siento la mano de Loren acariciar mis cabellos hasta que llega a ese mechón y me roza la mano. Veo que por pensarlo las cosas también empeoran. Levanto la mirada, me observa fijo, serio y demasiado cerca.

—No te preocupes por el pelo, te ves bien —me dice y me erizo por completo.

No puedo sostenerle la mirada y percato de que él tampoco, porque ambos nos volteamos a la vez. No sé a qué está jugando. Loren es un modelo. Todo su cuerpo está como esculpido por un artista prestigioso. No tengo nada que ver a las mujeres con las que con normalidad se rodea. Ginger, por ejemplo. Ella lo iguala en perfección y en sus redes sociales lo he visto muchas veces con mujeres así. Su actitud me desconcierta. Imagino que intenta ser como Scott y agradarme para que no mate al personaje. Sí, debe ser eso porque no tiene explicación.

Tomamos asiento. Ginger sigue jugando con el móvil. Me toma una foto con ella y la sube a Instagram.

—Hashtag, ¡con la mejor escritora del mundo!

Sonríó un momento hasta que recuerdo como amanecí llena de insultos en las redes sociales después de que me escucharan en la presentación.

—Deberías borrar eso antes de que te caigan *haters* por mi culpa —le aconsejo.

—¡No digas tonterías! ¿Sabes qué digo yo? —Niego con la cabeza—. Que hablen de mí, bien o mal pero que hablen. Tienes que dejar de pensar en lo que puedan decir los demás y hacer las cosas que tú sientas.

—En eso tiene razón —conviene Loren. Suspiro y miro al suelo. Creo que tienen razón y que soy la primera en juzgarme—. ¿Por qué no tienes fotos tuyas en Instagram?

La pregunta de Loren me descoloca.

—¿Qué?

—Sí, solo tienes fotos de libros.

—¿Qué haces mirando mis redes sociales? —pregunto más atónita que al inicio.

—Quería una foto tuya y no la encontré.

—¿Para qué?

—Hazte una foto conmigo, ¿sí?

Levanta el móvil y pone la cámara delantera. «¡De eso nada!». Pongo la mano para que no pueda fotografiarme. Me arde la cara. Me pasa el brazo por los hombros y me mueve un poco.

—¡Anda, porfa! —ruega. «¡Me van a arder las mejillas!».

—¡Dije que no y aléjate! —Lo empujo. No se da cuenta de lo nerviosa que me pongo cada vez que actúa así—. ¿A qué demonios estás jugando?

—¿Jugando? —Me mira como si quisiera adivinar mis pensamientos.

—¡Sí!

—Chicos, no discutáis —Ginger interrumpe y se inclina para mirarnos—. Yo me saco una foto contigo, Loren.

Ella sonríe. Loren la mira, arquea una ceja y guarda el móvil. Me quedo en silencio mientras los dos se miran y puedo palpar la tensión.

—Y pensar que me veo obligada a besar a este tipo —Ginger se queja.

—No creas que yo estoy contento con eso. —Loren se cruza de brazos.

Espera...

—¿Ustedes dos se llevan mal? —pregunto asombrada.

—A ratos —responde Loren y voltea la cara para no mirarla.

—¡Por culpa de tener que estar con él, mi novia me dejó y, aun así, siempre me trata despectivo!

Escucho los reclamos de Ginger y me sorprende todavía más. Me quedo con la boca abierta. «¿Novia? Si llega una mosca me la trago de cómo estoy en este momento».

—No creas que yo estoy feliz con fingir, me gusta otra persona —aclara Loren entre dientes.

Así que le gusta alguien. Siento una punzada dolorosa y extraña en mi pecho.

—Pues suerte, dudo que se fije en un hombre traumatizado que solo tiene la compañía de su cabra.

Miro a Ginger al escucharla. Se están pasando.

—¡Al menos, seguro que no tiene solo una neurona que usa para hablar de bolsos! —Es la primera vez que escucho a Loren gritar y hasta doy un salto viéndome en medio de los dos.

—¡Lo dice el que no es nadie si no fuera por el personaje de Scott! —contraataca Ginger.

Observo la expresión de Loren. Cambia al segundo. Aprieta los labios y juega con sus manos a la altura del regazo. No sé qué tan importante es Scott para él, aun así, puedo fijarme en que

sus ojos se empañan.

—Lo siento —susurra Ginger—. Es que me cuesta admitir que el amor de mi vida me dejó solo por llevar un papel absurdo.

Me siento culpable. Todo esto es por mi libro, por los que se encargan de promocionarlo. En definitiva, por mí. Por elegirlos como protagonistas. Al final, no solo me afectó a mí todo esto.

—Chicos, basta —murmuro y ambos me miran—. Todo esto es culpa de mi libro, del equipo de *marketing* y al final, mía.

—No, Susan, tu...

—Sí —interrumpo a Ginger—. Y os juro que cuando volvamos a España voy a arreglar todo esto, pero no os odiéis por algo de lo que no tenéis culpa ninguno de los dos, ¿vale?

Asienten. En el momento que se estrechan la mano y se piden perdón, me destenso. Haré que esto se arregle cuando volvamos. No juro en vano.

\*\*\*

Nos toca subir al avión. Loren saca una manta de su mochila y envuelve a la cabra como si de un bebé se tratase. El animal se queda quieto, acostumbrado a estar así y fingir ser una niña pequeña.

—¿Va a llevar la cabra así? —me pregunta Ginger a baja voz.

—Tu calla y camina —le respondo.

La chica del mostrador se encargó de untar a los guardias con el dinero que le había dado Loren. Pasamos sin problemas.

Subimos al avión y nos sentamos. Ginger y yo vamos juntas en la misma hilera, pero Loren se queda en el asiento detrás de mí. Me doy la vuelta mirándolo y empiezo a reírme. Se ve preocupado por ver quién se sienta a su lado.

—¡Qué tranquila voy a viajar! —espeto.

—Eres malvada, ¿ya te lo dije? —me responde.

Empiezo a reír a carcajadas de nuevo. Una monja con expresión dulce y sonrisa radiante se sienta al lado de Loren. Nos observa y agranda su sonrisa.

—Niños, si quieren me siento adelante y se quedan juntos en el viaje —propone la amable mujer.

—Se lo agradezco, pero así estoy bien —respondo.

Loren hace pucheros como un niño pequeño. Mis risas se le contagian a Ginger. Ella igual lo mira y niega con la cabeza.

—Parece un niño pequeño —me susurra.

—Se ve muy tierno...

—¿Qué murmuran?! —regaña.

—¡Nada! —respondemos a coro, volviendo a carcajearnos después y agrandando el enojo de Lorenzo.

—Uy, ¿es un bebé? —pregunta la monja intentando ver el rostro de Belce. Dejamos de reír e incluso Loren se tensa. Le quita la mano.

—Está durmiendo —se excusa para que la señora no siga insistiendo.

Nos elevamos. Veo la hermosa vista desde la ventana del avión. Sobre las nubes me siento única. Es una sensación inigualable. Quién iba a decirme que hoy estaría sobre las nubes cuando

no solía salir de mi habitación.

La curiosidad me supera. Ginger tiene el móvil en modo avión, aun así, no lo suelta. Ve fotos de una chica morena, con melena al nivel de los hombros, ojos vivarachos, sonrisa tierna muy bonita. Se ve tan de pueblo como yo.

—¿Puedo ver? —le pregunto, aunque ya la veo por estar sentada a su lado. Ella sonríe, asiente y me la muestra—. Es muy bonita.

—Es la mujer más hermosa del mundo y te aseguro que es el amor de mi vida. —Sonrío solo al escucharla y me transmite con su mirada todo el amor que le profesa—. Te juro que no imagino mi vida sin ella.

Se ríe con nerviosismo y veo que sus ojos se empiezan a cristalizar.

—Te juro que lo arreglaré para que puedas volver a estar con ella —le aseguro y sostengo su mano con cariño.

Sonríe y le devuelvo la sonrisa. Ella asiente y suspira.

—De todos modos, la relación de ambas siempre fue difícil —confiesa.

—¿Es anónima? No veo que esa chica tenga pinta de ser conocida.

Ginger asiente.

—Ella se incomoda cuando hay cámaras cerca. ¡Hasta se cabrea cuando yo le tomo foto! —Se ríe y me contagia—. Por eso siempre respeté que quisiera seguir en el anonimato y no digo nada en las redes sociales ni hablo de ella. Cuando vio lo de Loren no pudo aguantar más y la entiendo.

Suspiro hondo y niego con la cabeza.

—No va a ser así, ya lo verás —aseguro—. Aunque me invitas a la boda.

Ginger asiente y arruga la nariz. Me río por esa mueca y me veo estrechada por sus brazos. Le devuelvo el abrazo con cariño. Haré todo lo posible por arreglar la relación de Ginger. Lo merece.

No sé en qué momento me dormí. Las turbulencias son un poco notorias. Escucho un murmullo extraño. Suspiro y observo que Ginger también se durmió a mi lado, mientras abraza el móvil con la foto de su novia. Me friego los ojos y pestañeo varias veces mientras sigo escuchando el murmullo.

«¿Qué es eso?».

Me doy la vuelta. Loren está dormido y sostiene a Belce. Sin embargo, puedo darme cuenta de que la manta se desenvolvió un poco y que la pata de la cabra se asoma. Dirijo la mirada hacia la pobre monja que, espantada, reza mientras sujeta con nerviosismo un rosario. Ve la pezuña de la cabra y se agita a cada segundo más. «¡Pobre mujer!».

—Loren... —susurro.

—Mm... —regaña, y no se despierta.

—Lorenzo —lo llamo con un poco más de volumen.

—Dime, mi amor —balbucea.

¿Mi amor?

—¡Despierta! —Le lanzo la zapatilla a la cara.

—¡Ah! —Da un salto, la cara de la cabra se descubre, la señora palidece y empieza a gritar en el momento en que Belce también lo hace—. ¡¿Qué pasa?!

—¡La cabra, Loren! —le grito.

Él se apresura a cubrirla, no obstante, antes de que pueda enmendar la situación y explicarle a la pobre señora, vemos que se levanta de la silla espantada y cae de espaldas perdiendo el

conocimiento.

—¡Señora! —Loren se levanta, deja a Belce en el asiento y se agacha dándole aire a la cara con la mano—. ¡Azafatas!

—¿Qué pasa? —Se despereza Ginger. Mira a un lado observando el espectáculo y vuelve la vista hacia mí, aturdida—. ¿No podías elegir un chico más normal?

Me encojo de hombros, todo es tan surrealista que no sé qué decir.

Me voy resbalando por el asiento hasta que me quedo escondida y me tapo la cara con los brazos para que no me vean. ¡Qué viaje más largo me espera!

## Capítulo 4



He perdido la cuenta de las veces que Loren se ha disculpado con la monja. Ella sonríe y baja del avión, teniendo una charla muy agradable con él sobre la cabra. Se le quitó el cabreo en cuanto Loren le explicó que Belce es una mascota muy especial para él, aunque no especificó los motivos. De todos modos, es difícil enojarse con Loren. Tiene algo especial que te empuja a perdonarlo con rapidez. Siento que no tiene maldad alguna, como si fuera un enorme peluche con unas ocurrencias extrañas.

Cuando menos me doy cuenta me encuentro en Londres acompañada por Ginger, Loren y una cabra que me odia. La gente habla a mi alrededor y no entiendo ni pipa. Miro a Loren buscando consuelo. Su lengua natal es el inglés, así que está como en casa. Me sonríe y posa una mano en mi espalda indicándome que lo siga.

El corazón se me sube a la garganta, así que prefiero hablar para sentirme menos tensa.

—Tenemos que ir al Museo de Historia Natural, allí es donde tienen la copia del mapa —comento.

—Es mejor si alquilamos un coche —propone Ginger—. Caminar con zapatos de tacón tan caros durante mucho rato es un crimen.

Loren rueda los ojos. No puedo contener una risita y cubro mi boca con la mano. Está claro que Ginger no le agrada.

—Tengo propiedades aquí —suelta Loren. Las dos lo miramos con la boca abierta, ¿cuánto dinero tiene este hombre?—. ¿Qué?

—¿Cómo que qué? —pregunto atónita—. ¿Qué son tus padres? ¿Narcotraficantes? ¿O lo eres tú?

—Eso explicaría muchas cosas, quizá lo que venden él lo consume —bromea Ginger.

—¿Qué? —Loren hace una mueca y niega con la cabeza—. ¡No! —Se toca la nuca. Se ve incómodo y cada vez me resulta más intrigante saber de la vida de Loren—. Solo hemos tenido siempre buena posición social y económica. En todo caso, seguidme, iremos por uno de mis coches.

Sigo sintiendo que trata los coches caros como coleccionables de la BBC.

Lo veo caminar frente a mí, elegante y con soltura. Se mete las manos en los bolsillos del pantalón y permanece serio, impasible. Si la palabra perfección en el diccionario tuviera un rostro, ahí estaría él. Sin embargo, ¿por qué siento que al hablar de su familia se ve roto? Sus ojos no brillan como de costumbre y esa alegría y buena vibra que emana con solo mirarlo o estar cerca de él se ha esfumado.

La cabra nos sigue y Ginger se detiene en todos los escaparates que encuentra. Miro fijo a Loren. No me gusta verlo así. Serio, distante, como si estuviera en otro lugar. Camino a su lado y me mira de reojo, mas, no habla. El que no diga nada me tensa más. Lamo mis labios e inhalo

hondo. Se me da muy mal hablar con hombres, y más si se trata de Loren. Lo puedo ver cómo Scott o como Loren, de ambas formas se me dificulta.

Levanto la mano y me dispongo a tocarle el brazo, pero justo cuando estoy a centímetros, Loren me mira y bajo en automático, caminando igual que una estatua. ¿Puedo ser más ridícula?

—¿Qué ocurre, Susan? —pregunta con la voz rota y eso me forma un nudo en la garganta. «¿Qué le pasa?». Intento sostener la mirada en sus ojos claros que se ven cristalinos, sin embargo, rápido la aparta.

—¿Te sientes bien? —inquiero y él asiente—. Es que desde que hablaste de tu familia siento que estás apagado.

Sonríe suave y me mira por un momento. No tarda en volver la vista al frente. Suspira hondo y siento una caricia por mi mano. Agacho la mirada y veo que es él quien me toca. Siento un calor sofocante en mis mejillas. «¿Debería quitar la mano?». Es que no quiero. No sé qué me está pasando.

Correspondo acariciando con suavidad sus dedos al igual que él lo hace conmigo, y escucho un suave jadeo. Lo miro, está sonrojado y aleja la vista en el momento en que hacemos contacto visual. Me sostiene la mano, entrelaza nuestros dedos y debo forzarme a aparentar estar normal y que eso no me afectó. Lo cierto es que todo mi cuerpo se estremece y siento el estómago revuelto.

—¿Loren? —pregunta un hombre que pasa a nuestro lado acompañado por una mujer rubia, ambos tomados de la mano. Loren se detiene y lo mira—. ¿Eres tú?

—No puede ser —murmura Lorenzo y siento la tensión en mi mano. Entrecierro los ojos y observo al amigo que le estrecha la mano libre y sonrío con amabilidad.

—¡Hace años mil que no nos vemos! —Se alegra el joven, tan apuesto como su novia.

Ella me mira y sonrío. Le devuelvo la sonrisa, aunque no puedo evitar sentirme como una oveja negra entre tanta gente que brilla por su hermosura como dibujo ánime.

—Desde niños —Loren coincide, y al fin le veo una mueca de sonrisa en el rostro—. ¿Cómo estás, Wade?

—Bien, de luna de miel. —El moreno levanta la mano con la que sostiene a su recién estrenada mujer y nos muestra los anillos.

—Ya se me hacía raro verte aquí —comenta Loren—. ¡Felicidades!

—Gracias —responden los dos a la vez.

Me muerdo el labio inferior, sigo sintiéndome incómoda. Miro la mano que Loren me sostiene, ¿no se avergüenza de que me vean sosteniendo su mano? ¿A su lado? No estoy a su nivel. No tengo la categoría de esta gente. Me estoy empezando a poner nerviosa.

—Desde que dejamos la escuela para niños especiales que no nos vemos —comenta el amigo de Loren.

«¿Niños especiales?». Me fijo en ambos y frunzo el ceño. No paro de pasar la mirada entre uno y el otro, intentando encontrarles alguna tara, y termino con la mente nublada. No les veo nada. Me mareo de tanto cambiar de dirección mi cabeza y termino bizca y observando a la mujer del amigo de Loren, quién se ríe y cubre su boca con la mano. «¿De qué me estoy perdiendo?».

—Sí, hace demasiado tiempo, pero tu cara apenas cambió —responde Loren y ambos se ríen, aunque Loren corta la sonrisa antes. No sé si está incómodo o nervioso—. Me alegra ver que estás bien.

—Igual yo. Veo que mejoraste mucho ¡Incluso hablas! —¿Qué? Me quedo con la boca

abierta al oír lo que dice el hombre y miro a Loren.

Él me mira un momento y aprieta los labios. Noto la tensión en mi mano.

—Todavía me cuesta un poco —admite Loren. ¿Desde cuándo le cuesta hablar?—. La lectura me ayudó mucho. De hecho, le debo mucho a Susan.

Me presenta de repente y me bloqueo aún más. Vale, está claro que no se avergüenza de mí. Quizá solo yo piense que me veo como un tapón de botella a su lado.

—Es genial. —Se alegra su amigo y mira a su mujer. Ambos sonríen a la vez y nos miran—. Nos tenemos que ir, debemos ir a reservar para la cena.

—Podríamos quedar los cuatro algún día, ¿no? —sugiere la mujer y me veo forzada a asentir.

Estoy tan nerviosa que la que no puede hablar ahora, soy yo. Ambos se agachan y acarician a Belce. Se ven agradables, y vuelvo a notar que la cabra solo me odia a mí, porque con ellos meneas la cola. Traicionera. No le gusta la gente fea, debe ser eso.

—Nos vemos —se despide Loren. La pareja se marcha y vuelvo la vista hacia él. Quiero preguntarle, y a la vez me da miedo verlo como hacía escasos minutos. Ahora parece más relajado—. ¿Dónde está Ginger?

Cuando pregunta me doy cuenta de que no se encuentra con nosotros. Nos miramos, ambos con igual cara de espanto y soltamos nuestras manos para empezar a buscarla.

«¿Y si la secuestraron los que buscan el tesoro?! ¿Y si no la encontramos más?!».

Nos ponemos a buscar hasta por detrás de los coches. Belce se sube encima de ellos y escucho que el propietario de uno nos grita y nos dice cosas que sonarían peor de hablar en castellano. Por suerte solo le toca a Loren disculparse mientras que yo no entiendo nada. Lo escucho hablar en inglés y, ¡Dios santo! ¡Qué alguien me traiga un cubo para las babas, por favor!

—¡Chicos! —saluda Ginger desde la otra calle, cargada de bolsas de tiendas distintas. ¡La mato!—. No pude aguantar las ganas de comprarme estos modelitos. —Llega con nosotros, aunque solo por las caras que ponemos da un paso atrás—. ¿Qué tenéis? ¿Por qué me perdonáis la vida con la mirada?

—Te odio —responde Loren.

—Y yo —lo sigo.

Ambos nos ponemos a caminar con indignación. Hasta la cabra se indigna y le da la espalda, caminando al lado de nosotros con la cabeza levantada con orgullo.

—Chicos, pero ¿qué hice? —se lamenta siguiéndonos—. ¡Ya no vuelvo a irme de compras sin avisar, lo juro!

La casa que Loren posee en Londres es pequeña, sin embargo, me llama la atención unas fotos que tiene con Belce en la entrada. Se ve sonriendo con un pastel al frente. Hay globos e imagino que es el cumpleaños de la cabra. No veo que haya más personas en las fotografías. Cojo el marco y la observo con más atención.

—¿Celebras el cumpleaños de Belce? —pregunto. Él me mira mientras saca las llaves de uno de los coches.

—No. Bueno, sí lo celebro, pero ese fue mi cumpleaños —cuenta y me quedo a cuadros. ¿Cómo es posible que no haya nadie en las fotos? ¿Y su familia?—. Cumplía veinte en esas fotos.

—¿Había más invitados? —indago.

—No.

Las preguntas se me amontonan en la cabeza y aprieto los labios dejando la foto en su sitio. Loren parece tranquilo al contarme que pasó su cumpleaños solo con la cabra. No parece afectarle. Parece que lo ve como algo normal y cotidiano. Me angustia pensar que sea así. Ginger se adelanta para retocarse en el baño, aunque creo que es una excusa para hacer pipí y no quiso decir que tenía la urgencia. Aprovecha para dejar las bolsas de la ropa que compró en el salón.

Espero fuera con Loren, y él abre un coche deportivo que hay en el garaje. Lo saca y me mira haciéndome seña. Sentarme a su lado en el auto es algo que ya he hecho, no obstante, en ese momento estaba empapada, enojada y no le pronuncié palabra en todo el camino. Ahora, es distinto. Quiero hablar de muchas cosas con él y preguntarle muchas más.

Lo miro cuando ya tomo asiento y sonrío leve. Él me devuelve el gesto, sin embargo, nos quedamos en silencio mientras que la cabra se queda en medio de los dos, apoyando las patas en el cambio de velocidades, mirándonos a uno y al otro como si esperara que iniciásemos conversación.

Soy consciente de que Loren me observa desde el retrovisor, intenta hablarme, pero simplemente no le salen las palabras. Se lame los labios y posa las manos en el volante, acariciándolo con nerviosismo. Recuerdo entonces lo que mencionó el amigo que nos encontramos en el camino. A Loren le costaba hablar de pequeño. Tengo que tomar yo la iniciativa.

—¿Crees que mi mamá estará bien? —pregunto. Asiente. No es lo que busco, quiero que hable—. ¿Crees que exista el tesoro? —Asiente. Me encojo de hombros—. Yo no lo sé, creo que todo son cuentos para no dormir.

—Que no puedas verlo no significa que no exista —me dice y sonrío pletórica al escuchar su voz—. A veces hay que tener paciencia. Yo me niego a pensar que el mundo es solo lo que puedo ver. Quiero creer en los libros. En tus libros. —Me mira, sonrío y siento como la cara me arde y los ojos me lloran.

Muerdo mis labios con nerviosismo y suspiro jugando con mis manos en el regazo. Loren mira al frente y con una sonrisa y los ojos brillosos de ilusión continúa:

»Imagina un viaje al centro de la tierra de la mano de Julio Verne, sentirte en la Luna como en los poemas de Federico García Lorca, luchar contra gigantes de viento acompañado por la prosa de Miguel de Cervantes Saavedra y al terminar la aventura, morir de amor con William Shakespeare. El mundo es más hermoso si se narra con la expectativa de que todo no empieza y termina en lo común.

Estoy con una sonrisa de idiota que no puedo esconder.

Este hombre cada vez me fascina más. Su forma de expresarse y de ver el mundo. Miro sus ojos azules iluminados y, por un momento, quiero observar la realidad como él la observa. Verlo todo tan especial y sentirme así, como en una novela de un gran escritor que, con el tiempo, en vez de olvidarse, permanece en la mente y los corazones de todos. Un mundo imposible de olvidar.

—¿Sabes qué? —Niega con la cabeza y me mira—. Que tienes razón, también creo que existe el tesoro.

Él agranda su sonrisa y, aunque su mirada se aparta de mí, me contagia la felicidad. Suspiro hondo. Scott no es así, aunque a estas alturas, creo que tampoco está tan mal que en vez de Scott sea Loren quién se encuentre en esta aventura conmigo.

—¿Por qué dejaste de escribir novela histórica? —pregunta.

Hay muchos motivos que responder; sin embargo, mi mente se queda en blanco. Ni siquiera

yo sé el motivo exacto, el detonante por el que dejé de escribir esas novelas de aventuras repletas de historia real que tanto me fascinaban al igual que a mi padre.

—No sé cómo responderte —le digo con sinceridad—. Creo que por la poca demanda.

—A mí me gustan —asegura y dibuja otra sonrisa atractiva en sus rosados y finos labios—. Aunque escribas lo que escribas, me gusta.

Sé que Ginger ha subido al coche, pero no escucho nada. Solo mi corazón que bombea en mi cabeza similar a un tambor en plena batucada. No consigo alejar la vista de Loren. Él mueve la boca como si le estuviera respondiendo a Ginger y entonces...

—¿Qué dices, Susan? —Reacciono al escuchar mi nombre de boca de Ginger.

—¿Eh? ¿Qué? —Me doy la vuelta en el asiento para mirar a Ginger—. ¿Qué dices?

—Digo que esto me recuerda a las películas de *La búsqueda*. —Se carcajea—. Yo sería el amigo tonto.

—No te digas eso, mujer —regaña Loren. Arranca el coche—. Todavía tengo fe en las rubias, no la rompas.

—¡Oye! —grita Ginger y hasta la cabra suelta un grito.

Me río y niego con la cabeza. Vuelvo a sentarme con normalidad en el asiento. Están locos, aun así, se están arriesgando por mí y por primera vez en toda mi vida siento que puedo ser yo misma con alguien.

Llegamos al museo. Ginger se saca una foto frente a la puerta en la que salimos Loren y yo al fondo. Él va distraído, observando la fachada, yo, en cambio, sí me percató y me cubro la cara antes de que dé al botón. Veo que infla sus mejillas en forma de regaño por el resultado de la imagen y niego con la cabeza.

Entramos al museo, de manera asombrosa, Loren habla con los de seguridad y lo dejan entrar con la cabra que nos sigue moviendo el trasero como si se sintiera orgullosa de su tutú y del poder que tiene al ser la mascota de Lorenzo Edwards.

—Bueno, todavía no me habéis hablado del tesoro que estamos buscando —dice Ginger a viva voz. Loren y yo le chistamos a la vez y este le cubre la boca.

—No grites, no sabemos contra quiénes estamos tratando —regaño. Ella aleja la mano de Loren de su boca y entorna los ojos.

—Bien, contadme entonces.

—Buscamos el oro de Atahualpa, o al menos el mapa que nos guíe para encontrarlo —explico.

—¿Ata qué? —pregunta Ginger haciendo una mueca. Saca la lengua al mordérsela intentando pronunciar el nombre.

—¡Atahualpa! —exclamamos Loren y yo a la vez.

Ginger salta, nos mira y hace una mueca.

—Dios los cría y ellos se juntan —comenta y me da la risa—. ¿Quién demonios es Atahualpa y por qué no se gastó ese oro? Qué desperdicio.

—Atahualpa fue el último emperador de los Incas —cuenta Loren y me sorprende que sepa el dato. Más lo hace cuando continúa—. Fue acusado de fratricidio al mandar el asesinato de su hermano Huáscar.

Loren me mira, yo a él y pestañeo varias veces siguiendo con la explicación.

—Por eso Atahualpa fue asesinado por los conquistadores españoles, ya que el hermano se había aliado con ellos para arrebatarle el trono —añado, mientras veo la cara de asombro de

Ginger.

—Era un sádico que convirtió el cráneo de su hermano en una vasija de oro para beber en él —cuenta Loren. Se me sale la sonrisa al ver lo informado que está sobre el tema—. En mil quinientos cincuenta y tres, Francisco Pizarro exigió un rescate por la vida del emperador Atahualpa. El soberano prometió una habitación repleta de oro a cambio.

—Él cumplió con lo que debía —sigo el relato, mientras caminamos por los pasillos del museo—. Pero Pizarro no, y, aun así, lo mandó a ejecutar. En venganza, los incas robaron todo el oro y según cuentan, lo lanzaron en el lago Yanacocha en los Andes.

—El hombre que sale en el pergamino de los escritos del padre de Susan, es Atanasio Guzmán, quién en mil setecientos fue en búsqueda del oro sin éxito. —Llegamos frente a la copia del mapa mientras Loren sigue relatando—. Ese hombre hizo un mapa de la región que jamás se encontró, pero un explorador inglés, Richard Spruce, hizo una copia de ese mapa y...

—La estamos observando —menciono, cortando la explicación de Loren—. Spruce inició una expedición para encontrar el oro, aunque jamás regresó.

Miramos los dos a Ginger. La veo pálida, con los ojos tan abiertos que parece un conejo en plena cacería. Puedo ver cómo su cuello se mueve por lo fuerte que ha tragado saliva.

—¿Cómo que no volvió? —dice con la voz temblorosa, tartamudeando—. ¡¿Por qué no volvió?! ¡Yo no quiero que conviertan mi cráneo en una vasija de oro!

Loren levanta la mano como si pidiera permiso para hablar. Lo miramos y sonríe. No me gusta la sonrisa maliciosa que pone.

—Yo, si puedo elegir, que sea de plata —dice—. Me gusta el color gris.

—¡¿Cómo?! —Ginger se exalta más.

—¡Lorenzo! —lo regaño, él se encoge de hombros y agranda esa sonrisa de malo que se dibuja en sus labios.

—¿Susan Vaig? —pregunta una voz masculina, interrumpiendo nuestra charla.

Los cuatro, incluyendo a Belce, miramos a los dos hombres robustos, vestidos de etiqueta y, a la vista, armados que se sitúan frente a nosotros. Siento que el oxígeno no me llega al cerebro. Abro la boca, la cierro, la abro, la vuelvo a cerrar.

«¡Están armados!». Miro las pistolas y me muerdo el labio inferior con nerviosismo. Observo de reojo a Loren. Él debe hacer de Scott, lo hará bien, sí. Veo que mira en todas direcciones menos a los hombres y la esperanza se desaparece de mi cuerpo.

«¡No es Scott, estamos perdidos!».

—Soy yo —tartamudeo. Los hombres me miran y observan a Loren, después a Ginger y terminan mirando a la cabra que los ve con odio a mi lado.

—¿Dónde están los diarios? —preguntan.

—¿Dónde está mi madre? —contraataco.

—Primero los diarios.

—No, sin ver a mi madre, no.

Los hombres llevan la vista hacia Loren y yo también. Deja la mochila en el suelo y se posiciona frente a la réplica del mapa. Arrugo la nariz.

«¡Me fastidia que no me esté protegiendo como haría Scott!». Veo que saca los diarios de papá y se me hiela la sangre.

—¡Lorenzo! —grito.

—¿Qué? —Me mira, sin embargo, me ignora volviendo a ver el mapa—. Claro —susurra viendo los apuntes. Termina sacando el pergamino y lo eleva viendo a través de él con la luz que

emana del cristal—. No puede ser.

Lo escucho, aun cuando no le presto atención. Al ver los diarios, los hombres nos apuntan. Cargan las pistolas. Doy un paso atrás al igual que Ginger y Belce. Levantamos las manos en estrella y Belce se pone a dos patas para simular estar detenida. Esta cabra no es normal.

—Loren... —susurro.

—Un momento —pide.

—Pero Loren, ¡no hay un momento!

Las personas que visitaban el museo salen corriendo. Los de seguridad se ven detenidos por la pistola del segundo hombre y nos quedamos solos, escuchando como Loren dice cosas en voz baja que no llego a entender.

—Entrega los diarios de tu padre, y seguidnos —ordena el hombre armado y barbudo con pintas de leñador.

—¡No lo hagas, Susan! —grita de repente Loren.

Me espanto y doy un salto. Escucho el clic de la pistola y cuando observo que van a dispararle a Loren, veo como la cabra sale corriendo hacia el hombre y brinca dándole un golpe con la cabeza en sus partes nobles.

El hombre cae al suelo, el otro se descuida y cuando se encuentran en una pelea con los de seguridad del museo, Loren se da prisa y guarda los diarios, el pergamino, carga a Belce en brazos y me sostiene de la mano. Sujeto a Ginger del brazo para que corra junto a nosotros. El corazón me va a mil por hora. Pienso en mi madre, en dónde estará y se me hace un nudo en la garganta. Me detengo en seco a las puertas del museo.

—¡Espera, Loren! ¡¿Y mi mamá?! —grito desesperada, angustiada—. ¡¿Por qué no puedo darles los malditos diarios?!

—¡Porque una vez encontremos el oro igual nos matarán! —responde Loren. No espera a que camine ni que reaccione. Me carga y me veo en volandas.

«¡Quiero que me deje pensar por una vez!».

—¡Te voy a romper la espalda con mi peso! —me quejo. No obstante, él no me responde, de hecho, me mira mal, como si le molestara que hablase de mi peso.

—Susan, creo que tiene razón —me dice Ginger con la voz temblorosa, veo que llora de pánico—. Si el hombre que se fue de expedición no volvió, seguro que fue porque lo asesinaron, ¿quién nos dice que a nosotros no nos harían eso?

No puedo responder. Loren me carga en su deportivo y Ginger se apresura a subir con Belce en los asientos traseros. Loren toma asiento a mi lado y arranca mirando por los retrovisores. Sé que ha visto algo en el museo, no puede ser que haya cambiado de opinión tan rápido.

—¿Qué descubriste en el museo, Loren? —Me mira, no responde. Bufo y golpeo el salpicadero del coche. ¡Necesito saber qué pasa!—. ¡Loren, dime lo que viste!

—El mapa del museo solo es una guía —habla al fin, mirando a la carretera cuando nos incorporamos en ella—. El mapa del tesoro, lo tienes tú.

—¿Cómo? —Se me congela la sangre.

—El pergamino, el pergamino es el mapa —aclara.

—Pero si está vacío. —Niega con la cabeza ante mis palabras y bufo. Me paso las dos manos por los cabellos—. Entonces, por eso querían los diarios de mi padre, para encontrar el pergamino.

—No sé de qué cojones habláis, ¡¿podéis decirme qué pasa?! —grita Ginger—. ¡Me estoy poniendo muy nerviosa y eso me afectará el cutis! ¡Seguro que mañana me sale un grano en

medio de la frente!

Golpean el coche lujoso de Loren por detrás y lo escucho gritar más que Ginger. La cabra sale volando desde el asiento trasero y se precipita sobre el cristal. La cojo antes de que se golpee. El bolso de Ginger cae a sus pies y el drama se hace presente cuando le ve un asa rota. Entre gritos y maldiciones observo de reojo a Loren. Él me mira y puedo ver sus ojos de terror. Eso no me tranquiliza.

¡Nos están persiguiendo y él parece el más asustado en el coche! ¡Empieza a hiperventilar!

—¡Nos van a matar! —grita Loren.

—¡Nos harán cráneos de oro! —sigue Ginger.

—¡Callaos ya!

Un coche se posiciona al lado del conductor. Saca una pistola, apunta a Loren y este lo mira. Suelta el volante y se cubre la cabeza.

«¿Qué hace?!». ¡Veo que me apunta a mí! El coche se va de costado. Sostengo el volante y me agacho igual. Vuelvo la mirada a Loren, quien está llorando.

—¡Se supone que tú eres Scott! —le grito.

—¡Soy demasiado guapo para que me den un tiro en la cara! —exclama. Le pego una cachetada. ¡No lo puedo evitar!—. ¡Eh!

—¡Eres idiota! —le grito.

—¡Chicos! —nos llama Ginger y escucho un golpe.

Levantamos leve las cabezas. Una bala rompe el cristal y rebota en la puerta del copiloto. Creo que Loren gritó más que yo al ver cómo un hombre se mantiene agachado en el capó del vehículo y saca otra arma.

—¡Spider-Man! —dice Loren. Lo miro con la boca entreabierta—. ¿Qué? De no ser un superhéroe, ¿cómo subió así al coche?

—¡Lorenzo, nos quieren matar! —Lo sostengo de los hombros y lo zarandeo para que reaccione. El hombre nos dispara, volvemos a agacharnos. Loren frena de golpe lo que hace que el hombre salga disparado. Arranca y lo atropella.

Nos quedamos en blanco. Nos miramos, Ginger igual. La cabra nos observa en medio de los dos asientos. Hasta ella tiene la boca abierta.

—¡Hemos atropellado a un hombre! —grita Loren—. Soy un asesino, ¡mami!

—¡Prefiero ser una vasija de oro que estar en prisión, al menos tendré clase! —solloza Ginger.

—¡Dios santo bendito, callaos ya! —Doy una palmada frente a sus caras. ¡Me están enervando!—. ¡Vamos a salir vivos de aquí sin ser cráneos de oro y sin ir a prisión!

Nos embisten. El coche se sube a la acera y golpeamos un andamio. Cae sobre varios coches de los que nos siguen. Sonreímos sintiéndonos victoriosos hasta que nos dan de frente. El coche da vueltas, los ojos se me cruzan. Belce casi se sale por la ventana y le agarro de las patas. Los gritos de Loren y Ginger me ensordecen. Yo no puedo gritar, porque si abro la boca, ¡vomito! Miro a la cabra, ella a mí, a las dos se nos va la cabeza.

El coche se detiene. Entre las ganas de vomitar y los llantos de Ginger, escucho un ruido extraño a mi lado derecho. Miro hacia esa dirección, intentando enfocar bien la mirada por el mareo que llevo. Observo a un hombre armado. Se asoma. «¡Estamos muertos!».

Belce salta por la ventana, le muerde la nariz y el hombre empieza a gritar. Se aleja y la cabra se le queda enganchada. ¡Bien! Miro a Ginger aferrada a su bolso, Loren tiembla enganchado del volante.

—¡Tenemos que bajar! —les digo y los dos me miran pálidos.

Bajamos del vehículo. El hombre sigue intentando quitarse a Belce de la nariz. Grita y da vueltas sobre sí hasta caer en el suelo. ¡Es una cabra de presa!

Aparece un hombre al lado del coche y por impulso Ginger le golpea la cara con el bolso. No sé lo que lleva ahí dentro, sin embargo, se le salta un diente y suelta la pistola.

—¿Qué llevas ahí, ladrillos? —pregunta Loren.

—Mis perfumes, una no sabe nunca cuando la traiciona el sudor —explica Ginger.

«¡¿A quién le importa sudar en un momento así?!».

Ginger toma el arma mientras el atacante se repone. Me percató de que estamos rodeados de matones vestidos de negro. Jadeo. Ginger le pasa el arma a Loren, él la mira y me la entrega. ¡¿Qué cojones hace?!.

—¡¿Qué me das a mí?! —reprocho.

—¡Úsala tú! —pide.

—¡Que no! —Se la doy.

—¡Que la uses! —Me la devuelve.

—¡Tú eres Scott! —Se la paso de nuevo.

—¡Scott quiere darte protagonismo! —Me la vuelve a entregar.

Empezamos a pasarnos el arma de mano a mano como si estuviéramos jugando a los tazos. Los hombres nos miran tan desconcertados que ni ellos saben cómo reaccionar.

—Lo sentimos, no suelen estar de acuerdo —se disculpa Ginger con los atacantes, ¡¿Se ha vuelto loca?!.

Loren jadea, cierra los ojos y dispara a la nada. Hasta me agacho en el suelo junto a Ginger cuando veo que dispara a ciegas. Los hombres se tensan y lo apuntan, aunque al ver que la bala se pierde se relajan. Observo el recorrido de la bala. Le da a la rueda de un autobús, este descarrila, golpea a un coche que se queda en medio de la carretera y consigue que otro se colisione y que el que viene detrás de este pierda el norte. Vemos cómo pasa por delante de nosotros y se lleva a los hombres por el camino.

Nos quedamos un momento con los ojos abiertos de par en par al igual que la boca. Despacio, Ginger y yo giramos la cabeza hasta mirar a Loren.

—¡¿Por qué siempre que hago algo, alguien termina atropellado?! —se queja Loren con las manos temblorosas.

—¡No importa, vámonos! —le pido y sujeto su mano.

Me levanto al igual que Ginger. Empezamos a correr. Loren se voltea hacia Belce y yo también.

—¡Belce, vámonos! —la llama Loren.

La cabra nos mira, le da coz en la cara al hombre que dejó sangrando en el suelo y corre con nosotros. «¡Ya sabía yo que esa cabra era el demonio!».

Entramos a un centro comercial, perseguidos por varios matones que vienen detrás de nosotros.

—¡Oh, mira qué conjunto más lindo! —escucho a Ginger y la veo probándose un vestido.

—¡Ginger, vámonos! —¡No puede ser que se detenga a comprar ahora! Le tiro del brazo—. ¡Por favor!

—¿Me lo pone para llevar? —pide con una sonrisa.

—Por supuesto, señorita —responde la cajera.

¡Nos van a matar!

Consigo despegarla de los modelitos y corremos junto a Belce y Loren. Nos metemos en una tienda de ropa y nos perdemos entre los pasillos. Veo a Loren, quien termina acorralado por dos hombres. Da una patada a uno de los estantes y les cae la ropa encima. Se da la vuelta cuando otro lo sostiene de los hombros y de modo asombroso, le mete puñetazo en el rostro dejándolo inconsciente en el suelo. ¡Guau! Sonríe un poco hasta que veo cómo empieza a quejarse y mover la mano con dolor. Entrecierro los ojos, sigue siendo Loren. Llega conmigo y vemos a Ginger. Va dando vueltas sobre su eje y reparte bolsazos a todo el mundo. Vamos con ella y la ayudo. Tomo una zapatilla de tacón y golpeo a otro en el rostro. Creo que le hice algo en el ojo.

—¡No veo, no veo! —grita—. ¡Mi ojo!

—Lo siento, señor —digo con un hilo de voz. ¡Ahora me siento mal!

La cabra pasa con un sombrero rosa y se me desenchaja la mandíbula. ¿De dónde sacó eso? Miro a Loren y él se encoge de hombros.

—Te dije que ella elegía el color rosa —me responde sin que le pregunte.

La persecución nos lleva a una tienda de animales. Veo a la recepcionista. Come chicle y está con los auriculares puestos. La canción que hay de fondo es cañera y se escucha como si Alvin y las ardillas la entonasen. Lo que nos faltaba para amenizar el momento. Nos separamos entre pasillos. Belce decide venir conmigo y nos agachamos detrás de unas peceras.

El sujeto llega con nosotras y nos ve. Sonríe con malicia y observo que levanta el arma. Belce lo distrae y le tira del pantalón. Me levanto, cojo una de las peceras y se la parto en la cabeza, veo como cae a peso en el suelo. Llegamos corriendo con Loren, quien es perseguido por dos hombres que, a tiros rompen los cuencos de bebidas y comidas para los perros. Nos agachamos entre peluches y logramos evadir los tiros. Loren coge un juguete de goma y se lo lanza a uno de los hombres. El juguete le rebota en la frente y pita. Loren fuerza una sonrisa y el señor nos mira con duda.

—¿No llevabas la pistola? —le susurro a Loren.

—Me daba miedo y la dejé caer en la calle.

—¡No puede ser!

Tomamos las pelotas de goma y empezamos a lanzarlas. Belce golpea con las patas traseras y consigue darles en las piernas. Una de las armas que llevan cae al suelo. La tomo y observo los focos que cuelgan del techo. ¡Genial! Cargo el arma, apunto y disparo. El foco se descuelga y se balancea de lado. Los golpea y los estampa contra uno de los estantes.

Ginger pasa por el final del pasillo corriendo con los zapatos de tacón en la mano. Loren me ayuda a levantar del suelo y con silencio nos colamos entre los pasillos de la tienda.

—Tengo una idea —me susurra.

Nos colocamos en el pasillo por el que va a pasar Ginger. Loren toma dos correas para perros y las une. Belce se queda a un lado y Loren al otro. Lo miro y luego a la cabra. ¡Ese animal no es normal! Pasa Ginger y nos ve aturdida, aun así, no se detiene y pasa por mi lado. Los dos hombres que la siguen no aflojan el paso.

—¡Ahora! —ordena Loren. La cabra tira de la correa y él también. Los hombres tropiezan, se golpean contra una pecera llena que se rompe. Escucho como empiezan a gritar y se caen al suelo como si las piernas le fallaran. Pronto me doy cuenta por qué. Esa pecera contenía erizos de mar y se los han clavado. El veneno surte efecto y les causa una parálisis, dejándolos inmóviles.

Sonreímos los tres a la vez, pero no nos esperamos a siquiera reaccionar. La chica de la tienda sigue en su asiento con los cascos puestos sin enterarse de nada cuando salimos de allí sin

esperar ni un segundo y con miedo a que la seguridad del centro comercial nos detenga.

Estando fuera del centro comercial, se me sale la risa nerviosa junto a la de Loren y Ginger.

—Esto con facilidad podría ser un libro —comenta Loren.

—Con unos protagonistas muy peculiares —sigue Ginger y me mira—. Me gustó la canción que se escuchaba de fondo en la tienda, ¿cómo se llamará?

—Ni idea —respondo. No estoy para pensar en eso en este momento, sigo con la adrenalina al máximo.

—Se llama “La canción del hámster” —contesta Loren. No sé si va de broma, e igual se me escapa la risa—. Se llama así, búscadla en YouTube.

—No puede ser —susurra Ginger. La busca y cuando escucho el tono me quedo con la boca abierta—. ¡Sí que se llama así!

No puedo más. Empiezo a reír a carcajadas. Entre el nervio, la tensión y ahora esto, no puedo parar hasta que me lloran los ojos.

Ginger empieza a bailar mientras camina descalza con los zapatos en la mano, y dando pequeños saltos.

—¡Tenemos que celebrar que nos libramos de los malos! —exclama feliz.

—Por ahora —comento.

—No seas agonías —me reprocha Loren. ¿Agonías? Lo miro y entrecierro los ojos cuando observo que también se pone a bailar marchándonos de allí. La cabra levanta las patas de delante y detrás para dar pequeños saltos. Hasta mueve la colita. Bufo. Sonrío sin darme cuenta y niego con la cabeza. Me detengo en medio de ellos y empiezo a bailar. Si no puedo con ellos, me uno. Levanto los brazos y me acompaso con Loren, Ginger y Belce, marchándonos de allí con ritmo. Al final vamos a acabar todos como una cabra.

## Capítulo 5



Llegamos a un hotel a las afueras de la ciudad. Sigo sin entender todo lo que Loren habla con el chico del mostrador. Este me mira y con un acento parecido al de Loren, aunque más notorio, al fin pronuncia palabras que comprendo.

—Señorita Tiquismiquis, encantado de conocerla —suelta.

¡¿Cómo me ha llamado?! Miro a Loren con la boca abierta. Se encoge de hombros.

—Debemos tener identidades falsas —explica.

—¡¿Pero por qué Tiquismiquis?! —exclamo.

—Siempre te quejas de todo y no le ves la diversión a la vida.

—¡Claro que le veo la diversión a la vida! —Se carcajea y me crispa los nervios—. ¡Yo soy la persona más divertida del mundo!

—Escribiendo será.

Me pongo las manos en el pecho y abro la boca con asombro. Me mira, sonrío de costado y sin esperarlo me abraza por la cintura. Deja un beso en mi frente. Se me olvida respirar.

—¿Yo puedo llamarme Miss Fucsia? —pregunta Ginger dando pequeños saltos, sosteniéndose de los hombros de Loren—. ¡Porfa!

—Está bien, pero alejadita, Barbie —le responde.

—¡Estúpido! —Le da una cachetada.

El chico de la recepción alucina con nosotros, y yo, bueno, siento que tengo fiebre. Me pongo las manos en las mejillas. Consigo relajar la respiración y niego con la cabeza. ¿Por qué de repente me tiembla todo el cuerpo? Miro de reojo a Belce. La cabra me mira y podría jurar que sube y baja las cejas. Me quedo viéndola con una mueca de desconcierto en el rostro, impresionante.

Loren paga la habitación, cómo no, elige la más cara y con mejores vistas. Al entrar a ella lo único que pienso es si el cristal del gran ventanal que nos ilumina es a prueba de balas porque ya no me fío. Me acerco al vidrio y lo golpeo con los nudillos. Cierro un ojo y abro el otro intentando encontrarle alguna fisura. Creo que nos pueden alcanzar si disparan.

—¿Te crees James Bond? —me pregunta Loren al detenerse a mi lado.

—Tenemos que sacar a mi madre de donde está y nos siguen buscando, no todos podemos estar tan tranquilos como tú —espeto.

—Tranquila agente 007 con licencia para escribir, todo saldrá bien.

Odio que me arranque una risita con sus bromas. Me muerdo el labio inferior y me acaricio la nuca. Me acelera el pulso tan fácil.

Ginger se mete al baño para ducharse y destensarse. Quiero ser la próxima; sin embargo, Loren se adelanta y levanta la mano como en el colegio, pidiendo su turno. Lo veo quitarse la camisa como si fuera en cámara lenta. Así como en las series y películas de bajo presupuesto

donde el *fanservice* es constante para tener pegadas a la pantalla a las mujeres con poca vida sexual. Así como yo. Me quedo con la boca abierta cuando la lanza a un costado y noto la forma en la que se le marcan las venas en los brazos y los músculos. «¡Dios, me acabo de lamer el labio!» Bien, Susan, quita la vista, quita la... Se deja caer en la cama y se desabrocha el pantalón para estar cómodo. Me cuesta tragar saliva. Belce se sube a la cama y se acuesta a su lado. La abraza. «¡Maldita cabra, qué envidia! ¡No sabía que se podía sentir envidia de una cabra!».

—¿Pensaste cómo salvar a tu madre sin entregarles los diarios de tu padre?

—¿Qué? —reacciono y al fin subo los ojos a su cara. ¡Qué vergüenza! Sonríe y se señala la cara—. Lo siento.

Lo escucho reírse y eso me acelera más el corazón. Me lloran los ojos del sonrojo que llevo en el rostro. Las manos me sudan. Suspiro y me paso una mano por el pelo. Qué fácil es escribir estas situaciones y qué complicado es vivirlas.

—Digo, que imagino que tienes un plan, ¿no?

Asiento. La verdad es que he estado pensando, dejando de lado el nervio de lo vivido, cómo poder soltar a mi madre de las garras de esos locos.

—¿Cómo te sientes para ser Scott? —le pregunto.

—Bonita, yo soy Scott —responde con una sonrisa radiante.

—Déjame dudarlo —murmuro.

—¡Me ofendes! —exclama y se encoge de hombros—. Pero dime, ¿qué pensaste?

—Si no estoy mal, van a volver a llamarme porque no les interesa matar a mi madre — expongo—. Ellos tienen lo que yo quiero, yo tengo lo que ellos quieren y sin mí no van a poder encontrar el tesoro. No pueden lastimarla. En el momento que llamen, será Scott quien les explique las condiciones. No saben que eres un modelo, puedes ser Scott para ellos.

La sonrisa de Loren se hace pletórica. Se carcajea a todo pulmón y se levanta arrodillado sobre el colchón con entusiasmo.

—¡Muero de ganas! —grita y se me escapa la risa. Se friega las manos y pone una mirada seductora con una ceja arqueada. Arruga un poco la nariz y con voz gruesa habla—. Mr. Scott a tu servicio, baby.

No puedo contener las carcajadas. Niego con la cabeza y le lanzo un cojín a la cara. La risa de Loren es tan contagiosa que, a pesar de la situación en la que nos encontramos termino riendo con todas mis fuerzas y hasta se me saltan las lágrimas.

Ginger sale de la ducha y nos encuentra riéndonos sin parar.

—Vaya, ¿de qué me perdí?

—Nada. —Loren da salto y se levanta de la cama—. Iré a la ducha, huelo a cabra. —Belce lo mira mal y salta de la cama para golpearle en la pierna con la cabeza—. ¡No te lo tomes así! Perdón, perdón.

Belce me mira con egocentrismo antes de meterse al baño con él. Siento que estoy en una guerra absurda con ese animal.

—Bueno, Susan... —Miro a Ginger cuando me llama y ella toma asiento a mi lado, en una de las sillas de la suite—. ¿Qué hay entre Loren y tú?

Hago una mueca.

—¿Cómo que qué hay? Nada.

—¿En serio? —Asiento. ¿Cómo va a haber algo con Loren? ¿Me ha visto bien? Ginger suelta una risita y niega con la cabeza. Suspira y se sacude el pelo con la toalla—. No me digas que eres la única que no se da cuenta.

—¿De qué? —pregunto. Estoy confusa y se me nota, soy demasiado expresiva y provoco en Ginger otra risita burlona.

—Ese hombre está loco por ti. —Me quedo como si hubiera visto un fantasma—. ¿Por qué pones esa cara?

No puede ser. Hago un mohín de desagrado y bajo la mirada hacia mi cuerpo. Todo lo que veo es *xxl*. Tan grande como mis ganas de comerme una hamburguesa en este preciso instante. Estoy hambrienta, nerviosa y aturdida. Niego con la cabeza. Ginger se volvió loca o ciega con tanto *fucsia*.

—No digas tonterías, Ginger. Él solo lleva un papel.

—¿Un papel? —Suspira y toma mis manos—. ¿Quieres convencerme a mí o a ti misma? ¿Qué te da miedo, Susan?

Por algún motivo, se me forma un nudo en la garganta y la ansiedad llena mis ojos de lágrimas. Yo no soy suficiente para alguien como Loren.

—Soy del montón, Ginger —expreso y se me caen las lágrimas—. Jamás resalté. En el colegio no tuve amigos, en el instituto era la burla y me encerraba en la biblioteca para olvidar que al salir iban a escupirme después de esperarme en el pasillo. Cuando empecé a escribir, tampoco resalté hasta que dejé de ser yo. ¿Cómo voy a pretender gustar a alguien tan perfecto como Loren? Soy esa chica que espera el recreo sola. Esa que sueña con un amor de película, pero que debe conformarse con las migajas que deja la popular. Esa por la que apuestan como burla los *badboys* de las novelas. La secundaria de una película de romance. No quiero hacerme ilusiones.

Ginger suspira. Niega con la cabeza y me limpia las lágrimas con caricias. Muestra una sonrisa dulce.

—Susan, eres escritora, ¿nunca te ha pasado que el personaje secundario se vuelve el principal? —Me quedo pensando y asiento. Muchas veces tuve que hacer libros adrede para esos personajes que crecieron tanto como para ser protagonistas—. Entonces, escribe tu historia. Escribe tu guion. Sé la protagonista de tu propia novela de romance y confía en ti y en los sentimientos que Loren te expresa. Date una oportunidad de vivir lo que escribes, de sentir algo real.

Las lágrimas aumentan, pero porque es la primera vez que me desahogo de algo que ha dañado mi alma durante años. Asiento e intento sonreír, mas, el llanto no me deja. Ginger me abraza con fuerza y le devuelvo el acto.

—Se acabó el llorar —pide Ginger y se aleja para limpiarme las lágrimas con las mangas de su camisa—. Ya verás, voy a maquillarte y te verás preciosa.

—¿Maquillarme? —bufo y recojo el aire para calmarme—. Yo no sé hacer eso.

—¡Pues te enseño! —Coge el bolso. ¡¿Cuántas cosas trae ahí dentro?!—. Para cuando salga Loren vas a ser la mujer más sexi y hermosa de todo este hotel. Aunque estoy segura de que para él ya lo eres.

—No, para él esa es la señora Belce. —Saco mi sarcasmo y Ginger se atraganta con la risa—. Bien, dejaré que me pintes como Krusty el payaso.

—¡No exageres!

Ginger me está enseñando a pintarme los labios. Sostiene un espejo pequeño que también sacó del bolso de Mary Poppins o el bolsillo de Doraemon modo *fucsia* y me dice cómo debo pasar el pintalabios.

Escucho la puerta del baño y miro de reojo. Veo el cuerpo trabajado de Loren empapado. Me quedo con la boca abierta. Trae solo una toalla blanca envolviendo su cintura. Mueve la cabeza y el pelo salpica la pared. «¡Quiero ser pared!». Levanta la toalla que cuelga de su cuello y se seca el rostro. Me mira y, ¡Dios santo, sus ojos! Le veo brillitos alrededor en cámara lenta y corazoncitos revoloteando. Por la derecha imagino a un cupido panzón y rubio lanzándome una flecha con forma de corazón.

—¡Cuidado!

Escucho el grito de Ginger y me doy cuenta de que me estoy metiendo el pintalabios en la nariz. Lo quito de golpe, pero se me va un moco por donde no toca al empujarlo con la punta del pintalabios. Me dan ganas de estornudar. Agarro aire, estornudo y me golpeo la frente contra el cristal de la ventana con tal de no estornudarle en la cara a Ginger.

Me mareo, y el cristal se ha roto un poco.

—Sabía que no era a prueba de balas —balbuceo.

Se me cruzan los ojos y me voy de costado.

—¡Susan! —Escucho que gritan los dos, y todo se vuelve negro.

Hago una mueca y comienzo a ver borroso. Veo un pecho. Tetas... Levanto un dedo y pico la que está cerca de mi cara. ¿Dónde estoy? ¿Qué? Miro hacia arriba y observo a Loren. Me está sujetando y hace una cara de extrañeza, digna de retratar. Aparto rápido la mano.

—¡Qué susto nos has dado! —recrimina Ginger, limpiándome la cara con una toalla mojada—. ¡Ya no vuelves a tocar el maquillaje!

—Al menos se despertó pronto —conviene Loren.

Noto que me estrecha con fuerza y todo el cuerpo se me tensa. Aprieto los labios. Está sin camisa, sujetándose mientras se encuentra sentado en la cama. ¿No era más fácil dejarme tumbada en la cama sin más? Percibo su olor, está demasiado cerca. «¡Me muero! ¡Me va a dar un jodido infarto!». Lo empujo para alejarlo de mí y al hacerlo caigo de culo al suelo.

—¡Ah! —doy un chillidito y los dos me miran torciendo el gesto—. ¡Estoy bien, estoy bien! —Levanto las manos—. Ya está.

Mi móvil suena a victoria cuando lo escucho y sé que es la excusa perfecta para levantarme del suelo y no verme tan extraña. Mi error es hacerlo demasiado rápido con la desesperación de terminar con la situación incómoda cuánto antes. Me mareo, mi cuerpo se tambalea y lo siento aferrado por Loren, quien se encuentra de pie junto a mí, pasando una mano por mi cintura. Levanto la cabeza con lentitud para observar sus ojos, los cuales me miran con intriga hasta que sonrío y se me alborota el pensamiento en un segundo.

Agacho la cabeza al notar que el sonrojo hace brillar mis ojos y suspiro hondo. Debo estar confundida. Eso es. Me gusta Scott y está consiguiendo que lo confunda con el papel al igual que él, que no separa las cosas. Además, sigo pensando que lo que dijo Ginger no puede ser. Lo confirmo después de verlo salir de la ducha y sentir sus músculos en mi cara. Imposible.

Cojo el móvil, en la pantalla solo aparece «desconocido», por lo que rápido deduzco que son los locos modo Dora la exploradora buscando el jodido mapa. Miro a Loren.

—¿Estás listo?

—Sí, voy a poner el modo serio.

Hago una mueca.

—¿Modo serio? —Se abofetea y se queda serio como enfadado con la vida—. Ah.

—A golpes es que se matan las neuronas —comenta Ginger. Escucho a Belce afirmar con un sonoro «be» y me paso una mano por la cabeza. Quiero reír, sin embargo, no es el momento.

—Concentrémonos, por favor —pido, más bien ruego. Parece que Loren jamás puede ponerse en modo serio de verdad.

—Ya, estoy preparado, nací preparado. —Empieza a dar saltos de un lado a otro como boxeador—. ¡Me los voy a merendar!

—Bájale unas rayas a tu nervio —digo y veo que Ginger está con la boca abierta al igual que yo.

Loren toma el móvil y descuelga dejando el altavoz.

—*Susan, no sabes con quién estás jugando* —argumenta una voz femenina. Seguro que es la mujer que mi madre vio cuando la encerraron en el armario.

—Hablas con Scott Haverson y sois vosotros los que no sabéis con quién estáis jugando. —La seriedad con la que Loren habla me sorprende. Hasta el tono de voz que tiene parece amenazante—. Seguro que podemos llegar a un acuerdo antes de tener que optar por una vía menos diplomática.

—*¿Disculpa? ¿Y por qué debería querer llegar a un acuerdo contigo? Si eres amigo de esa escritora, seguro que eres un friki más.* —Creo que no se equivoca. Entorno los ojos con molestia—. *Mejor suelta el móvil y deja de hacerte el gracioso.*

—Aquí nadie se está riendo, a no ser que seas tú quién tenga cara de payaso. —Abro los ojos al máximo cuando lo escucho, y me tapo la boca con las manos para no gritar. ¡No debería provocarla así!

—*¿Eres idiota? Pásame con Susan.*

Alargo la mano para que me dé el móvil, y él niega con la cabeza. «Mierda».

—Mira, las cosas están así. Soy un exmarine muy interesado en la arqueología que, te aseguro, sabe defenderse muy bien solo. También ayudar a los míos cuando la situación se pone tensa y, Susan es importante para mí, ¿de verdad crees necesario que haya un derramamiento de sangre? —Interpreta tan bien a Scott que no sé si gritar, llorar, subirme sobre la cama y saltar hasta que me dé en el techo con la cabeza y me vuelva a quedar K.O., o abrazarlo y besuquearlo hasta dejarlo sin color como si fuera un dibujo a lápiz. La mujer no responde y Loren sigue—. Veo que entendiste. Tú tienes a alguien que nosotros queremos, pero si le tocas un solo pelo o vemos rastro de que le habéis hecho la mínima cosa, le doy a mi cabra los jodidos diarios para que se los coma.

—*¡No te atreverás!* —grita al fin la mujer.

—¿Quieres probarme, bonita? —responde Loren y se carcajea con sarcasmo—. A mí me sobra el dinero, ¿crees que me importa el tesoro? —Vaya, en algo que no miente. Loren arquea una ceja y sonríe sosegado al escuchar a la mujer bufar con desesperación y enmudece—. Mañana mismo quiero ver a la mujer, a primera hora.

—*Bien* —acepta la loca y me sorprende más. Miro que Ginger se encuentra igual de fascinada que yo—. *Me pondré en contacto mañana.*

Cuelga y Loren me da el móvil. No obstante, en *schok* como me siento, no logro cogerlo, solo extender la mano frente a mí sin sostenerlo. Fue como ver a mi personaje aquí, conmigo. No puedo quitarle la vista de encima.

—¡Ha sido alucinante, Loren! —grita Ginger y salta a abrazarlo.

Él sonríe y ladea la cabeza.

—¿De veras? —Me mira—. ¿A ti te gustó?

Necesito un extintor para que me apague las mejillas.

—¡Sí! —respondo con una voz más chillona de lo habitual y hago mueca de fastidio—. O sea, sí, sí me gustó. Estuvo genial.

Agranda la sonrisa con ilusión y como no cojo el móvil lo deja en la cama.

—Podemos descansar hoy para así mañana ver qué hacemos con todo esto —propone y asiento.

Ginger nos mira y pasa en medio de los dos, dirigiéndose a la salida de la habitación.

—¿A dónde vas? —le pregunto y ella se voltea, me mira y sonrío.

¿Pretende dejarnos solos?

—Iré a tomar algo al bar del hotel, en un rato vuelvo.

Sí, pretende dejarnos solos. Se me sube el corazón a la garganta.

Escucho la puerta cerrarse y miro hacia Belce. Se ha quedado dormida hecha una bolita en la cama. Dirijo entonces la mirada hacia Loren. Él me observa serio. Aprieto los labios con nervios, incomodidad, no sé. Me tiemblan las manos.

—Puedes quitar el modo serio ya —le digo para quitar la tensión del momento y lo consigo, porque se ríe y vuelvo a llenar de aire mis pulmones, relajándome un poco—. Gracias por todo. Sé que ya te agradecí, aun así, siento que no es suficiente.

—Agradéceme sin matarme —dice y echa a reír. Niego con la cabeza y tomo asiento en la silla que está frente al cristal roto. Él me sigue con la mirada y continúa—: ¿Qué puedo hacer para que me quieras y no me mates en el próximo libro?

Suspiro hondo. Aunque el corazón me va a mil y escucharlo tan tierno me acelera hasta la respiración, la realidad es que Loren necesita ayuda y cada vez que lo escucho estoy más segura de ello.

—Loren, puedo buscarte un psicólogo, no me refiero a pagarlo porque tienes dinero hasta por las orejas. —Hace una mueca de disgusto y se sienta delante de mí en la otra silla—. Pero Scott no es real y siento que no entiendes que por mucho que lo mate en el libro, no voy a hacerte ningún daño a ti.

—Te equivocas con eso —susurra.

—Tú eres Loren, no te hace falta un personaje para ser grandioso.

Sonríe y agacha la mirada. Se muerde el labio inferior y juega con sus dedos como si fuera un niño pequeño. Lo quiero abrazar.

—¿De verdad piensas eso de mí? —pregunta con un hilo de voz.

—¡Claro que sí! Admito que a veces me desesperas, pero lo diferente también puede ser grandioso. —Me mira con una sonrisa tan plena y sincera que me desarma. Se la devuelvo y sigo para intentar no ponerme más nerviosa—. No sabes dar puñetazos, ni usar un arma, es claro que no has sido marine nunca y no sabes defensa personal, aun así, de alguna manera, todo está yendo bien gracias a ti. Eres único, Loren, y real. No te hace falta Scott.

Quiero preguntarle por la soledad que siempre lo acompaña, incluso por qué significa tanto para él Scott. También por qué celebra los cumpleaños solo con Belce, mas, no lo logro. Borra la sonrisa y cuando menos me doy cuenta sus ojos azules se vuelven cristalinos y de ellos caen varias lágrimas que al resbalarse por sus mejillas me rompen en dos el corazón.

—Loren, eh. —Le tomo las dos manos—. ¿Qué pasa? ¿Dije algo malo?

Niega con la cabeza y suspira. Dirige la mirada hacia nuestras manos y me sujeta despacio, lento, como si pensase que voy a quitarme. No pienso hacerlo. Sus dedos me acarician los nudillos y sonrío al ver que no me retiro.

—Solo me emocioné —confiesa—. Siempre ha sido difícil para mí encajar.

—¿Bromeas?

—No, de veras. Seguro que tú no tienes ese problema.

Con ese comentario me doy cuenta de lo distorsionada que tiene la visión de mí. Las palabras de Ginger me revolotean por la mente. Suspiro hondo y niego con la cabeza.

—Loren, ¿me quieres? —No sé de dónde saco la valentía para preguntarle eso, y aunque va a responder, suelto sus manos y continúo hablando apresurada, víctima de los nervios—. Sé que es una tontería, porque mírame y mírate, ¿verdad? Bueno, quizá un querer de amistad. Aunque antes de esto jamás fui sociable contigo y lo siento, pero es que cuando me viste dijiste que no me imaginabas así y pensé que te estabas quejando de mi peso.

—¿Qué? —Arruga la nariz—. ¡No!

—Por eso desde entonces... —Espera, «¿dijo que no?». Me callo y hago una pausa en la que lo veo dar una risita, sorprendido—. ¿No te metiste con mi peso ese día?

—Lo dije porque esperaba a una escritora estirada y mayor que estuviera amargada. —Arquea una ceja—. Amargada estás, aunque no se te notaba al inicio.

Me arranca una carcajada exagerada, aun cuando creo que es más por los nervios. Me paso las dos manos por el pelo y bufo por la tensión.

—Entonces, yo, tú..., bueno. —Me trabo. ¡Estoy idiota!

Él sonríe y se cruza de brazos. Mira un momento fuera del cristal y cuando la luna le da de lleno en los ojos, puedo divisar pequeñas tonalidades grises que todavía lo hacen más irresistible.

—¿Tú te quieres? —me pregunta y mi mente se reinicia.

—¿Cómo?

—¿Te quieres? —Quisiera responder que sí, sin embargo, la realidad es que no creo que mi amor propio sea elevado y tampoco mi autoestima. Loren suspira hondo y me toma del mentón para que lo mire—. ¿Por qué no te quieres un poquito más? Si no lo haces, es difícil para los demás quererte. Quiero que te sientas igual de brillante que te veo yo y, en ese momento, responderé a la pregunta que me has hecho. Hay que quererse uno mismo para querer bonito a otros y que otros te quieran de igual manera.

Mi corazón está en plena fiesta. No sé si me emociona más el sentirme tan cerca de él, o todo lo que me ha dicho. Trago saliva. Asiento porque ni siquiera me salen las palabras.

¿Y se supone que a él le costaba hablar cuando era un niño? ¡Si fácil me deja sin palabras a mí!

Loren mira hacia la cama y luego hacia mí.

—¿Duermes conmigo?

Mi mente acaba de hacer cortocircuito.

—Espera, ¿qué?

—Que si duermes conmigo —repite y vuelve a reírse.

—Vamos a tener que hacerlo, solo hay una cama de matrimonio, aun así, es una —expongo.

—No, digo abrazada a mí. —Si fuera una cafetera mis orejas echarían humo solo de imaginarlo—. Claro, si quieres.

—¡Sí! —¡De nuevo esa voz chillona! Bufo—. Digo, si quieres.

—Si te lo propongo es porque quiero. —Frunce el ceño extrañado.

—Claro, sí.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

Nos quedamos en silencio. Él empieza a reír a todo pulmón. Yo estoy demasiado nerviosa y solo me sale una risita tímida. Extiende la mano frente a mí y con nervios la tomo. Se levanta de la silla y me guía hasta la cama donde se acuesta y me da un suave tirón. Me echo a su lado y de forma automática me abraza, logrando que apoye el rostro en su pecho. El revoltijo que tengo en mi estómago no ayuda a calmar mis nervios. Suspiro hondo y paso una mano por su torso, abrazándolo. Me besa la cabeza y acaricia mi pelo con suavidad, logra avivar las mariposas y dejarme sin defensas para contraatacar todo lo que me hace sentir.

—Buenas noches, Susan —susurra y desde que mi padre falleció no me sentí tan bien y arropada con esas tres palabras.

—Descansa, Loren —respondo con la voz temblorosa. Sé que dormirme va a ser un reto al estar así con él y no querer desperdiciar ni un segundo en el que pueda estar consciente para recordar este momento.

Loren tiene razón. Debo, quiero, necesito quererme.

Necesito quererme cuando los pensamientos huelan a domingo, la taza de té no me consuele y necesite escuchar la voz de alguien que me anime y me dé un abrazo. Cuando los estándares me ahoguen y no tenga un flotador que me extienda una mano amiga para llevarme a tierra firme.

Sí, voy a quererme cuando mis miedos se alíen con mis inseguridades y me griten defectos que escondo avergonzada bajo la ropa hecha de prejuicios y fabricada en el país del qué dirán.

Voy a quererme para que mi mente comprenda que la batalla por amarse uno mismo es la más importante y pueda afrontar la lucha los días siguientes. Hacerme entender, que, entre los llantos, lo que tanto anhelo de mi cuerpo no tiene importancia. Que la báscula no mide lo valiosa que es mi alma.

Y así, aunque las noches sean largas y los sueños se construyan sobre mentiras de deseos imposibles de alcanzar, diré que soy perfecta y que, en la lucha por quererme, siempre voy a ser vencedora.

Me estoy quedando dormida cuando de repente, Loren se levanta de golpe y me hace dar una vuelta sobre la cama. Me mareo y me sostengo la cabeza. ¿Ahora qué? Lo miro de reojo, aturdida y me mira con la boca abierta, como si hubiera descubierto algo.

—¡Claro! ¡¿Cómo pude estar tan tonto?!

—¿Es una pregunta con trampa? —respondo a baja voz.

—¡No! —Se levanta de la cama y corre hacia la mochila. Busca los diarios y saca el pergamino—. ¡Lo que pone!

—¿Qué? —Estoy aturdida, y más porque me estaba quedando dormida.

—Aterrizas. —Chasquea los dedos frente a mí. Frunzo el ceño mirándolo con molestia. Encima de que no me deja dormir va de exigente. Me señala la frase escrita en el pergamino y la lee en voz alta—. En el fuego encontrarás el camino hacia el oro de Atahualpa.

—Sí, ya lo dijiste —reclamo—. Quizá sea algo metafórico.

—No es algo metafórico... —hace una pausa y busca entre los utensilios de la mochila—. Necesito fuego.

—Espera, ¡¿cómo? —Saca un prendedor y lo enciende cerca del pergamino—. ¡Para! ¡¿Sabes lo viejo que se ve eso? —Me levanto a tropiezos de la cama y le detengo el brazo—. ¡Vas a quemarlo!

—¿Confías en mí?

—¿Qué?

—Que si confías en mí. —Levanto la mirada. Lo observo y aprieto los labios. Claro que confío, aun así, no quiero perder el pergamino ni nada que nos pueda acercar al tesoro, para que así liberen a mi madre. Suspiro y le suelto el brazo. Doy un paso atrás y él sonríe—. Vas a ver.

Acerca la mecha y la luz pasa entre el papel. Con asombro observo como el contorno del mapa se dibuja en tinta que sin calor es invisible. Me quedo boquiabierta y observo a Loren del mismo modo. Él se fija para no quemarlo y memoriza el mapa al igual que yo, aunque no termino de creerlo.

—Siempre tuviste tú el mapa correcto —susurra y me mira. Nos quedamos tan cerca que siento su respiración en la boca. Aprieto los labios y vuelvo a ojear el mapa. Tantos años de historia frente a mis ojos. Me emociono tanto que es imposible que no se resbalen varias lágrimas por mis ojos.

—¿Te das cuenta del hallazgo que acabas de hacer? —digo y sonrío sosteniéndole la mano—. Loren, hace siglos que nadie ve este mapa. Seguro que ni siquiera mi padre logró descifrarlo, de lo contrario, hubiera ido a buscar el tesoro. Somos los primeros en encontrarlo.

Cuando lo veo, me doy cuenta de que él tiene su mirada azul fija en mí.

—Te encanta la historia, no deberías haber dejado de escribir algo que te apasiona tanto por lo que otros piden.

Suspiro porque en el fondo, sé que tiene razón. Loren apaga el encendedor y el mapa desaparece frente a nuestros ojos a medida que pierde calor.

—No podemos dejar que se queden con el pergamino —comento para así cambiar de conversación—. Tengo el presentimiento de que mi padre se tuvo que ver las caras con los mismos que nos están extorsionando.

—Si es así se entendería por qué guardó tan minuciosamente los diarios. —Asiento ante las palabras de Loren—. Por eso te insistí en que no les dieras nada.

—¿Cómo te diste cuenta de que el mapa era el pergamino?

—En la copia del museo había letras en mayúscula y minúscula —explica—. Al juntar las mayúsculas formaban la palabra “fuego” en inglés. Además, al levantar el pergamino pude observar que donde pone el nombre de Atanasio Guzmán, en el otro mapa ponía Richard Spruce. Si era una réplica, tenía sentido que el verdadero tuviera el nombre del creador en el lugar exacto.

—Eres asombroso, ya lo dije —susurro, y lo digo de corazón.

Cuando nuestras miradas se encuentran en la oscuridad de la noche y solo es la luna llena a través de la ventana la que nos ilumina, siento como la distancia entre los dos se acorta. Unas caricias suaves recorren mis manos hasta que quedan atrapadas por las de Loren. Siento tanto temor y nervio por estar así con él que me cuesta reaccionar.

La puerta de la habitación se abre y dirigimos la mirada hacia allí, rompiendo la magia del momento. Ginger pasa con los zapatos en la mano y una borrachera que no se aclara. Tropieza con la puerta.

—¿Quién ha puesto esto aquí? —bufa y se deja caer en la cama, rebotando. La cabra sale despedida para arriba y cae a un costado.

Lo lamento, me siento mala persona por reírme de eso. Me tapo la boca cuando la cabra me mira con odio. Se sube a la cama de un salto y se le pone en la cabeza a Ginger. Se hace una bolita y se echa a dormir ahí. Quizá pretende asfixiarla.

—Deberíamos descansar también —comento y Loren asiente.  
—Pero como estábamos durmiendo hasta ahora, ¿sí?  
Sonrío, suspiro y entorno los ojos. Tengo que hacerme la dura, aunque sea un poquito.  
—Si no hay más remedio, haré el esfuerzo.  
—Qué esfuerzo más difícil de cumplir —responde y me echo a reír.

\*\*\*

*Loren está arrodillado con un ramo de flores a mi derecha, pero Scott me pide matrimonio a mi izquierda. Los dos me miran con un corazón en los ojos como si fueran dos emojis de WhatsApp. Luego se miran entre ellos y les sale un fueguito de rabia.*

—¡Ella es mía! —grita Scott.  
—¡Yo soy real, tú no! —le responde Loren.  
—¡Que decida ella entonces! —contraataca Scott y me miran con decisión—. ¡Elige!  
—Yo... eh... —No puedo elegir, ¡esto no es justo!  
—¡Si no te decides, yo te haré fácil el trabajo! —retoma la charla Scott y empieza a golpearse con Loren.  
—¡No, parad! ¡No discutáis! —Van a golpes, aunque Loren se queja y se cubre la cara para que no se la lastime. Claro, ser modelo y actor tiene sus pros y sus contras. Debe tener la cara perfecta.

*Los dos se detienen en seco. Me miran y de repente...*

—¡Beeeeh!  
—¿Eh? —Me quedo aturdida viéndolos balar.  
—¡Beeeeh!

\*\*\*

Abro los ojos despacio y lo primero que veo es la cara de Belce en primera plana.

—¡Beeeeh!

—¡Aaaaah!

Grito y la lanzo por los aires. Por suerte, Loren la coge antes de que caiga al suelo.

—¡Buenos días! —me saluda animado. Frunzo el ceño y suspiro. ¿Buenos días despertándome así?—. ¿Qué soñabas?

Me bloqueo.

—Nada.

—¿Nada? Hablaste y me pareció escuchar mis dos nombres en ese sueño —murmura y veo que se le escapa una risita.

—Terminaste balando de las dos formas, así que por tu cabra no fue un sueño bonito —confieso y echa a reír más.

—¡Mi cabeza! —se queja Ginger saliendo del baño—. Anoche me dieron garrafón.

Va despeinada, con ojeras y se nota cansada. Se sienta en la cama y toma el vaso de zumo que Loren le extiende. Suspira y comienza a tomarlo para intentar volver a la normalidad.

—Estabas tan borracha que no te diste cuenta de que Belce durmió sobre tu cabeza —le cuento entre risas.

—Con razón me duele el cuello.

Loren me pasa otro vaso de zumo. Lo cojo, y cuando retira la mano siento una leve caricia por mis dedos. Levanto la mirada y observo que me sonrío. «No, tonto tan temprano no, que se me va más la cabeza». Agacho la mirada y bufo sintiendo calor matutino en las mejillas.

El móvil suena. Doy un extenso trago al zumo y me levanto. Lo cojo, pero Loren me lo quita de las manos, cambiándomelo por una tostada. Me encojo de hombros y le doy mordisco. Salí ganando con el cambio.

Descuelga y pone el altavoz.

—Qué temprano —empieza Loren la conversación—. Ya veo que los secuestradores no tienen una agenda apretada.

Escucho que la mujer al teléfono suspira con cansancio. No sé si es buena idea cabrearla tantísimo.

—*Quedamos en una ubicación, apunta las coordenadas* —informa la mujer.

Ginger saca el móvil para apuntarlas en el Google Maps y asiente para que Loren supiera que estaba lista.

—Adelante —avisa Loren.

La mujer nos recita las coordenadas y enseguida, sin dar más explicaciones, cuelga el móvil.

Nos quedamos mirándonos las caras.

—No creo que sea buena idea que la pongas de tan mal humor, Loren —adviento—. Mejor no seas tan bravucón.

—Así es Scott. —Se encoge de hombros y, tiene razón. En mis libros le rompen la nariz a puñetazos por ser como es. Loren hace una mueca y creo que recuerda la misma escena que yo, porque se toca la nariz. Me río—. Creo que sí dejaré de ser tan Scott. Por mi bien.

Tomamos un taxi y llegamos al lugar. Es a las afueras, en un instituto abandonado. Hago una mueca al no ver a nadie alrededor. Pago al taxista y se marcha.

—¿No había un lugar más lúgubre para quedar? —pregunta Loren y me mira—. Vaya primera cita.

—¿Qué dices? —entrecierro los ojos mirándolo con molestia—. No empieces.

—No dije nada. —Pone cara de no haber roto un plato, aunque estoy segura de que rompe toda la vajilla.

—Chicos. —Miramos a Ginger y nos señala un hueco en la valla—. Por aquí se puede pasar.

Pasamos por donde ella indica y nos adentramos a las aulas por una ventana abierta. El sonido de nuestras pisadas retumba entre las paredes de estas, con mobiliario escolar viejo y lleno de polvo.

Las aulas se vuelven cada vez más oscuras a medida que pasamos por el pasillo y hay tramos con puertas cerradas.

—Susan, ¡hey, Susan! —Doy la vuelta al escuchar que Loren me llama. Señala la pizarra que tiene al lado y deja caer de las manos una tiza. En la pizarra escribió mi nombre dentro de un corazón. Me quedo estática—. ¿Te gusta?

Sonrí en automático. ¿Se puede ser más tierno?

—Dejad el juego ya y comeos a besos —bromea Ginger.

Belce me mira, levanta la cabeza con orgullo y me da la espalda. Sigue de primera por el pasillo. «¿Está molesta?». Arqueo una ceja y miro hacia Loren cuando llega a mi lado.

—Creo que tu cabra está celosa de mí —susurro.

—Se le pasará.

Seguimos con el camino. Nos queda la última aula del pasillo. La puerta está un poco trancada, así que Loren se encarga de empujar hasta dejarnos un hueco bastante ancho para que podamos pasar.

—¡Aaaah! —Ginger grita, pego un salto y me doy la vuelta de golpe, y por poco me da un tirón en el cuello. Mira un esqueleto de mentira, espantada—. ¡Nos van a hacer los cráneos de oro!

—¿Desde cuándo lleva ese niño castigado contra la pared? —pregunta Loren alterado.

Belce le da cabezazo al muñeco y lo tira al suelo. Hasta la cabra se asustó.

—¡Es un esqueleto de ciencias! —grito y suspiro cuando los tres me miran aturridos. Sí, Belce también se gira a verme—. ¿Os podéis tranquilizar?

El motor de unos coches se hace audible alrededor del edificio. Los tres nos tensamos mucho antes de que alguien acceda al instituto. Damos unos pasos hacia atrás mirando la puerta del aula. Me cuesta tragar saliva. Llevo el corazón en la garganta. Esta vez, Belce no se ve tan confiada como en la última huida y se esconde detrás de su dueño.

Pronto veo a una chica joven de tez oscura y pelo castaño, adentrándose en la habitación junto con un montón de matones armados que parecen armarios.

—Vaya, vaya —susurra la mujer. Mira a Loren y ladea la cabeza—. ¿Tú eres Scott? —Loren asiente y escucho como traga saliva. Está acojonado y eso aumenta el terror que siento también—. No pareces un exmarine.

—Las apariencias engañan —hablo intentando que mi voz no parezca temblorosa—. Es un arma de destrucción. —Miro de reojo a Loren—. ¿Verdad?

Medio reacciona.

—Ah, sí, sí. —Frunce el ceño y aprieta las manos en puño sacando pecho a lo gorila—. ¡Soy chungo que te cagas!

Me pongo una mano en la frente. No le sentó bien aprender el castellano para hablar conmigo o Ginger.

—Una cosa. —Ginger levanta la mano como si en realidad estuviéramos en una clase—. ¿Mi cráneo lo podéis adornar con piedras preciosas?

—¿Qué? —pregunta la mujer, aturrida.

—Es que solo de oro, no, quiero más glamur —insiste Ginger.

—Cállate, por favor —le pido. Ella suspira y se cruza de brazos—. ¿Dónde está mi madre?

La secuestradora me mira y agranda la sonrisa.

—¿Y los diarios? —Señalo a Loren. Él lleva la mochila. La mujer asiente y escucho una carcajada—. ¿El supuesto exmarine lleva los diarios? ¿Creéis que soy estúpida?

—No estamos mintiendo —tercia Loren y empieza a moverse como si le estuviera dando un ataque epiléptico. Me quedo con la boca abierta—. ¡Mira, sé Kung Fu!

—Ay, madre... —susurro y me cubro más la cara con la mano—. Loren, ya.

—¡Susan, pégale! —pide Ginger nerviosa.

—¡Voy a matar a todos los *hulks* esos con solo un chasquido de dedos!

Nos están rodeando a medida que él hace el baile de la pulga, porque parece que le pica todo.

—¡Loren, ya!

Levantán las pistolas y nos apuntan. Loren acorta la respiración y noto como me sostiene

fuerte del brazo y con un tirón me pone detrás de él, como si así me cubriera, a pesar de que somos rodeados.

## Capítulo 6



El baile del Sarandonga que hizo Loren no sirvió para nada. Aquí estamos, metidos en un coche, con matones que nos apuntan desde el asiento delantero. La cabra se ha hecho bolitas por el nervio, por suerte está entre los asientos y no me dejó los conguitos encima. Miro de reajo a Loren, él me mira y noto cómo me sostiene la mano. Nuestros dedos se entrelazan y suspiro. A pesar de que Loren no es Scott y que no se sabe defender, tenerlo a mi lado se siente bien. Sonrío con suavidad y miro al frente.

Nos detenemos en medio de la nada. Solo veo secarral y eso me tensa. ¿Nos van a matar aquí ahora que tienen los diarios?

Se me corta la respiración. Ginger toma su bolso con fuerza, dispuesta a ponerlo en marcha y arrancar dentaduras de un golpe si es preciso. Loren me sujeta de la cintura y me aprieta contra él, demandando así que no me saquen del coche ni me hagan daño. Me quita el aire y no precisamente por el momento que estamos viviendo.

Lejos de matarnos, veo que sacan unas vendas y nos cubren los ojos. Puedo ver que a la cabra también antes de que tapen los míos.

El coche vuelve a ponerse en marcha, me mareo por no poder ver nada y por los volantazos que dan. Petunia iría mejor que este coche. Eso o que no saben conducir.

\*\*\*

Ha pasado bastante rato cuando nos volvemos a detener. Esta vez, me tiran del brazo y me bajan del vehículo sin descubrirme los ojos. Sé que están tratando igual a los demás por las quejas que da Ginger.

—¡Cuidado, brutos! ¡La ropa que llevo es de diseño!

La mano que traía sujeta por Loren se ve forzada a quedarse sola y no sentirlo provoca en mí una ansiedad incalculable.

—¡Loren! —grito sin siquiera pensarlo.

—Tranquila, sigo aquí —me responde con una tranquilidad asombrosa. Suspiro, aliviada de escucharlo cerca y me muerdo el labio inferior con nerviosismo. Quiero llorar, pero no les voy a dar el gusto de verme débil.

Escucho una puerta, me descubren los ojos y veo frente a mí, en una habitación sin ventanas, a mi madre. No aguanto el llanto.

—¡Mamá! —Corro hacia ella, la abrazo y las dos empezamos a llorar. Le sostengo el rostro, me aseguro de que esté bien. No parece que tenga ningún rasguño—. ¿Estás bien?! ¿Te hicieron daño?!

—No, hija, no, ¿y a ti? —Niego con la cabeza y la estrecho de nuevo.

—Qué conmovedor —habla la mujer que nos trajo hasta aquí. Aplau­de con sarcasmo y frunzo el ceño mirándola. Loren, Ginger y Belce están en la entrada y ven lo que ocurre—. ¿Creísteis que me ibais a engañar? ¿Qué me iba a tragar que ese hombre era un exmarine sin siquiera investigar sobre su identidad? ¿Me veis idiota?

—¿En realidad quieres que te responda? —pregunta Loren. Bufo, se nota cuando está molesto.

—¡Cállate, modelo inútil! —grita la mujer y con un chasquear de dedos veo como uno de sus súbditos pate­a con la rodilla el estómago de Loren y lo deja arrodillado en el suelo, quejándose.

—¡Loren! —Intento ir con él, pero me detienen—. Si les haces algo, no voy a cooperar.

Ginger se agacha junto a él y le sostiene del brazo ayudándolo a recobrar el aliento.

—Cooperarás, porque estás en desventaja —advierte la mujer—. Incluso tu madre está aquí y, no quieres que le hagamos daño a ninguno de los presentes, ¿verdad?

Frunzo el ceño y aprieto los dientes. No puedo evitar que los ojos se me llenen de lágrimas. Niego con la cabeza.

—Ella no está en desventaja —habla Loren con el dolor notable en su voz. Lo miro aterrada, no quiero que vuelvan a golpearlo. Sin embargo, él mira a la mujer desafiante—. Sin nosotros, no tienes ni puta idea de cómo encontrar el jodido tesoro.

—¿No tienes suficiente con un golpe? —advierte la secuestradora.

—¿No tienes nada más para mí?

Mierda.

—¡Loren, cállate! —le exijo.

Sin embargo, es tarde. La mujer carga la pistola y lo apunta.

—¡Ya verás cómo ahora sí te callas, y esta vez para siempre!

—¡Él tiene el mapa! —chillo para impedir que le disparen.

—Nosotros tenemos todo lo que llevabais en la mochila —contraataca la loca—. Él no lleva nada encima.

—¡Se lo memorizó! —insisto—. ¡El mapa solo existe en su cabeza!

No es una verdad exacta, aun así, tampoco una mentira. Loren memorizó el mapa, aunque este todavía exista y se encuentre grabado en el pergamino.

—¿Cómo es eso posible? —Veo que la mujer baja el arma y suspiro aliviada—. ¿Qué pasó con el mapa?

—Se destruyó —suelto y la mujer gruñe de rabia—. ¡Así que si quieres saber dónde se encuentra el tesoro no nos harás daño!

Con odio, observo que la mujer se guarda el arma y le da una patada a una mesa que se encuentra en la habitación. La golpea con los puños. Tiene problemas de ira y autocontrol. Miro hacia Loren. Me observa y sonrío tan dulce que consigue sacarme una sonrisa suave, incluso en un momento como este.

—Bien, nos guiareis hasta el tesoro —acepta la mujer.

—Condiciones —digo. Me mira mal, aun así, insisto. Me cruzo de brazos—. Sin condiciones, no hay trato.

La mujer gruñe y aprieta las manos en puño.

—Te escucho —habla entre dientes.

—Mi madre se va a casa, la dejan tranquila.

—Pero hija. —Mamá me toma del brazo y me observa preocupada—. No puedo dejarte sola.

—Lo harás. —Vuelvo la vista hacia la mujer que nos raptó, decidida—. Si queréis, la vigiláis

para que no haga ninguna estupidez y no llame a la policía, no obstante, quiero que mi madre se quede tranquila en casa. —La mujer asiente, aceptando esa condición—. Bien, si alguno de nosotros, incluida la cabra, sufrimos el mínimo daño, ya nos puedes matar porque no haremos nada de lo que pidas.

Ella bufa. Ginger en cambio me interrumpe.

—Bueno, lo de matar es exagerado —dice con la voz temblorosa—. Quizá nos pueden dar un golpecito.

—Sí, en las nalgas —bromea Loren.

Bufo y escucho que la psicópata también.

—Bien, ¿algo más? —acepta la mujer.

—Los diarios de mi padre —sigo—. La mochila, todo lo que llevábamos ahí, nos lo devuelves. Tienen alto valor sentimental.

Tragándose las mentiras de que quiero los diarios, incluyendo el pergamino que se esconde en uno de ellos, por el valor sentimental que poseen, la secuestradora acepta todas las condiciones que le impongo.

Me despido de mi madre con un abrazo, un beso en la frente y asegurándole que volveré a casa. Nuestros caminos se separan. Ella toma un avión de vuelta a España y nosotros nos dirigimos a América del Sur, a los Andes.

Loren se sienta a mi lado en el avión. Ginger trae en brazos a Belce dormida y toma asiento en la hilera del frente. Un momento de descanso antes de llegar a nuestro destino.

Loren saca los auriculares y me muestra la música que hay en su móvil. La mayoría son canciones de Morat.

—Elige una —pide.

Observo la lista y sonrío al ver una. Dirijo la mirada hacia Loren. Muchas veces no llego a comprenderlo y quisiera saber todo de él, que dejara de ser un misterio, aprender de él, de su forma atípica de ver el mundo y verlo de igual forma, con la misma ilusión y entusiasmo como el día en que me confesó que sí creía en el tesoro. Como un niño pequeño incapaz de ver la maldad en nadie. Aprieto la canción de Morat *Aprender a quererte*, y lo miro después. Él me devuelve la mirada y por la pequeña sonrisa que muestra después, imagino que entendió la indirecta.

Comparte los auriculares conmigo y ambos escuchamos la canción, mientras nuestros dedos vuelven a entrelazarse y acariciarse, dejando de lado la cantidad de mariposas que revolotean por mi estómago.

Después de horas de avión, llegamos a Ecuador.

Ojalá fuera un viaje turístico, pero las pistolas de nuestros acompañantes me recuerdan para qué hemos venido.

A los pies de una selva tropical espesa, noto la pistola en mi espalda para que dé un paso al frente y sea la primera en adentrarme en la aventura. Miro de reojo a Loren. A quien se le detiene un mosquito en el cuello y se azota con tanta fuerza que hasta se va de costado.

—Aquí debe haber muchos bichos —comenta. Saca de la mochila un insecticida y empieza a echar a su alrededor—. ¿No podemos ir envueltos en mosquiteras?

Me aguanto la risa.

—Claro, vamos a ir con trajes de astronauta —respondo.

—¿De veras? —me mira con ilusión. Niego con la cabeza y doy un paso entre la maleza—.

¡No digas algo que no vayas a cumplir luego!

Belce pisa un charco de barro y veo cómo se sacude la patita y saca la lengua con asco. Es igual de fina que Loren. Ginger está como traumatizada, con los ojos abiertos al máximo, abrazada al bolso y dando pasos pequeños como pollito corriendo.

Loren se pone a mi lado, sigue echando insecticida. Saca una crema y empieza a ponerse por la cara, el cuello, los brazos. Me estampa la mano llena de crema en la cara. ¡Hasta siento su sabor!

—¿Puedes estarte quieto?! —Le aparto la mano y me limpio la crema, esparciéndola con mis manos.

—¡Es para protegerte!

—¿De qué?!

—¡Los mosquitos son como vampiros! —Abre los ojos, espantado. Mira a todos lados, se encorva como gato cuando se enoja—. Están ahí, al acecho.

—¡Tú, paranoico! —llama la jefa de los matones—. ¿Vamos bien?

—¿Qué me preguntas? —Le doy codazo para que recuerde que él hacía de mapa—. ¡Ah! Sí, vamos bien. —Se fija en el camino—. Quizá no.

—Loren... —murmuro.

Se queda concentrado en un punto del camino. Un árbol de grandes dimensiones. Entrecierra los ojos y camina apresurado hacia él. Toca el tronco y pasa con los dedos el dibujo de un espiral que hay dibujado. Asiente y nos mira.

—Vamos por el lugar exacto —afirma.

He perdido la noción del tiempo. Los pies me duelen por todo lo que hemos caminado. Loren lleva la delantera para guiar nuestros pasos. Belce le tira del pantalón con la boca y él la carga en brazos. Ojalá me pudiera llevar a mí también. Ginger me sujeta del brazo y camina a mi lado, todavía ida, la situación la supera.

El camino cada vez se vuelve más cuesta arriba y nos alejamos de la civilización a cada paso. El sonido de la naturaleza nos envuelve, y la oscuridad de los árboles que nos dan sombra nos azota con un frío abismal cuando está cayendo la noche.

Loren afloja el paso y se queda a mi lado.

—Tenemos que perderlos de vista —susurra—. Si los llevamos nos van a terminar matando.

—¿Cuál es tu plan? —pregunto—. No podemos irnos sin más, nos acabaran encontrando de todos modos.

—Podemos encontrar el tesoro y lograr que nadie dé con él jamás —propone—. Es la única forma de que nos dejen en paz.

—Voto por esa opción —comenta Ginger—. Porque estos obsesionados no nos dejarán ir a no ser que vean que el tesoro no existe.

—Bien, ¿cómo los perdemos de vista? —pregunto.

—¡Vosotros! ¡¿Qué tanto murmuráis?! —nos llama la atención la loca.

Nos mantenemos callados, aunque con las miradas entrelazándose mientras pensamos en un plan. Loren lleva sus ojos azules hacia un camino estrecho entre la vegetación que da ladera abajo. Sostengo el aire en un suspiro, Ginger asiente y trago saliva, sabiendo que va a ser arriesgado.

Loren me sujeta del brazo y aprieta a Belce contra él. Yo cojo a Ginger de la mano y los tres nos desviamos corriendo hacia el camino.

—¡Se escapan! —grita la mujer.

Los secuaces nos persiguen, pisándonos los talones. Las balas se escuchan y nos rozan antes de golpear en los árboles, rocas y maleza por la que pasamos.

—¡Tenemos que separarnos! —propone Ginger.

—¡No perdáis el rumbo del camino! —advierte Loren—. ¡Es fácil perderse por aquí!

Asiento y me veo sola en un segundo. La fatiga oprime mis pulmones. Tropiezo sin querer y doy una vuelta por el suelo. Ahogo un grito de dolor y me escondo detrás de uno de los matorrales.

—Calladita. —Escucho que susurran a mis espaldas. Quiero gritar, pero me cubren la boca. Miro de reojo al chico rubio que me sujeta. Viste a lo Cocodrilo Dundee. «¡Mi cupo de frikis para viajar está lleno!». Le quito la mano.

—¿Quién demonios eres tú?

—Un cazatesoros. —Arruga la nariz—. Claro que no como esos que te persiguen.

—Pues seguirnos como un loco no ayuda a que confíe que no eres igual que ellos.

Nos callamos al escucharlos cerca y los vemos pasar de largo.

El Indiana Jones saca un machete y sin más preámbulos se lanza contra los matones. Me quedo con la boca abierta.

«¡¿Pero por qué no conozco ni una sola persona que esté bien de la cabeza?!».

Entro en pánico, me levanto del suelo y echo a correr otra vez. ¡No quiero saber nada, no quiero saber nada!

—¡Piensa en un lugar feliz! ¡Piensa en un lugar feliz! —me repito como un mantra mientras corro. Así me dijo mi psicóloga que hiciera cuando me sentía agobiada.

Me detengo en seco al borde de un acantilado y veo cómo varias piedras caen y se hunden en un torrente de agua que a cualquiera arrastraría. Sin embargo, bajo la presión y la ansiedad, escucho a Belce.

Me fijo a la orilla del río que queda más abajo. Loren está en el suelo, arrastrándose hacia el agua, lo apuntan con una pistola y Belce intenta cubrirlo poniéndose encima.

¡Mierda!

Miro hacia todos lados. «¡Tengo que pensar algo!». Observo unas lianas que cuelgan de los árboles y aprieto los labios. Tiro de ellas y descuelgo varias. Espero que aguanten lo suficiente. Las ato entre sí y luego a uno de los árboles más cercanos al borde. Al igual que Miley Cyrus en la canción *Wrecking Ball* me descuelgo como la bola en vez de como la cantante.

—¡Ahí va la bola de demolición! —grito con sarcasmo porque estoy acojonada en el momento que salto del acantilado.

El balanceo y mis gritos son suficientes para que el hombre que apuntaba a Loren baje el arma. Choco con él y lo lanzo contra una roca. No sé si me lo cargué, lo que me importa es... ¡Que no sé bajar de aquí!

—¡Loren! —grito mientras me balanceo de un lado a otro—. ¡Ayuda!

—¡Espera! —Se levanta del suelo y empieza a correr detrás de mí, al igual que Belce—. ¡Pero estate quieta!

—¡Lorenzo, es lo que quiero!

¡A la mierda! Me suelto de una, si me mato me maté.

Caigo sobre Loren y él se va al suelo de espaldas. No sé cómo reaccionar cuando nuestros cuerpos quedan tan juntos y nuestros rostros se rozan entre jadeos de tensión y cansancio, aunque los míos se vuelven más notorios por sentirlo cerca.

—Te tengo —bromea y me acaricia el rostro dejándome un mechón de pelo detrás de la

oreja. Sonríe y niega con la cabeza.

—Lo siento por ser tan pesada —susurro, intentando disimular que su cercanía no me afecta.

—Daría lo que fuera por tenerte así, encima de mí muchas más veces.

«Ahora sí, ¡me muero! ¡Me arde la cara!».

Escucho un sonido extraño y frunzo un poco el ceño. Me muevo y observo la pata de Belce salir por la espalda de Loren.

—¡Ay, la cabra! —Me aparto y golpeo el pecho de Loren.

—¿Qué?!

—¡Que la aplastaste!

Loren se mueve rápido. Belce nos mira, con odio, patas para arriba y le da un tic nervioso en una de sus patas delanteras.

—¡Belce! ¿Estás bien?! ¡Dime algo! —Loren la zarandea.

¡Qué no se muera! Me acerco para cerciorarme de que se encuentra bien. Belce me mira, se levanta y me muerde la nariz.

—¡Ah! —Me siento en el suelo y la miro con el mismo odio que me mira ella. Se levanta, se sacude el pelaje y con las patas traseras me lanza fango—. ¡Oye, cabra endemoniada! ¡Te acabo de salvar la vida!

—Tiene mucho rencor acumulado —la excusa Loren y se toca el pecho—. Aquí, en el corazón lo guarda. Te tiene que perdonar.

Aprieto los dientes con rabia y tomo fango del suelo. Se lo lanzo a la cara.

—¡Oye!

—¡Imbécil! —Tomo más fango y se lo vuelvo a lanzar, le entra en la boca—. ¡Eso te pasa por idiota!

—¿Ah, ¿sí?!

Ve que acumula fango y hace una bola que levanta después.

—¡Loren, ni se te ocurra! —Levanto el dedo índice—. ¡Si lo haces te mato!

Me lo lanza, me agacho y veo cómo el fango pasa de largo. Observo como el chico rubio es noqueado por el barro y se cae de costado. Lo van persiguiendo dos matones. El machete que lleva sale volando, le corta el cuello a uno de ellos y el cuerpo decapitado cae sobre Loren. Este lo sostiene y se ve empapado en sangre.

—¡¡¡Aaaah!!! —el grito que da es tal que los pájaros de los árboles salen espantados. Ginger aparece a la izquierda con los tacones rotos y despeinada. Mira que le va volando la cabeza del señor y la golpea con el bolso como si jugara al tenis.

Observo el recorrido de la cabeza. Le da a Loren en la frente y lo tumba al suelo. Rebota y golpea al otro matón en el estómago.

El Cocodrilo Dundee se quita el fango de la cara y de un puñetazo deja inconsciente al hombre que se ha quedado de cuclillas por el dolor que le ocasionó la cabeza decapitada.

—Ahora entiendo la expresión de usar la cabeza —balbucea Loren aun atontado. Cuando reacciona se aparta el cuerpo de encima. Yo, yo no sé qué decir. Mi mente no puede reaccionar—. ¡Está muerto! ¡Joder, está muerto! —Ve a Loren. Entra en un estado de ansiedad automático—. ¡Tengo su sangre encima! ¡Susan, tengo la sangre de un muerto encima!

—¡Golpeé la cabeza de un decapitado con el bolso! —grita Ginger después—. ¡A mí no me gustan los deportes y aun así acerté!

—Necesito un Paracetamol —susurro—. Esto no puede ser real, debo estar teniendo una pesadilla rara.

Loren empieza a ponerse cada vez más nervioso intentando quitarse la sangre. Se mete al río y empieza a fregarse como si tuviera que arrancarse la piel.

Se escuchan unas voces. Reconozco entre ellas la de la mujer que manda entre esos locos.

—Tenemos que marcharnos —ordena el rubio desequilibrado.

—¿Por qué contigo? Vas armado —lo acuso—. Y no te conocemos de nada.

—Sé moverme por estos sitios y debéis admitir que necesitáis alguien que sepa de supervivencia, solo hay que veros. —Señala a Loren.

—¡Aaaah! ¡Una serpiente! —grita Loren. Pega un brinco y se sube sobre una roca que sobresale del agua—. Ah, no, es un pez.

Suspiro hondo y miro al loco del machete.

—Bien —acepto a su petición. Él recoge el machete y se lo guarda—. Pero ni se te ocurra hacer ninguna jugada sucia porque la cabra tiene muy mal genio.

—Lo tendré en cuenta. Por cierto, me llamo Scott. —¿Cómo? Me extiende la mano y no se la estrecho. La zarandea frente a mi cara. Yo estoy en coma y voy flipando con la medicación, es eso—. ¿Hola?

Reacciono.

—Susan. —Le estrecho la mano—. El que está luchando porque los peces no le muerdan los pies es Loren, ella Ginger. —La señalo y ella sonríe moviendo la mano—. La cabra es Belce. —Lo mira con asco—. No es muy simpática.

—Ya veo.

—¡Alejaos de mis pies! —chilla Loren. Nos giramos a verlo, da patadas al agua—. ¡Peces carniceros! ¡Fuera!

—Tendrás que hacerles frente a esos peces malvados porque es buena idea que vayamos por el río. —El rubio toma la delantera y mira a Loren. Le ofrece la mano. Loren hace una mueca y se la desprecia.

Ginger y yo nos miramos. Ella carga a Belce y nos metemos al río. Seguimos al supuesto Scott. Miro de reojo a Loren cuando paso frente a él.

—¿Por qué tiene que venir ese? —reclama. Baja de la piedra y se pone a mi lado—. No quiero.

—Nos puede ayudar, Loren —intento apaciguarlo, porque lo veo demasiado molesto—. Relájate.

—¿Por qué tiene que llamarse así?

—¿Y yo qué sé?

—¿Te gusta?

¿Qué? Hago una mueca y lo miro, ¿cómo me va a gustar si no sé ni quién es?

—¿Qué te pasa, Loren?

—Igual como se llama así ya te gusta. —Se me escapa una carcajada. Veo que Loren se enoja más—. Lo digo en serio.

Lo miro fijo. Está preocupado, serio. Niego con la cabeza y me pongo de puntitas. No sé de dónde saco el valor y beso suave su mejilla. Se queda con la boca abierta. Ni siquiera lo pensé.

—Tranquilo, mi Scott eres tú.

La sonrisa de Loren se agranda. Se ve tan guapo cuando sonríe de ese modo que me arden las mejillas en cuestión de segundos.

Me roza la mano. Miro nuestras manos cerca y doy el paso de sujetarlo. Nuestros dedos se entrelazan y me ayuda a subir por unas piedras que parten el río.

—Tendremos que buscar un sitio donde pasar la noche —avisa Scott—. Estar bajo la noche sin fuego ni refugio en un lugar así y perseguidos por esa gente es un suicidio.

—Eso ya iba a decirlo yo —compite Loren. Me tapo la boca por la gracia que me da verlo así.

Por suerte encontramos una pequeña cueva. Loren enciende el fuego con un encendedor que guardaba en la mochila, ya que el frío y el estar mojados no ayuda a conservar la temperatura. Me siento a su lado frente al fuego. Él se quita la chaqueta, a pesar de estar mojada y me cubre por los hombros. Lo miro un segundo. Jamás había visto a alguien de la manera en que lo veo a él. Mi corazón grita su nombre sin control con solo tenerlo cerca. Quisiera volver a preguntarle si me quiere, pero todavía no me quiero suficiente para que me responda.

Apoyo la cabeza en su hombro, él me rodea la cintura y suspiro a gusto, calmada y feliz. Cuando lo tengo cerca es como si todos los males se esfumasen en un segundo.

## Capítulo 7



Belce se ha dormido en los brazos de Ginger. Ella se ha hecho una bolita a un lado del fuego y como almohada usa su bolso. Debe estar duro por la cantidad de cosas que lleva en el interior, pero no parece importarle. El raro que nos acompaña duerme cabeza hacia abajo con las piernas subidas sobre la pared rocosa de la cueva. Le dan espasmos en las manos. Seguro que se le está subiendo la sangre a la cabeza y le está dando una embolia, sin embargo, parece descansar feliz.

Suspiro hondo. Loren permanece callado, deja que me apoye en sus piernas y está quieto, esperando a que me duerma mientras mueve el fuego con un palo y lo aviva. Me doy la vuelta y me quedo boca arriba. Lo observo y sus ojos azules, iluminados por la luz del fuego parecen convertirse en grises. Sonrío y me devuelve la sonrisa.

—¿No puedes dormir? —Niego con la cabeza—. Yo tampoco, fueron demasiadas emociones intensas y recién llegamos aquí.

Me siento a su lado y tomo unas ramas. Me encojo de hombros y las dejo caer al fuego para ayudarlo con la tarea de mantenerlo.

—No dejo de pensar en el lío en el que estamos metidos por mi culpa —confieso.

—Yo me metí solo, y Ginger también.

—Lo sé, pero porque sabíais que yo iba a estar en peligro, sois muy buenos amigos. —Veo como Loren hace una mueca en el momento que digo que son buenos amigos. ¿A caso dije algo malo? Después asiente y dirige la mirada al fuego. El silencio me da el ánimo para preguntar todo lo que tengo guardado—. ¿Recuerdas el amigo que viste en Londres? —Asiente—. Dijo algo de una escuela especial, ¿fuiste a una escuela especial?

La mano de Loren se detiene con el palo en las llamas y veo que aprieta los labios. Deja caer el palo y se pasa la mano por la nuca, suspirando, sintiéndose agobiado con la pregunta. Quiero decirle que no hace falta que responda, no obstante, sus palabras me callan.

—Sí, fui a una escuela para niños especiales en la que lo conocí.

—Se veía un buen chico y su mujer también —comento para quitar tensión.

—Sí, lo es. Aunque discutíamos bastante porque los dos somos igual de tercos —recuerda con una sonrisa radiante en su rostro. También sonrío al ver que ha funcionado y que la tensión se marchó—. Me hizo la infancia más amena. Era mi único amigo.

—Qué lindo —susurro.

—Sí. —Quiero preguntar por qué iba a esa escuela, mas, lo he visto tan tenso que no me atrevo a sacar el tema de nuevo. Loren dirige la mirada hacia mí, dibuja una media sonrisa y suspira—. Pregunta.

—¿Qué?

—Hazlo.

—No, yo no iba a decir nada. —Me sorprende que me conozca tanto.

—Vamos, Susan —insiste—. No me voy a sentir mal.

—¿Me lo prometes? —Asiente sin borrar la sonrisa tierna de sus labios—. ¿Por qué ibas a esa escuela?

—¿No lo notas? —Arrugo la nariz con esa pregunta. ¿Notar el qué? Con mi cara de incertidumbre, Loren tiene suficiente para dejar escapar una pequeña carcajada—. Soy neurodivergente. No pienso igual que la mayoría de las personas —confiesa y me cuesta creerlo—. Yo, simplemente, no soy como tú.

—Pero yo te veo igual a mí, a todos. —La sonrisa de Loren se agranda y niega con la cabeza—. Pues lo siento. No te veo ninguna tara.

Vuelve a reír y suspira hondo. Me sostiene una mano y cuando pasa el dedo gordo sobre mis nudillos mi corazón salta de alegría y toda la piel se me eriza con solo ese contacto. Negar a estas alturas que Loren me encanta sería mentirme.

—Mi amigo, el que conociste en Londres, es autista —cuenta. Me quedo con la boca abierta.

—¿Y tú? —Me mira de vuelta y dibuja una media sonrisa atractiva y encantadora—. ¿Eres autista?

—Tengo un pequeño foco de autismo, no como Wade, y trastorno de atención, mejor conocido como TDA —aclarar. Lo siento, no puedo cerrar la boca. Loren se debe esforzar muchísimo para ser quién es hoy en día—. Para mí todos los días es una lucha constante por aprender.

—Me sorprende —confieso con sinceridad, y está claro que con mi cara ya lo digo todo—. Loren, eres listo, ocurrente, recordaste toda la historia de mis libros.

—Tener dificultad para aprender no significa que sea tonto. —Cierro la boca de golpe al escucharlo y se echa a reír. Me siento avergonzada, quisiera meter la cabeza bajo tierra como los avestruces.

—Lo siento, no quise llamarte tonto ni nada por el estilo —me disculpo, aun cuando el rostro me arde.

—Tranquila, es normal que me preguntes esas cosas. —Suspira y niega con la cabeza—. Me cuesta mucho concentrarme en algo, pierdo rápido el interés, olvido con mayor frecuencia, soy capaz de distraerme de alguna tarea importante incluso porque pase una mosca frente a mí, soy lento en tareas motrices o cognitivas y no sé bien cómo manejar o expresar las emociones.

A medida que lo escucho el pecho se me encoge.

—Eso debe ser muy duro —comento.

—Lo es..., y más cuando la gente no llega a entender por qué actúas diferente, por qué eres diferente. —Los ojos de Loren iluminados por el fuego se vuelven tan brillantes como las estrellas en esa noche despejada de nubes, aun así, a pesar de su hermoso color, sé que ese brillo cristalino es provocado por una tristeza que vive en su interior por la impotencia de ser único—. Tus libros me ayudaron mucho a concentrarme y a poder hablar sin balbucear incongruencias o tartamudear, aunque cuando me pongo nervioso todavía me cuesta. Lo siento si ahora te decepciono más de lo que ya lo habré hecho.

¿Qué? Arrugo la nariz y niego con la cabeza. Cuando veo que una lágrima se le resbala por la mejilla mi corazón termina de encogerse. «¿En qué momento cree que me ha decepcionado y por qué debería de sentirme decepcionada ahora?».

Le sostengo el rostro y con caricias limpio sus mejillas que se han empapado de lágrimas que quisiera extinguir con los suaves besos que dejo por su piel. Él me mira como un cachorro herido en busca del consuelo que le ofrezco cuando lo estrecho con fuerza entre mis brazos y escucho

cómo su llanto se rompe en mi hombro en el momento que me rodea la cintura y su calor me cubre todo el cuerpo.

—Tú no me has decepcionado, Loren —susurro. Le acaricio la cabeza por la nuca y suspiro hondo para no romperme en llanto con él, aunque varias lágrimas se resbalan por mi rostro sin poder impedirlo—. Y, además, sé que nunca podrías decepcionarme.

—Claro que sí —insiste con la voz rota—. Así como decepcioné a mis padres.

Al escuchar su lamento, mi mente viaja a aquella foto en la que cumpliendo veinte años se veía solo con Belce. El corazón se me rompe como una copa de cristal lanzada desde un quinto piso y no hay forma de recoger los cristales que se clavan en mi alma y me hacen sangrar tanto como la herida que Loren lleva en su corazón.

—Estás solo con Belce, ¿no es así? —Le sostengo el rostro para que me mire. Él sorbe aire con la nariz y asiente haciendo un puchero igual que un niño pequeño—. ¿No sabes nada de tus padres?

—Sí para cuando tienen que darme dinero —contesta con un dolor máximo—. Yo nací normal, todo fue por culpa de una vacuna en mal estado que me suministraron al ser un bebé. Casi no lo cuento, a veces pienso que hubiera sido mejor de ese modo.

—No digas eso. —Le acaricio las mejillas y niego con la cabeza—. Un mundo sin Loren sería como si en mis libros no estuviera Scott. Suena raro, ¿no?

Sonríe un poco y entre el llanto asiente. Traga saliva y suspira.

—Mis padres siempre me exigieron más, siempre querían más de mí y yo no podía. Siempre me comparaban con mi hermano mayor e intentaban que estuviera a la altura. A la altura de los estudios, de las relaciones personales, de los negocios. —Me mantengo callada, escuchándolo. Necesita desahogarse y me siento la persona más especial del mundo al haber decidido abrir su corazón conmigo—. No me daban tiempo, yo necesitaba más tiempo para entender las cosas, para que mi mente lograra comprender todo. Sin embargo, para ellos era una decepción. Se frustraban y hacían evidentes los favoritismos en casa. Mi hermano mayor y mi hermana pequeña lo tenían todo, en cambio, yo parecía más una mascota. El hecho de que no pudiera hablar bien les hacía esconderme en las reuniones de la empresa. No querían que nadie supiera que tenían un hijo neurodivergente. Solo mi abuela por parte de padre me quería y ella me regaló a Belce unos meses antes de fallecer para que no estuviera solo. Empecé en Instagram como modelo para salir de casa y al menos ser un poco más sociable. Después de superarme y saber que con tiempo podía recordar y aprender, apareciste tú. —Sonríe y me sostiene las manos. Entrelaza nuestros dedos y trago saliva. No quiero llorar, no obstante, es imposible no hacerlo—. Tus libros me abrieron a un mundo nuevo, por eso antes de conocernos, me esforcé para que mi perfil en las redes fuera el idóneo para Scott. A pesar de que mi habla fuera inglesa y tú estuvieras en España.

Me quedo sin palabras. Pestañeo varias veces y hago un mohín. ¡Alto ahí!

—¿Tú tenías planeado que te eligiera cómo Scott?! —grito y escucho como Ginger se queja. Me muerdo el labio inferior y me giro, Belce me mira mal por despertarla—. Lo siento. —Miro de vuelta a Loren. Él sonríe y se encoge de hombros—. Ya veo que de tonto no tienes nada.

Después de una risita suspira y vuelve a quedarse serio.

—Inconscientemente me salvaste la vida, Susan —habla con la voz rota de nuevo—. Me diste una nueva identidad con Scott. Ya no era el chico al que todos despreciaban, no era ese al que nadie quería en el colegio y al que sus familiares lo veían como una oveja negra. Era un exmarine, aventurero, fuerte, decidido y el papel me ayudó a confiar más en mí. La gente me

detenía por la calle, me saludaban, me hablaban, me sonreían y no veían mis defectos, solo me veían a mí. Como una persona normal y, me hiciste feliz, Susan. Scott y tú, me devolvisteis la vida.

Suspiro hondo.

Ahora comprendo por qué el personaje es tan importante para él, también por qué cuida tanto a Belce. Niego con la cabeza y entrelazo nuestros dedos una vez más. No, él no tiene la culpa de lo que le ha pasado. La mayoría de la gente no está preparada para aceptar en sus vidas a alguien especial y único como él.

—Escúchame, Loren. —Vuelvo a sujetar su rostro y hago que me mire, aunque le cueste—. A todos nos sucede que en algún momento no encajamos y esos lazos que nos unían a personas que queríamos, así sean familiares, ya no existen. Notamos que no es igual, haciéndonos creer que algo en nosotros está mal, que somos el del problema, pero lo que sucede, es que cada vez somos más conscientes de a quién vale la pena regalar nuestro tiempo y nuestra vida y a quién no. —Limpio sus lágrimas y adorno las mías con una sonrisa para que sienta todo el cariño y amor que le tengo—. Eres especial, único, porque aprecias detalles que otros no pueden ver o les cuesta hacerlo. Das importancia a cosas minúsculas que otros ignorarían y el que debe decepcionarse eres tú con esa gente que no supo regresarte todo el amor que tú les diste.

Loren suspira y se lame los labios.

—Te juro que yo lo intenté —su aseveración me entenece y me rompe por la mitad.

—La gente suele olvidar o ignorar el dolor que supone intentar mantener algo que no nos enriquece, que nada nos aporta. Luchar por mantener a nuestro lado a personas que no quieren estarlo es otra forma de herirnos y sabotearnos. Por eso, tienes que recordar que en el cálculo de la vida todo lo que no suma, resta. No te hace falta ser el que más amigos tenga y tampoco una familia que solo aporta dolor. Sobra con que aquellas pocas personas que estamos junto a ti te queramos lo suficiente para hacerte sentir pleno, porque la felicidad no depende de la cantidad, sino de la calidad de esas personas con las que puedas ser tú mismo. No fallaste, Loren, lo hicieron ellos.

La sonrisa de Loren al fin brilla sin dolor. Suspira y vuelve a estrecharme entre sus brazos.

—Gracias —susurra con un hilo de voz.

—A ti, por estar en mi vida —respondo con sinceridad. He de admitir que mi vida sería muy aburrida y vacía sin él.

\*\*\*

Escucho a alguien masticar y es cuando me percato del frío que noto en mi cuerpo. Me acurruco contra Loren. Sus brazos me estrechan y me aprietan contra él. Me quita el aire y me lo devuelve cuando me desea los buenos días. Se dibuja una sonrisa en la curvatura de mis labios y abro los ojos mirándolo. Él me observa, ahora sin ningún reparo y me acaricia la mejilla con suavidad.

La piedra sobre la que nos hemos dormido se me metió en la espalda y me duele todo, sin embargo, es observar sus ojos azulados y se me van todos los males. Escucho de nuevo ese sonido asqueroso de alguien que mastica.

Miro al lado y observo como el loco que nos acompaña se está comiendo... ¡Puaj! ¡No! ¡Se está comiendo unos gusanos! Loren pone cara de angustia y de repente se levanta para devolver.

Se sostiene de la pared de la cueva, le ha dado tan mal cuerpo que no puede resistir el vómito. Me levanto y le acaricio la espalda para intentar calmarlo. Mi barriga igual se revuelve, aunque intento aguantar.

—¿Queréis? —ofrece el Scott viviente que dista mucho de ser como mi personaje. Levanta la mano llena de gusanos.

—Esto es increíble. —Ginger se levanta del suelo y corre a mi lado cargando a Belce—. ¡Este en cualquier momento nos come!

—Había pensado en comerme a la cabra —confiesa Scott—. Pero he adivinado que es algo así como una mascota.

—¡Con Belce no te metas! —grita Loren, saliendo del estado de descomposición estomacal. Lo señala y cierra luego las manos en puño—. Tan solo tócala que te va a ir muy mal.

Scott se encoge de hombros y sigue comiendo los gusanos. Se le mueven vivos en la boca. ¡Ay, Dios santo bendito!

Belce lo mira y de repente se desvanece en los brazos de Ginger.

—¡Belce! —Se escandaliza Ginger. ¡Seguro que se imaginó comida viva por ese loco!

—¡Belce no vayas a la luz! —exagera Loren, sosteniéndole la cabeza.

—Algo tendréis que comer —argumenta Scott—. Esto es supervivencia, no podéis tener un paladar tan exquisito.

Loren lo mira, luego a nosotros y sonríe un poco.

—En la mochila tengo barritas de Muesli —avisa.

¡Prefiero las barritas de Muesli a tener que comer carnaza para los peces!

Belce ha vuelto en sí y mientras caminamos, pasta. Ella tiene más facilidad de comer que nosotros. En un segundo nos terminamos las barritas de Muesli, al menos no tenemos el estómago vacío ni lo hemos llenado de alimento fresco. Tan fresco como para que se nos mueva en la boca.

—¿Es cierto que el mapa solo existe en la mente de este? —pregunta Scott y señala a Loren. Él a su vez frunce el ceño y lo observa con desconfianza.

—Sí —me adelanto a hablar antes de que lo haga Ginger. No es prudente fiarnos de nadie—. Así es, solo él.

—¿Entonces el pergamino con tinta invisible que avivé en el fuego de la hoguera es una pieza coleccionable?

Nos detenemos en seco. La seriedad en todos incluyendo la cabra es abismal.

—¿Por qué hurgaste en mi mochila? —inquieta Loren antes de que lo haga yo.

—Me das desconfianza —añade Ginger—. No puedes ir rebuscando en las cosas de la gente.

Scott se encoge de hombros, se mete las manos en los bolsillos del pantalón y suspira.

—Solo quiero el oro.

—Y nosotros que nadie encuentre el oro —le aclaro—. Así que no creo que vayas con el equipo correcto.

Levanta las manos en estrella y asiente.

—Sé lo que pretendéis y lo que yo pretendo es simple, tomar un poco de ese tesoro y llevármelo, luego podéis hacer lo que queráis con el resto.

Mi mirada va hacia Ginger y ambas volteamos a ver a Loren. Hasta la cabra nos mira y observa a Scott con recelo. No nos convence su explicación, aun así, no tenemos tiempo que

perder.

—De todos modos, no es mentira —asegura Loren—. Si me esfuerzo consigo lo que quiero y tengo el mapa grabado en la mente porque mientras ellas dormían, incluido en el avión y gracias a mi encendedor pude estar detallando el mapa. Te sorprenderías de lo eficaz que soy cuando me propongo algo.

Tras la advertencia de Loren, con la que he de admitir, se vio muy sexy, retomamos el camino.

Llevamos un rato andando entre matorrales y ya me siento intoxicada por el insecticida que Loren lanza a diestra y siniestra. Ginger mira su móvil y de repente...

—¡¡¡Aaaah!!! —Damos un salto y la miramos.

—¿Qué pasa?! —grito e intento calmarla al sostenerla de los brazos, pero no puedo. Empieza a hiperventilar y sacude los brazos como si le hubiera dado un taque—. ¡Ginger!

—¡No puede ser, me voy a morir!

Scott la toma de la cabeza, nos mira y suspira hondo.

—No hay nada que hacer, tenemos que matarla por humanidad.

—¡No! —gritamos Loren y yo a la vez.

—¡Quita, tío raro! —Ginger lo empuja y veo cómo se sube encima de una piedra, se pone a pata coja y levanta un brazo al cielo, ¿qué hace?!

—Se nos rompió la Barbie fucsia —murmura Loren.

—¡Ginger, baja de ahí! —le pido y me acerco. Alargo la mano, y ella no la toma—. ¡Te vas a caer! ¿Qué haces?!

—¡No tengo señal en el móvil!

Me quedo con la boca abierta y me da un tic nervioso en el ojo derecho. ¡La mato! Tomo hojas y se las lanzo.

—¡Eh! —se queja.

—¡Me asustaste! —grito desesperada y, aunque me resbalo intento subir a la piedra—. ¡Ven aquí que vas a ver lo que es bueno!

—¡No! ¡Auxilio!

Ella baja, voy detrás y empezamos a correr de un lado a otro bajo las miradas de Scott, Loren y Belce.

—Apuesto una barrita de Muesli por Susan —dice Loren.

—Yo el gusano más gordo por Ginger —sigue Scott.

—¡Beee! —Se une Belce y les acerca una hoja. No sé por quién apuesta, aunque seguro que no es por mí.

\*\*\*

Después del momento de enajenación mental transitoria, volvemos a retomar el camino. Para distraernos empezamos a jugar al “yo nunca” sin alcohol. Absurdo pero válido para que Ginger no sienta el mono de su adicción por las redes sociales.

—Yo nunca comí lombrices —ataca Loren. Mira de reojo a Scott con odio. Se me escapa una risita y niego con la cabeza.

—Bueno, culpable —Scott levanta un dedo y sigue él—. Yo nunca vestí a un animal.

Y al decirlo todos miramos a Belce con su tutú. Loren se cruza de brazos indignado y bufa.

Va a ser divertido el camino con estos dos picándose así.

Loren se detiene frente a un árbol que tiene una forma sospechosa. Parece que estuviera colocado de forma que dibujase un círculo sobre sí mismo. Entrecierra los ojos y nos mira.

—Tenemos que encontrar agua, algo así como un río —cuenta—. En forma de serpiente. Así salía en el mapa.

—Dejádmelo a mí —anuncia Scott. Pasa frente a nosotros y se agacha en el suelo—. Yo soy un rastreador implacable.

Pega la cara en el suelo dándose un cabezazo con el que se escucha el golpe. Me quedo con la boca abierta, horrorizada. Loren se aleja de él y, Belce se pone detrás de mí. Ginger me sostiene del brazo y estira un poco.

—Tengo miedo —susurra.

—Llevo sin ir al baño desde ayer, pero por el mal rollo que me genera este, creo que tendré que ir detrás de un arbusto —dice Loren también a baja voz.

—¿Qué? —lo miro, Ginger también y hago una mueca. Él se encoge de hombros.

Suspiro y vuelvo la vista al desequilibrado que huele el suelo como cerdo en busca de trufas. Vemos que toma con las manos un excremento. Lo olfatea una y otra vez, hondo. Jadea como si estuviera sacándole así la peste que tiene que hacer. ¡Se lo lleva a la boca!

—¡Para, anormal! —grita Loren y le sale del alma.

—Qué jodido asco —balbuceo.

Belce se vuelve a desmayar y Ginger coge con fuerza el bolso.

—¡Le voy a atizar! —exclama y levanta los brazos yendo hacia él.

—¡Espera! —grita el cerdo vietnamita. Levanta una mano para detenerla—. La caca está húmeda, el animal bebió reciente, estamos cerca.

—Eso no tiene lógica —reprocha Loren al segundo.

Yo tampoco se la encuentro.

—Lo estoy sintiendo —susurra Scott, lanza por el aire el excremento y clava los dedos en la arena—. ¡Sí, está cerca! —Señala a un costado—. ¡Ahí!

Nos giramos todos, incluida Belce que salió del trance. El río está a unos pasos. Volteamos la cabeza hacia Scott muy despacio. ¡¿Para eso hacía falta comerse la mierda?!

—¡Ahora sí que te atizo! —asegura Ginger y le da.

—¡¡¡Aaaah!!! —grita Scott.

Miro a Loren, luego a Belce. Nos encogemos de hombros. Mejor dejamos a Ginger con la tortura al cerdo dándole bolsazos.

Al llegar al río nos detenemos a la orilla. Observamos el trascurso. Es fácil adivinar que es el mismo río que sorteamos ayer. Parte el camino y sigue su curso. Sin embargo, una figura enorme en forma de cabeza de serpiente se dibuja con piedra sobre una montaña. De la boca de la serpiente cae una cascada de abundante agua, dibujando un arcoíris por los rayos de sol que consiguen sortear la frondosidad de los árboles. La serpiente parece tallada a propósito y hasta se pueden diferenciar los ojos dibujados a distintos niveles en la piedra.

—¡Guau! —pronuncio con asombro—. Es hermosa.

—Lo es —acepta Loren, aunque cuando lo miro me está observando a mí. Carraspea la garganta y mira hacia la cascada—. Es allí, debemos de ir a la boca de la serpiente.

—Nos arrastrará el agua —advierdo, pues la corriente se nota embravecida.

—Debe haber alguna forma de cruzar —insiste Loren.

—Es momento para el héroe —se glorifica Scott y pasa frente a nosotros—. Con permiso, pero aquí el que entiende soy yo y está claro que estoy más fuerte que él. —Señala a Loren y me mira a mí—. ¿Me das un besito de buena suerte?

¡Jugh! Arrugo la nariz y le hago la cobra. Ni loca beso a este desquiciado. Se me caen los dientes después.

—¡Aparta! —Loren lo empuja y se pone en medio—. Puede que no tenga tantos músculos como tú, ¡pero al menos no me como la caca!

—Buen punto —señalo.

Scott suspira y sonríe un poco. Se encoge de hombros y pone un rostro de «intensidad» modo protagonista de peli de acción.

—Recordadme como un héroe.

—O como un pirado —responde Loren. Le doy palmada en el brazo y escondo el rostro en su espalda para no reír.

Scott salta y saca el machete por los aires. Lo clava en una de las piedras, intenta sujetarse y con fuerza bruta avanzar por las piedras del río hasta la boca de la serpiente. La mano se le resbala y lo vemos caer y ser arrastrado por la corriente en cuestión de segundos.

—¡Adiós! —grita mientras se aleja—. ¡Sobreviviré!

No reaccionamos. Si abro más la boca se me desencaja.

—Guau, Tilín —pronuncia Ginger como la canción de TikTok.

—A la mierda, Tilín —la sigue Loren.

—Bueno —me cruzo de brazos—. ¿Y ahora qué?

—Podemos ir por ahí. —Loren señala un camino de piedras que sortea el río como si fuera un puente. Frunzo el ceño un poco y lo miro. ¡Es malvado!—. Al llegar a la cabeza podemos bajar con cuidado porque hay bastante caída. —Se da cuenta de mi mirada acusatoria y levanta las cejas—. ¿Qué pasa?

—El comecacas se fue arrastrado por el agua y tú sabías cómo pasar —se adelanta a decir Ginger.

—Quería hacerse el héroe y no le quise quitar la ilusión —se excusa Loren—. Además, es un pesado.

Belce mira hacia el río y le saca la lengua con burla. Coge una piedra con la boca y la lanza al agua, se da la vuelta y levanta el rabo, yéndose con orgullo al lado de su dueño. Ninguno de los dos lo soporta.

Seguimos el puente de piedras. Intento no mirar abajo porque la altura me mareo. No era consciente de lo que me aterra estar tan alto. Varias piedras se resquebrajan y caen. Cometo el error de mirar hacia la dirección hacia la que se dirigen y el suelo me da vueltas. Jadeo y me agarro de las piedras. Las piernas me tiemblan y todo mi cuerpo después. ¡No puedo! El corazón se me acelera y empiezo a jadear.

—Susan, ¿estás bien? —Escucho a Loren y se me salen las lágrimas—. ¿Qué pasa?

—¡No puedo! —exclamo—. ¡Tengo miedo!

—Si te quedas ahí, las piedras se pueden venir abajo y entonces es cuando te puedes hacer daño.

—¡Así no ayudas! —reirimino y lo miro con enojo—. ¡Miénteme, aunque sea por esta vez!

—Tengo que ensayar para hacerlo.

—¿Qué ocurre? —pregunta Ginger. Ella y Belce ya están casi en la cabeza de la serpiente.

—Susan se asustó y está agarrada a las rocas como un koala —responde Loren.

—¡No me llames koala!

—Es que son igual de redonditos y abrazables.

—¡Lorenzo!

Escucho como varias piedras más se caen. Miro a mi alrededor. El puente se está viniendo abajo y no soy capaz de dejar de temblar. Me aumenta el llanto y la ansiedad.

—Susan —me llama Loren y con dificultad consigo dirigir la vista hacia él. Se ha agachado frente a mí a pesar de poder caer por encontrarse en esa posición. Extiende la mano—. No te levantes de pie, pero ven conmigo.

—No, no puedo —sollozo—. Mi cuerpo está bloqueado, Loren, no puedo, no soy capaz.

—Tú después de ser la escritora más grandiosa que existe en el mundo para mí, eres capaz de hacer cualquier cosa. —Quiero sonreír, sin embargo, el nervio y el miedo me siguen bloqueando—. Sabes que apenas miento, así que te digo que si vienes conmigo no te pasará nada, ¿vienes?

Sus ojos, esa sonrisa suave y cálida que lo representa. Esa seguridad con la que me estrecha la mano después y esa calma que trasmite. No escucho cómo caen las piedras ni el transcurso del agua que choca con todo lo que se le ponga en medio. Solo está mi corazón que late apresurado, gritando el nombre de Loren. No alejo la vista de su mar calmo y sereno, en donde me reflejo con amor. Su sonrisa se agranda y me da un toque con el dedo índice en la nariz.

—Llegamos, Koala —me avisa.

Salgo del trance, veo el puente a mi espalda y luego a Ginger que me sonríe orgullosa, y Belce aprovechó para seguir pastando por la hierba que crece sobre la piedra. Suspiro, aliviada y se me sale la risa de los nervios. ¡Lo conseguí!

Abrazo a Loren de forma espontánea y doy pequeños saltitos.

—¡Lo hice, lo hice!

—Ya te dije que eras capaz de cualquier cosa —me dice y acaricia mi mejilla mientras con la otra mano siento cómo me estrecha en un fuerte abrazo. El ardor de mis mejillas no es comparable a la falta que me hace el poder respirar con normalidad.

—Siento romper este momento mágico —comenta Ginger—. Pero tenemos que seguir antes de que dé con nosotros la panda de la psicópata loca.

Tiene razón. Me cuesta separarme de Loren, aun así, lo hago.

Con cuidado empezamos una bajada peligrosa por la pared húmeda de roca resbaladiza y con musgo que dificulta más el descenso. El agua nos choca y nos empapa, helando nuestros músculos con el frío que nos invade a cada segundo. Ginger hace de soporte con el bolso y lo envuelve en las rocas para poder bajar con mayor seguridad y, Loren se ha hecho como una bolsa de canguro con la camisa para meter dentro a Belce y bajarla colgando de su cuello. Me obligo a quitar la mirada de sus músculos marcados mientras hace fuerza para descender, porque me desconcentraré y terminaré cayendo por babosa. Sin embargo, poso la mirada en su rostro para no temer por la altura, así como hice estando en el puente de piedra.

Queda poco para terminar el descenso. Bufo y piso una de las piedras. El pie se me va y el corazón se me encoge.

—¡Voy a caer! ¡Odio las alturas! ¡Me voy a matar!

—Susan —Loren me da unos toques en el hombro y me percató de que estoy a centímetros del suelo húmedo de la cueva, que se forma por detrás la cascada—. Ya veo que lo tuyo no son las alturas.

Me pongo de pie avergonzada. Suspiro y me encojo de hombros.

La hermosura de la historia que impregnan las paredes pintadas por mosaicos y runas

antiguas me dejan perpleja. Entre agua, estalactitas y estalagmitas enormes y preciosas se abre un camino cubierto por el agua de la cascada, el cual estamos viendo nosotros. La oscuridad no nos detiene para acercarnos a la que sería la garganta de esa majestuosa serpiente rocosa, que se parece a un titán al que queremos investigar a fondo.

Loren saca de la mochila tres linternas de cabeza. Para algunas cosas sí va preparado. Me coloca una con cuidado y aprovecha para dejar una caricia disimulada sobre mi pelo. Creí que la tercera linterna era para Ginger, sin embargo, se la pone a Belce. Se coloca la otra él y enciende la luz. Hago lo mismo con la mía. Ginger saca el móvil y con la linterna del dispositivo se alumbra.

A medida que nos adentramos, la oscuridad nos rodea y la humedad nos dificulta un poco la tarea para llenar nuestros pulmones de oxígeno. En las paredes sigue habiendo dibujos que cuentan historias de guerras pasadas en las que la sangre y el dolor teñían las páginas de historia que hoy nos edulcoran.

El silencio se rompe con nuestros pasos y las respiraciones agitadas por encontrarnos en un ambiente tan claustrofóbico.

Doy un paso y el suelo parece temblar bajo mis pies. Loren me sostiene del brazo y abraza a Belce con fuerza. Ginger se aleja unos pasos y aterrados nos miramos.

—¿Qué fue eso? —pregunta Ginger.

—No lo sé —susurro. Miro hacia el suelo y lo veo extraño. Una pequeña curvatura empieza a dibujarse bajo mis pies—. ¿Qué demonios?!

El suelo se abre, Loren y yo nos tambaleamos. Se parte por la mitad y nos aleja de Ginger. Ella cae de culo unos metros atrás por el temblor de la roca. Intento sujetarme al otro extremo al igual que Loren, sin embargo, no tenemos la fuerza suficiente. La roca cede y nos vemos en caída libre sobre la caliza que nos empuja como si fuera un tobogán natural a la nada.

—¡Chicos! —Escucho que grita Ginger en la lejanía, pero nosotros nos seguimos precipitando.

Loren me sujeta y me abraza con fuerza, recibiendo los golpes que los balanceos nos dan contra los extremos de ese pasadizo subterráneo que, pronto nos llena de arenisca. Me protege con su propio cuerpo y cubre mi cabeza en su pecho.

Cuando el descenso termina y nos golpea el suelo duro y arenoso, miramos rápido hacia arriba. Entre polvo que se ilumina por las linternas observamos un techo de piedra del que por mucho que empujamos no podemos salir.

—¿Susan?! ¿Loren?! —¡Es Ginger!

—¡Ginger! —grito y junto a Loren empezamos a golpear el techo.

—¡Estamos aquí! —grita Loren.

Escuchamos unos pasos y podemos percibir que Ginger se detiene sobre nosotros en la piedra.

—¿Estáis bien?! —vocifera para que logremos escucharla.

—¡Sí pero no podemos salir! —respondo—. ¿No hay nada por fuera para que podamos salir?!

Loren bufa y mira a una de las paredes. Observo que quita la arena que cubrió uno de tantos dibujos tallados en piedra y me zarandea.

—¿Qué? —pregunto acercándome a él.

—¡No hay nada! —contesta Ginger.

Imaginaba que iba a responder eso, pues al observar la pared encontramos un dibujo que nos

da la clave. Una figura se encuentra bajo tierra y la otra en el cielo representando donde se encuentra Ginger. Esto ya estaba previsto. Así se accede al tesoro.

—¡Ginger, tienes que ir por fuera! —le avisa Loren—. Nosotros seguiremos por aquí debajo.

—¡Vale! —conviene ella.

—¡Ve con cuidado y fíjate de todo! —advierte Loren—. ¡Seguro que hay más de una trampa!

Loren y yo nos miramos, Belce se sale de la camisa de Loren y se pone a nuestro lado. Será la única que no tenga que ir agachada durante un largo trayecto. Me fijo en la camisa de Loren y por los brazos encuentro rastros de sangre.

—¡Loren! —Le subo la camisa y observo arañazos que le sangran—. ¡Dios santo, estás herido!

—Tranquila, no es nada —intenta calmarme, no puedo.

—¡Loren, estás sangrando!

—Es lo que tiene estar vivo.

—¡No bromeo!

Loren levanta la mano y me sujeta la mejilla.

—Solo son unos rasguños y debemos seguir, estoy bien —asegura, y con su voz calma logro pausar un poco mi angustia—. Vamos, no sabemos si nos podemos quedar sin oxígeno aquí.

Suspiro, aliviada, y lo sigo. «Espera...».

—¡¿Cómo que sin oxígeno?! —Se encoge de hombros—. Loren, de nuevo, ¡así no ayudas!

## Capítulo 8



Nos arrastramos por el estrecho pasadizo como si fuéramos lombrices. Siento la fatiga en mis pulmones y los restos de polvo se instalan en mi nariz y hacen presión hasta que me fuerzan a rascarme para no estornudar, y con el aire levantar más partículas que nos afecten a la hora de respirar. El cuerpo de Loren sigue sangrando, pero observo que los rasguños son leves y que están sellándose por sí solos. Belce nos lleva la delantera al tener más facilidad para recorrer este estrecho y asfixiante túnel.

Loren se detiene y me hace seña para que me ponga a su lado. Lo intento a pesar de que quedamos de costado y demasiado cerca. Él clava su mirada en mí, y me siento una presa tentando a un cazador por la forma en que lo hace. Suspira y vuelve la vista hacia el suelo. Quita la arena con la mano y veo una especie de palanca giratoria, la cual dibuja un círculo en el suelo. Acuso la vista y puedo atisbar que hay dos más, una a cada lado de la central que acaba de descubrir Loren.

Frente a nosotros una piedra con una serpiente tallada nos bloquea el paso, me siento como un ratón en una trampa. ¿Y si no hay salida? ¿Y si nos quedamos atrapados? ¿Y si se nos agota el oxígeno antes de lograr una solución?

La respiración se me acelera y me obligo a calmarme para no terminar desesperando.

—Me recuerda a los juegos de cuando era niño, esos en los que debías mover las piezas — comenta Loren—. Yo siempre quería meter el cuadrado por el triángulo.

—No tiene nada que ver.

—Estoy igual de nervioso que cuando intentaba hacerlo, aunque creo que es por estar cerca de ti.

Ignoro los latidos de mi corazón que se han disparado como propulsados por una ametralladora. Carraspeo la garganta y suspiro. Me tengo que concentrar.

Miro las palancas y arrugo la nariz. Tocarlas sin tener el mínimo conocimiento podría ser peligroso.

—¿Por qué no sacas los diarios de mi padre? Quizás haya algo respecto a esto.

Loren se queda pensativo y se mueve sobre su eje. Sujeta la mochila y saca uno de los libros en específico.

—Creo haber visto algo parecido, pero era una especie de dibujo —declara. Abre las páginas y pronto llega a la indicada—. ¡Bingo!

En la hoja hay líneas y círculos que forman palabras en una lengua muerta. Loren hace una mueca de desagrado.

—Parece que hubieran vomitado sobre el diccionario y estén sacando letras al azar.

—No digas eso —murmuro. Siento como si esto fuera algo conocido para mí—. Tengo un sentimiento de déjà vu muy extraño.

«¿Dónde he visto esto antes?». Fuerzo a mi mente, a mis recuerdos y siento la presencia de mi padre. Me toma de la mano y me canta una canción antes de dormir. Con las manos hace símbolos al deletrear el abecedario y diciendo animales que empiezan con la letra que toca. Canto la canción en mi cabeza. Ahora lo recuerdo tan nítido como si fuera ayer. Paso la hoja del diario y están las siluetas de los animales que mi padre pronunciaba en ese abecedario.

—¿Puedes decir algo? —dice Loren—. Me estás asustando, estás demasiado seria. Que estés amargada es algo normal, pero seria, no.

—Lo tengo, Loren.

—¿Cómo?

—Mi papá me cantaba todos los días antes de dormir una canción con el abecedario de esta lengua y los animales para saber su significado.

Loren se queda con la boca abierta y alarga el ceño.

—Te juro que a nuestros hijos les cantaré algo normal para un niño.

—¿Hijos? —Arqueo una ceja y él me mira en silencio. Abre los ojos como si se espantara y se toca la nuca con un poco de incomodidad. Sonrío por verlo así. Me encanta.

—Sácanos de aquí —pide—. Ya habrá momento para hablar de eso después.

Asiento. Me fijo en las paredes que nos rodean y la roca que nos bloquea el paso. En hilera se dibujan las siluetas de varios animales y sus respectivos círculos y rayas que mi padre dibujaba con los dedos como si fuera braille. Empiezo a leer en voz alta y con lentitud para poder acordarme después.

—En el cielo reposa el tesoro del emperador —digo y hago una mueca—. Debe ser una sola palabra que tengamos que escribir con las palancas.

—A mí esto me está dando mal. —Desespera Loren—. A ver si al final nos quieren mandar al cielo de verdad y no es algo retórico.

Niego con la cabeza y entorno los ojos. Me contengo para no reírme.

—No seas dramático y ayúdame a pensar.

—A buen muro te quieres arrimar con eso de usar la cabeza. —Arquea las cejas y se encoge de hombros—. Te puedo servir para darle de cabezazos a la piedra a ver si la derrumbo.

Suspiro.

—No te hagas el idiota porque de eso tienes poco, a ver... —Piensa, Susan. Piensa—. Sinónimos de cielo.

—Atmósfera, firmamento, nubes, cielo, anticiclón.

—No, algo más poético —lo interrumpo—. Los dioses estaban muy presentes en culturas antiguas.

—Paraíso, Edén, Olimpo...

—Empíreo. —Por cómo me mira Loren, imagino que no sabe qué significa esa palabra—. Es el conjunto de esferas concéntricas en las que se movían los astros, según antiguas civilizaciones. Si lo miras desde la teología cristiana, también es conocido como un lugar en el que los santos y los ángeles gozan eternamente de la presencia de Dios. Teniendo en cuenta, que las palancas solo nos dejan escribir como esferas, podría funcionar.

—Esperemos que sí, porque yo no quiero ir a visitar a nadie a ese tal empíreo tan pronto.

Doy una carcajada que Loren toma a mal. Se enoja y frunce el ceño. También tengo miedo de que ocurra algo malo, mas, si me detengo por el miedo, no vamos a poder salir de aquí y me aterra más el quedarnos encerrados.

Giro las ruedas y con la palanca el suelo se raya dibujando la palabra. Inhalo y exhalo para

destensarme. Las paredes vibran, no obstante, al terminar de mover la primera palanca no ocurre nada. Trago saliva y el nudo en la garganta me impide respirar con normalidad. Tomo la tercera palanca y hago lo mismo. Escribo con los movimientos circulares. Todo vibra de nuevo, pero la calma impera. Tomo el último y mi mano suda debido a los nervios.

—Susan, por si algo ocurre yo tengo que decirte algo. —Escucho a Loren, sin embargo, estoy concentrada en dibujar los trazos a la perfección—. Quizá no te sorprenda o quizá sí porque crees que no puede pasar, pero ha pasado. Tampoco es como si yo fuera más que tú o tú menos, porque somos humanos, entonces al final da igual la posición en la que nos encontremos, ¿entiendes?

Arrugo la nariz y lo miro de reojo.

—No —le respondo con sinceridad—. ¿Me lo puedes decir después y sin presiones? Quizá te entienda mejor.

—Ah... —Veo que intenta hablar, pero se traba y aprieta los labios. Asiente—. Sí.

Escribo la palabra y el temblor se siente y suena con más fuerza. Loren sujeta a Belce con un brazo y con el otro me rodea. Observamos cómo la pared de piedra que nos obstaculizaba el paso se desliza y se esconde a un costado, dejándonos la vista una bóveda inmensa, en donde al fin podemos estirar nuestra columna y ponernos de pie.

A los lados hay unas hileras que terminan en unas gigantescas y viejas antorchas.

—Loren, ¿puedes sacar el encendedor de la mochila? —Asiente y me lo entrega. Me acerco a la hilera y rozo los dedos por el polvo negro que se extiende en medio. Acerco el encendedor y cuando lo enciendo, la pólvora hace efecto.

Toda la bóveda empieza a iluminarse. Con pilares de piedra caliza que se elevan hasta las estalactitas que brillan junto a cristales hermosos que decoran las paredes. Diamantes, rubíes y esmeraldas colocados en perfecta simetría para formar dibujos de tribus pasadas. No es el tesoro, aun así, nos maravilla tanto que nos cuesta salir del trance. Belce abre la boca todo lo que puede y le da un toque con la pata a Loren como muestra de su sorpresa.

—Asombroso —comento.

—Estamos haciendo historia, Koala —bromea Loren con una sonrisa boba en los labios.

«¡Y dale con lo de Koala!».

—¡Chicos! —nos llama Ginger. Esta vez se escucha a través de una de las paredes, ya no se encuentra sobre nosotros—. ¡Aquí se detiene la cueva!

—¡Estamos aquí! —informo y me acerco a la pared por donde ella se encuentra.

—¡¿Pruebo a tumbar la piedra a bolsazos?! —sugiere Loren. Lo miro con los ojos medio cerrados y él sonríe burlón—. Es solo una idea, yo lo iba a hacer.

Aparto las telarañas que cubren la pared y diviso una pequeña cerradura que solo se puede abrir por dentro. Sonrío y miro a Loren.

—Creo que va a ser más fácil que derrumbar la pared a cabezazos —comento.

Giro la cerradura y la pared cede, dejando paso a una puerta que se resbala con lentitud hacia un lado. Ginger sonríe cuando nos ve. Da un paso al frente. Todo pasa demasiado rápido cuando veo como una cuerda se descuelga cargada por un hierro en punta que se dirige amenazador hacia Ginger.

—¡Beee! —grita Belce, espantada.

Ginger pone el bolso con rapidez y la punta del arma se clava en este. Creo que no me circula la sangre.

—¡Joder! —grita ella descargando la tensión.

—¡Ginger! —reacciono y alejo la cuerda junto al hierro. Le reviso el estómago y veo que por suerte no llegó a la piel—. Tenemos que ir con mucho cuidado.

—¿No me digas?! —regaña—. ¡Está bien que queráis privacidad y estar solos, pero mínimo no me queráis matar!

—¿Qué dices?! Nosotros no sabíamos que...

—Mirad —me interrumpe Loren y levanta un objeto de madera que se encuentra en el suelo. Es una figura de emperador, aunque en su parte trasera tiene una forma extraña—. Esto cayó junto a la cuerda asesina.

La puerta rocosa se cierra sola y nos quedamos encerrados en la bóveda.

Reviso la figura.

—Guárdala, me parece que es una pista. —Loren asiente y la pone en la mochila.

—¡Qué hermoso! —Escucho que se sorprende Ginger.

Me doy la vuelta. Ginger toma una de las gemas fucsias de la pared y tira.

¡La quita de la pared!

—¡Ginger no! —Pega un brinco y se le cae la gema al suelo.

—¿Qué?! —Se pone las manos en el pecho.

—En los libros eso es lo último que se debe hacer —se adelanta Loren—. Luego pasan desgracias por tocar lo que no se debe.

Ginger bufa y se carcajea.

—¡Tonterías! —se mofa y recoge la gema. Loren, Belce y yo estamos tensos, miramos a todos lados, esperando que algo ocurra—. No seáis paranoicos, esto no es un libro ni una película de acción.

Un fuerte y sonoro golpe nos ensordece. Varias piedras del techo se desprenden y con ellas estalactitas que nos caen a centímetros. Saltamos hacia un lado. Loren me sostiene de la cintura para protegerme. Nuestros ceños se fruncen y miramos a la vez a Ginger.

—Uy —deja caer la gema—. ¡Ya, no me la llevo, ya está!

Belce corre hacia ella y le da golpe con la cabeza en la pierna.

No tenemos mucho tiempo para lamentarnos. Las gemas que decoran la pared salen despedidas por la presión del agua que con braveza empieza a colarse a través de las paredes inundando la bóveda. Encendemos las linternas para poder vernos en la oscuridad.

—¡Oh, no, no! —grita Loren—. ¡¿Para qué tocas nada?!

—¡Yo no soy de leer ni ver películas de tesoros! —se excusa Ginger—. ¡No me sé las reglas y era muy lindo!

Jadeo por la ansiedad. Cada uno corre hacia un lado. Yo golpeo la puerta que recién había conseguido abrir. Giro sin cesar la cerradura, pero está bloqueada. Loren incluso se agacha y observa el pasillo por el que habíamos entrado nosotros, mas, rápido se encuentra inundado. Ginger golpea las paredes sin cesar y da con el bolso intentando hacer algo. Belce se coloca a mi lado y empieza a empujar con las pezuñas la puerta. ¡No hay manera! «¡Susan piensa, piensa!».

En cuestión de segundos nos llega el agua hasta el cuello.

—¡Ya no me arrepiento de haberte pegado aquel chicle en el pelo mientras dormías en el camerino! —grita Loren encarándose hacia Ginger.

—¿Así que fuiste tú?! —Lo señala—. ¡Aquí se pierden amistades! ¡Tuve que usar peluca!

—¡Debí dejarte calva porque por tu culpa vamos a morir!

Hasta la cabra grita y mi mente se satura.

—¡Basta! —Golpeo con las palmas de las manos el agua y chapoteo—. ¡Joder! ¡Vamos a centrarnos porque no quiero que muramos ahogados aquí!

Quedamos en silencio. A Belce se le dificulta nadar y la tomo por debajo para elevarla y que deje de perder fuerza. La cabra me mira y arrima su cabeza a la mía, como si me estuviera abrazando. Aprieto los labios y las lágrimas me nacen como el agua que no deja de llenar el lugar. Ellos están aquí por mi culpa y yo tengo que sacarlos. Toco con la cabeza el techo, exhalo echando el agua que ya me entra en la boca. Tiene que haber alguna forma de salir de aquí, no pudieron ser tan imprudentes y dejarlo todo sellado.

—Susan —Loren se acerca y veo como intenta hablar, y no le sale. Hace una mueca y se muerde el labio inferior con nerviosismo—. Verás, yo, por si al final no podemos salir de aquí...

Se traba. Permanece en silencio y se lame los labios. Su nivel de nerviosismo es abrumador.

—Vamos a salir de aquí, te lo prometo —susurro para calmarlo.

—No... yo... es que...

Algo brilla a lo lejos por la escasa luz de la linterna. Interrumpo el balbuceo incomprensible de Loren y le paso la cabra para que la cargue y consiga que esté fuera del agua más tiempo. Nado rápido hacia el objeto que brilla. Agarro una bocanada de aire y me hundo. Consigo ver una palanca brillante que rodea unas piedras sueltas. Vuelvo arriba y agarro aire de nuevo. Quito del techo un poco de tierra seca y la lanzo al agua. Observo el recorrido. En efecto, realiza el recorrido que espero. Se mueve y se cuela por las piedras.

—¡Susan! —grita Ginger, estando ya pegada al techo—. ¡Nos queda poco tiempo!

—¡Creo que ya sé cómo salir! —aviso—. ¡Pero necesito ayuda!

Miro a Loren y su seriedad me desarma. No me pregunto lo que le pasa porque cualquiera estaría así al pensar que va a morir.

Nos hundimos a la vez, incluyendo Belce a la que Loren ayuda a mantenerse estable. Tomo de la palanca, estiro y la pared cruje. Las piedras empiezan a ceder. Loren las golpea y comienza a empujar, sacando una a una. Ginger también las aleja. Cuando la palanca se arranca, la dejo caer. Retiro las piedras junto a ellos y miro hacia arriba. Ya no queda ni un centímetro en el que podamos respirar.

Nos vemos arrastrados por la fuerza del agua que se cuela a través el agujero, una vez que está lo bastante ancho. Entre el desconcierto, mi mano es estrechada y miro breve a Loren, sus ojos azules no pierden su hermosura, a pesar de que nos encontramos rodeados de agua y se enrojecen. Es lo último que veo, antes de que la oscuridad se apodere de mí.

\*\*\*

—¡Susan! —¿Loren?—. ¡Susan no me dejes! ¡No se te ocurra dejarme! —¿Dejarlo?—. ¡Susan, por favor! ¡No pude decirte nada!

Noto una presión constante en el pecho. Abro los ojos de golpe e inhalo de una. Me siento y empiezo a jadear. La tos expulsa el agua de mis pulmones. Miro a Loren arrodillado a mi lado, expectante. Las lágrimas se mezclan con el agua que empapa su hermoso rostro. La preocupación se vuelve llanto en el momento que me ve reaccionar. Me abraza y mis brazos temblorosos lo toman con fuerza. Veo a Ginger, ella también llora y sonrío al verme. Se acerca y se une al abrazo. Belce se hace la fuerte, levanta la cabeza con orgullo, aun así, termina viniendo. Se pone a dos patas y apoya la frente en mi hombro.

Me toco la cabeza cuando se retiran y me dejo caer en el suelo... Estoy tumbada en el suelo de una pequeña cueva. La luz del día se refleja en mis ojos. ¿Tantas pruebas para encontrar solo una figura de madera? No puede ser.

—Algo está mal —comento con la voz rota por el cansancio—. No puede ser que hayamos pasado por todo eso solo para encontrar una figura de madera.

—Pensé lo mismo —confiesa Loren—. Pero las galerías no seguían y a partir de aquí está el río de nuevo.

—¿Y si dejamos algo atrás? —pregunto.

—No sé, pero yo no vuelvo —asegura Ginger—. ¿Por qué no les damos todo a esos bandidos y nos vamos a casa? Esto empieza a ser demasiado peligroso.

—No puedo. —Inhalo aire e intento levantarme. Se me dificulta. Loren me ayuda y me sostiene. Ahora menos que nunca puedo dejar todo en manos de esos desarmados—. Mi padre me preparó para esto y cada vez estoy más segura de que ellos tuvieron algo que ver con su fallecimiento. No puedo simplemente abandonar.

Ginger suspira hondo y asiente con la cabeza.

—Bien, pero yo no vuelvo a esa tumba de agua —advierte.

—¿Qué más ponía en el pergamino? —pregunto mirando a Loren. Él me observa con desconcierto. Arruga la nariz y se aleja un poco de mí. Veo que saca el pergamino empapado—. ¿No lo recuerdas? ¡Genial! ¡¿No dijiste que lo habías memorizado?!

—¡Susan! —me grita. Me quedo tan sorprendida que hasta me duele ese grito. Aprieto los labios. Él suspira y baja el tono—. Recuerda lo que hablamos la noche pasada. No me presiones, por favor.

—¿Qué no te presione? ¡Está empapado! ¡Inservible! —Sé que no estoy siendo racional, que no debería echarle las culpas; sin embargo, la presión me está asfixiando—. ¡Ahora estamos perdidos por tu culpa!

—Susan, ya —me interrumpe Ginger—. Nadie tiene culpa, por favor, intentemos relajarnos.

Me asfixio. Loren me mira y noto un brillo en sus ojos que me mata, mas, no estoy de humor para compadecerme. Le arrebató de golpe el pergamino de la mano y salgo de la cueva. Necesito aire, todo esto me está superando. ¡Loren debería de acordarse!

Loren debería de... Me detengo en seco a unos metros de la cueva. Los recuerdos pasan por mis ojos como pequeñas viñetas de una película en blanco y negro. Como me cuida hasta el punto de salir herido, el hecho de que está aquí por mí, la forma en que abrió su corazón para contarme todo lo que le dolía y su miedo a decepcionarme. Y ahora, yo estoy pagando toda mi frustración y dudas con él. Soy una estúpida, ¿cómo he podido comportarme así con él?

—Loren —susurro.

Cuando me doy la vuelta observo que él sale corriendo de la cueva. Se deja caer en el suelo y me mira con esperanza cuando se percató de que me acerco hacia él. Voy a disculparme, pero Loren se convulsiona de repente. Grita con dolor y cae inconsciente en el suelo. Mi impulso es ir y agacharme con él, sin embargo, me sostienen de los brazos. Miro a mi alrededor. Los hombres que van junto a la mujer que nos persigue desde un inicio me arrastran lejos de Loren. A él lo han electrocutado con un aparato que extiende cables eléctricos.

—¡Loren! —grito con fuerza, aunque él no reacciona—. ¡Lorenzo!

Varios hombres revisan la cueva. La respiración se me corta. Espero que Ginger y Belce sepan qué hacer.

—¿Este es el pergamino del que nos hablaste? —pregunta la mujer. Miro hacia su dirección

¡Es Scott! ¡Está con ellos!

—¡Maldito traidor! —grito e intento ir hacia él. Me patean el estómago y me encorvo—. ¡Ah!

—Pensé en tus palabras después de que el agua me arrastrase —argumenta el capullo—. No estaba en el bando correcto y tenías razón. Al menos mi papel de friki me sirvió para acercarme a gente extraña como vosotros.

—¡Eres peor que la mierda que te comes!

—Una lástima que no estés en el mismo equipo que yo y quieras a dos idiotas y una alimaña de aliados —comenta el subnormal. La rabia y la ira en mí crece a medida que habla—. Con tu inteligencia y la mía haríamos un equipo invencible. Pero te gustan los raritos fanáticos de las cabras.

Logro estirar la pierna y le doy patada en sus partes nobles.

Me levantan del suelo y lo observo gritar hasta quedar arrodillado en el suelo.

—¡Grita, que más vas a gritar si me sueltan! —le advierto, no obstante, me arrastran con ellos—. ¡Soltadme!

—Está despejado —avisa uno de los matones—. No hay nadie más.

Bien, Ginger y Belce supieron esconderse.

—Tenemos a la chica, el mapa y los diarios —comenta la mujer. Señala la mochila y la toman del suelo—. Dejen a ese idiota ahí, no sobrevivirá solo.

¿Qué? Miro a Loren, desesperada.

—¡Loren! ¡Loren, no! ¡Soltadme!

Por mucho que intento zafarme y correr hacia Loren, me atan las manos a la espalda y me suben a una lancha, alejándome de él.

Llegamos al pueblo más cercano y ahora me meten en un todoterreno. Los miro con odio, incluyendo a la mujer que lleva las riendas de todo esto.

—No me mires así, tengo mis motivos para hacer todo esto.

—No me interesan —le respondo—. ¿Es el momento en el que el villano pretende caer bien al lector?

—¿Disculpa?

—¡Sí! Ese punto de inflexión en la historia durante el cual el villano suelta su extraordinaria narración sobre una infancia jodida o su falta de cariño y empatía para que todos vean que tiene una razón de ser así, ¿eso pretendes?

—No, solo...

—¡No dejaré que me cuentes ni me expliques nada! —la interrumpo—. ¡Eres una desgraciada y si le pasa algo a Loren haré de tu existencia un infierno!

—Guau —pronuncia Scott.

—¡Y a ti también, perro traidor! —le escupo en la cara.

—¡Joder! —Se limpia y buf—. A qué mala hora abrí la boca.

—¡A qué mala hora naciste! ¡Soltadme!

Me remuevo en el asiento y meto coces a diestra y siniestra, recordando el *modus operandi* de Belce para defenderse.

La mujer suspira y escucho un clic que me alerta antes de observar su pistola apuntándome.

—Vamos a llevarnos bien y tener una convivencia pacífica hasta que todo esto termine. —Arrugo la nariz, mirándola con odio—. Tú vas a ayudarnos a encontrar el tesoro y te olvidarás de todo esto. Así de simple.

—Tendrás que matarme.

—¿Quieres que vayamos a buscar al tartamudo de tu amigo y lo matemos a él? —Se me hiela la sangre. Odio ser tan expresiva. Ella sonríe al ver el horror dibujado en mi rostro—. Colabora y lo dejaremos tranquilito en la playa. Hemos investigado suficiente sobre todos vosotros para saber vuestros puntos débiles, aunque el tuyo no fue necesario investigarlo. Es él.

Trago saliva y con ella el llanto para parecer que no me rompo cuando siento que Loren está en peligro. Sin levantar la mirada y con un dolor punzante en el pecho asiento. Los escucho celebrar la victoria de mi rendición. A mí solo me importa que él esté bien.

## Capítulo 9



### **Lorenzo Edwards:**

Auch, me duele todo. Gruño, siento que estoy tragando arena.

—¡Loren! —Abro un poco los ojos. Susan... —¡Loren! ¡Soltadme!

Tengo que levantarme, tengo que salvarla como lo haría Scott.

\*\*\*

—¡Lorenzo! —Me zarandean. Consigo abrir bien los ojos. Ginger y Belce me miran preocupadas—. ¡Dios santo, qué susto!

—Susan —murmuro. Es lo único que me interesa—. ¿Dónde está?

—Se la llevaron.

¡¿Cómo?! Me siento de golpe y la cabeza me da mil vueltas. Me voy de costado y consigo apoyar la mano en la arena antes de caerme. ¿Y mi mochila? ¡Los víveres! Miro a todos lados y no está. El mapa, los diarios, ¡se lo han llevado todo!

—¡¿No hiciste nada?! —Me dirijo hacia Ginger y ella niega. ¡¿Cómo ha sido capaz?!—. Te creía de todo menos mala amiga.

—¡No fue por eso! ¡Esa gente va armada y estaba sola junto a Belce! ¡Querían matarnos, Loren!

Bufo. Sabía que querrían matarnos de tener el mapa, por eso no quise que Susan les diera nada en primer lugar. Si se la llevaron a ella es porque sabe ese idioma extraño de los símbolos y los animales gracias al padre raro que tenía, sin embargo, una vez logre descifrar todo, correrá con la misma suerte que casi nos toca.

—Tenemos que romper ese jodido mapa —digo con seguridad. Me levanto del suelo y, aunque me duele cada músculo del cuerpo, consigo enderezarme bien.

—Bien, pero ¿cómo lo haremos? Ellos tienen el mapa, saben adónde ir, nosotros estamos en blanco y varados en una playa.

Tengo que recordar. Fuerzo mi mente por Susan. Ella haría lo posible por nosotros y no vamos a dejarla de lado. Esa no es una opción. Además, mi vida sin ella sería tan extraña que no creo poder seguir después. Me cojo la cabeza con las dos manos. «Piensa Loren, por favor, piensa».

El mapa empieza a dibujarse con lentitud en mis ojos. Las pistas, los árboles, la cascada con forma de serpiente y..., un vórtice de agua debajo. Eso es, ¿y si el tesoro no se encontraba en la cueva sino debajo de las embravecidas aguas que escupía la colosal serpiente de piedra. Quizá los caminos que luego se dibujaban, estaban debajo del agua, no por encima. Uno de esos supuestos túneles llegaba hasta el lago Yanacocha. Quizá son galerías repletas de oro.

Pero ¿quién podría saber eso sin observar el mapa? A no ser que...

—¿Quién se llevó a Susan?

—La loca esa con sus matones.

—¿Solo ellos? —Ginger niega—. ¿Quién más?

—El loco que come excremento.

—¡Lo sabía! —Pateo una piedra—. ¡Sabía que no nos podíamos fiar de él desde que dijo que me había robado el mapa para verlo sin consentimiento!

Intento calmarme. Bajo presión, mi mente no trabaja como corresponde. Inhalo y exhalo varias veces. Miro a ambos lados de la pequeña playa rodeada por agua.

Observo la extensa masa de agua y arrugo la nariz. ¿Qué probabilidad hay de meterse en unas aguas tan turbias y que no te coma un bicho? Arrugo la nariz al escuchar un siseo y me alejo del agua. «¡Odio a los bichos! ¡No tengo mi insecticida!». Me empieza a picar todo y comienzo a rascarme.

—¿Me puedes decir qué vamos a hacer ahora? —pregunta Ginger.

—Pues... —Mis ojos se detienen en un tronco caído, lo bastante grande como para subirnos en él—. ¿Improvisar una barca?

Mi mente se reinicia y me quedo en blanco por un segundo. O quizá fue más de uno.

—¿Loren? —Ginger pasa una mano frente a mi rostro y reacciono—. No tenemos tu mochila, así que no hay cuchillo, cuerdas ni nada.

—Quizá podemos flotar sin necesidad de nada de eso.

Ginger mira hacia la misma dirección que yo. Suspira y asiente.

Arrastramos el tronco. Belce se sube y nos mira entusiasmada, moviendo la cola y caminando de un extremo al otro. Le damos impulso, nos subimos y... ¡Gualá! ¡Empieza a flotar!

Sonríó. Iba a cantar victoria demasiado pronto, cuando empieza a zarandearse y nos precipitamos con fuerza debido a las aguas que nos arrastran sin control.

—¡Mierda, esto va muy rápido! ¡Loren, reacciona!

En mi mente, ahora hay un mono tocando unos platillos chinos. ¡Míralo, qué mono! No sabría si elegir entre el mono de los platillos o el gatito de piedra, papel o tijera. Un, dos, tres. Ginger me abofetea.

—¡Eh! —Veo que nos caemos por unos rápidos y el tronco se va de costado—. ¡Aaah!

Gritamos los dos a la vez. Belce me muerde la camisa para no irse de costado y sujetarse, pero me pilla la piel de una teta. El grito que pego es suficiente para que los pájaros de unos árboles cercanos se vayan espantados. Son bonitos.

«¡Joder! ¡Loren, céntrate!».

—¡Vamos a morir! —se lamenta Ginger al ver mi pasividad.

Noto algo por la pierna. Algo alargado, resbaladizo. Miro hacia el costado. ¡Una serpiente! Levanto la pierna, los gritos que pego no tienen fin.

—¡Lorenzo! ¡¿Qué haces?! —regaña Ginger.

¡Volcamos! ¡Mierda, no! ¡La serpiente estaba por ahí! ¡¿Por qué salimos de la civilización?! ¡Con lo bonito que sería buscar un tesoro en un pueblo, con insecticidas! Belce flota y da vueltas como una peonza debido a la braveza del agua. Le pongo la canción que tenían las peonzas de lucecitas mientras la veo rodar. Una rama me golpea la cabeza y bufo. Mierda. Tomo a Belce y la subo primero al tronco. Empujo a Ginger tomándola de las caderas y la levanto para que tome asiento.

Me mira desde arriba con los ojos bien abiertos. ¿Qué pasa ahora?

—Si llega a ver Susan lo que acabas de hacer ahí, sí te la ganas —comenta. Arrugo la nariz. Siento algo que me roza de nuevo por las piernas y empiezo a gritar y patalear como un desquiciado—. Vale, ya no.

Intento subir al tronco, sin embargo, el agua me arrastra con más fuerza. Algo me golpea en el estómago y me hundo.

—¡Loren! —Escucho a Ginger cuando con dolor vuelvo a la superficie. Estira la mano para ayudarme. La intento coger, es imposible. La fuerza del agua me hunde una y otra vez. Me cuesta llenar de aire los pulmones.

Una ramificación saliente de uno de los costados del embravecido río le sirve a Ginger para enredar el bolso ahí y hacer un tope. El tronco frena de golpe y me veo arrastrado por la corriente hasta que consigo sostenerme de una pequeña obertura entre la madera.

—¡Loren, aguanta!

Gruño. Tengo que conseguirlo. Los ojos de Susan, su sonrisa, su olor, llegan a mi mente y cierro los ojos por un momento. Ella me necesita. No puedo dejarme vencer ahora. Abro los ojos y observo el tronco con seriedad. Vale Scott, poséeme. Gruño con fuerza y mis brazos se impulsan hacia delante, en contra de la corriente del agua. Aprieto el pectoral y me subo con la fuerza que posee mi cuerpo hasta que mi pecho descansa sobre el tronco. Los dedos me duelen, sangran, aun así, no me importa porque tengo que llegar con Susan.

—¡Bien, Loren! —anima Ginger.

El bolso cruje, ella se adelanta y toma a Belce. La impulsa y la lanza a la orilla. Belce cae bien, sin lastimarse. Se levanta y nos mira impaciente. Ginger engancha su bolso y salta después. Me levanto cómo puedo, no obstante, cuando voy a pasar, el bolso cede. ¡No, no! Salto sin mirar y caigo sobre las ramificaciones dándome de lleno en mis partes nobles.

—¡¡¡Aaah!!!

—Uy, caíste mal —comenta Ginger.

—No, justo en medio. ¡¡¡Aaah!!!

Doy vueltas por el suelo como un bicho bola, sujetándome el omelette que se ha formado entre mis piernas.

Después de quedarme estéril y de escupir por el golpe toda el agua que había tragado, retomamos el camino por tierra. Los mosquitos me rodean generándome pura ansiedad. Manoteo, me muevo de un lado a otro. «¿Por qué a ella no le van y todos me rodean a mí?!». A medida que nos adentramos en la selva hay más animales. Una oruga peluda se arruga en la rama de un árbol al verme. ¡Puaj! Me voy de espaldas contra otro árbol que está al lado. Miro a un costado y observo a otro bicho de ojos grandes y colores vivos. ¡No sé qué es, pero no me voy a quedar a averiguarlo!

Tropiezo con una rama y la cara se me llena de telarañas. ¡Qué asco por Dios! Jadeo angustiado y se me para una mariposa en medio de la nariz. Me pongo bizco. «Coño, ¡qué feas son las mariposas de cerca!».

—¡Quítamela, Ginger! ¡Quítamela! —Manoteo—. ¡Tiene una lengua extraña!

Cuando me doy cuenta, Ginger me mira aguantándose la risa. Belce muestra los dientes con descaro. Ella sí se ríe sin esconderlo. «¡Mala amiga!».

—Pasas de ser heroico a un nene de ciudad en un segundo —comenta entre risas—. Es como si a ratos fueras el Scott del libro y a otros solo Loren.

—Muy graciosa —la miro indignado—. Sigamos.

Paso por su lado intentando parecer orgulloso, pero se me para un bicho en la mejilla y me

abofeteo tan fuerte que me voy de costado. ¡Siento que me revolotea por el pelo y me lo sacudo!  
¡Por favor, que acabe esto ya!

Subimos por una montaña y desde las alturas, al despejarse de los altos árboles, divisamos un pueblo. Suspiro con alivio y observo a Ginger. Ella me sonríe y me toma la mano. Cargo a Belce y corremos con ánimos hasta allí. Al fin vemos una pequeña luz en el túnel de vegetación que llevamos horas divisando.

Llegamos y nos acercamos a unos puestos de comida. Por suerte, mi móvil es a prueba de agua. Palpo mis bolsillos y no lo siento. Mierda. Pronto caigo en cuenta de que al igual que todo lo demás estaba en mi mochila. Iba a pagar por la banca electrónica. Miro a Ginger, ella saca el móvil y veo cómo cae un chorro de agua del dispositivo. Bufo y lo lanza a la basura.

—Genial, estamos sin dinero —regaña. Nos rugen las tripas.

A situaciones desesperadas, soluciones desesperadas.

—A la de tres, corres —aviso a Ginger.

—¿Qué?

Tomo una bolsa de frutas y me la llevo.

—¡Tres! —Ginger salta y corre a mi lado. Belce toma una manzana y empieza a comer, aprovechando que va en mis brazos.

—¡Loren, te mato! —me regaña, aunque me sigue el paso.

—¡Ladrones! —grita el tendero, pero entre la gente y las calles nos perdemos hasta descansar en un callejón oscuro.

Me dejo caer en el suelo y muerdo una de las manzanas.

—Me siento como Aladín en la película de Disney —expreso. Ginger asiente y se sienta a mi lado, toma otra manzana y come.

—Nunca volveré a ver igual esa película —admite.

Varios pueblerinos pasan de largo hablando, y como buen cotilla y una persona que se distrae por cualquier cosa, mi atención se posa en ellos.

—¿Viste los tipos raros que vinieron hace un rato? —comenta uno.

—Sí, deben estar buscando el oro, como todos los turistas. Les deseo suerte —responde el otro.

Espera, ¿turistas?

—Loren, ¿me estás escuchando? —miro a Ginger.

—No. —Se queda con la boca abierta. Me levanto y voy raudo con los dos señores que conversan—. ¡Disculpen! —Me miran—. ¿Hablaron de unos turistas?

Me miran y por mi acento prosiguen.

—Eres gringo, ¿cierto? ¿Viniste con ellos? —pregunta uno de ellos.

—Sí —miento—. Me desvié del camino y no los encontré, ¿me pueden decir dónde están?

—Claro, joven. —Ginger y Belce vienen a mi lado y prestan atención—. Se encuentran descansando en el bar. —Señala un local—. Hoy hay espectáculo, seguro que lo pasan bien.

—Gracias —les agradezco y los señores se van.

—¿Tienes un plan? —pregunta Ginger, viendo hacia el bar.

—Dijeron que hay espectáculo, ¿no? —Ella asiente—. Pues vamos a darles un jodido espectáculo.

Vemos que los artistas entran por la puerta trasera del bar y por allí nos adentramos nosotros. Ginger, Belce y yo nos miramos a sabiendas de que toca actuar. Belce se mete en una de las habitaciones donde se encuentran las conservas, tira un bote y empieza a gritar como si se le

hubiera caído encima.

—¡Ay, Dios mío, nuestra mascota! —grita en exageración Ginger.

Los cantantes y músicos corren para auxiliar a Belce. La jugada nos sale redonda, pues la dueña del bar también se mete en el cuartito.

—¡Esto es una vergüenza! ¡Voy a demandar a todos! —exagero.

—¡No diga eso señor, podemos llamar al veterinario! —se disculpa la mujer—. ¡Fue un accidente!

Mientras están entretenidos con la discusión, Belce se levanta, camina hasta la puerta y se sale. En ese segundo, cierro la puerta y pongo el pestillo.

—¡Eh! —gritan desde dentro—. ¡Estáis locos!

—¡Lo sentimos, es por una urgencia! —me disculpo, aun cuando siguen gritando, es normal.

Ginger y yo nos ponemos en marcha. Buscamos entre disfraces y atrezos de las funciones para estar camuflados. Me pongo una máscara negra.

—Mira Loren. —Me muestra una diadema con unos cuernos de cabra—. Tendría gracia que te pusieras eso.

Quizá de ese modo, Susan me reconocería. Sonrío y me lo pongo en la cabeza. Me escondo detrás de un telón para cambiarme de ropa, aprovechando que hay ropajes gastados para las funciones. Ginger se disfraza de hada, porque es el disfraz que más color fucsia tiene. Belce se convierte en *Chucky*, el muñeco diabólico. Para como la describe Susan, le viene genial.

En los altavoces suena el instrumental de la canción de Morat *Causa perdida*. Ese grupo nos une, yo lo sé. Tomo el micrófono y empiezo a cantar. Susan ha sido la primera en darse la vuelta. Se encuentra entre dos matones, en una de las mesas, mientras los demás toman bebidas alcohólicas y observan los diarios de su padre. Entre ellos, está el traicionero del escarabajo pelotero. Así le voy a llamar por su manía de comer mierda.

—*Por fin te encuentro y tú ya no te escondes, sé que no fue un error* —entono. Susan dibuja una sonrisa en sus labios, casi automática—. *Ya no tendré que adivinar tú nombre ni imaginar tú voz. Mi intención no es asustarte por mirarte más de lo normal, pero debo apresurarme porque tú te vas.*

Susan intenta borrar la sonrisa para disimular. Sus ojos se ven brillosos y se muerde el labio inferior sin quitarme la vista de encima. Miro hacia Ginger y Belce. Ellas cierran la entrada del local y con disimulo, trancan las ventanas.

—*Y no me voy a perdonar, si conocerte fue una causa perdida* —sigo, fijando mis ojos en Susan. Ella lo nota y el sonrojo en sus mejillas solo la hace verse más atractiva—. *Y si no te vuelvo a encontrar será por mala suerte no por cobardía. Tú me lograste enamorar y, aunque podría negarlo una y mil veces yo no me voy a perdonar si por nunca admitirlo tú desapareces.*

¿Se estará dando cuenta de que cada vez que canto le cuento todo lo que siento por ella?

Cantando bajo del escenario. Le extiendo la mano a Susan para que venga conmigo. Los matones están en guardia, pero son tan imbéciles que dejan que me tome la mano. Un escalofrío que experimenté más veces, solo cerca de ella, me recorre toda la columna vertebral. Amo a esta mujer. Cada curva de su cuerpo, cada manía y virtud de su forma de ser. Es perfecta.

La subo al escenario y le doy una vuelta acercándola hacia mí, ahora mirándola fijo a los ojos, a pesar de que hacerlo, me cuesta bastante.

—*Terminaré lo que empezó la suerte y escribiré un final, donde yo no me paralizo al verte, donde tú no te vas* —sigo. Susan se lame los labios y entreabre la boca. Por un momento la letra de la canción se me olvida. Quiero besarla. Deseo, necesito besarla.

El temor por pensar que no volvería a verla me azotó fuerte hasta que entré al bar. Hasta que la vi sentada. Ahora, que la tengo cerca, que sus mejillas se sonrojan por mí y sus labios me piden tanto ser probados, no puedo. Simplemente no me puedo contener más.

Dejo caer el micro al suelo. Sostengo su nuca con fuerza y mis dedos se enredan por su pelo. Ella se contrae y se estremece al roce de mi piel. Posa las manos en mi pecho, aunque no hace fuerza. No me detiene, no me aparta. Se entrega a mí y nuestros labios chocan. Se envuelven, se mojan con la saliva de ambos. Jadeo. No puede ser que la esté besando. Tantos años que soñé con esto y ahora, es real. Nuestras lenguas danzan y se envuelven en un frenesí automático. Le arranco un quejido que suena a melodía victoriosa en mis oídos. La saliva le cae por la comisura de los labios y le acaricio para limpiarle y poder beber de ella todo lo que me pueda dar sin que nada se pierda. Porque el deseo y el amor se mezclan en este beso apasionado y único, mas, espero que no el último. Los cuchicheos de los matones no nos separan.

—Loren —susurra entre mis labios.

—Susan... —murmuro en su boca. Los aspersores antiincendios se encienden y el agua nos cae de lleno. Esto es parte del plan, no obstante, ahora mismo, solo pienso en ella—. En la cueva, quise decirte muchas cosas y yo no pude.

Detiene el dedo índice en mis labios.

—No hace falta —asegura y sonríe—. Con ese beso ya has dicho más que suficiente.

No puedo ocultar la sonrisa de estúpido que nace en mis labios, dibujada por mi corazón que alocado palpita hasta sentirse en mi garganta y aviva las feas mariposas de mi estómago. Vuelvo a besarla. Solo para cerciorarme de que es real. Sus labios empapados se deslizan por los míos y la piel se me eriza. Sí, esto no puede ser más real. Jadeo, observo que ella igual intenta recobrar el aliento.

Uno de los matones se detiene detrás de ella. La muevo rápido y le doy tal patada que lo lanzo fuera del escenario. ¡A ella ya no la van a tocar! ¡Antes me matan! Miro hacia Susan. Ella me mira con la boca abierta. El Scott falso sube al escenario. No puedo evitar sonreír. ¡Qué ganas le traigo!

Levanto la mano derecha y le indico con el dedo que se acerque.

—¿De veras vas a hacer esto más difícil? —dice—. Sabemos que solo eres un modelo, no sabes pelear. No hagas el ridículo.

La sonrisa inducida por la rabia se me agranda y el primer puñetazo le va a la boca. Da unos pasos hacia atrás y se agarra del labio. Observa la sangre en su mano y gruñe.

—Te llevaste a mi chica —hablo con la voz rasgada en odio.

—Ya veo. —Se lame la sangre y sonríe con molestia.

Me pateo las piernas, pero antes de caer lo sostengo de la camisa y caemos los dos del escenario.

—¡Loren! —Susan grita asustada, sin embargo, pronto se ve ocupada cuando la loca de la banda rival la intenta inmovilizar. Susan le da un cabezazo y terminan agarradas de los pelos—. ¡Déjame en paz, tía loca!

Doy vueltas por el suelo con el comemierda y los golpes que le atino son suficientes para dejarlo mareado.

—¡Dale con la silla, con la silla! —anima Ginger. Cuando él se levanta e intenta golpearme las costillas de una patada, tomo una silla y se la estampo—. ¡Sí!

Ginger dando bolsazos se queda sola. Belce salta y le muerde a uno sus partes nobles. ¡Auch! Me lo imagino, y el dolor me llega hasta el conocimiento.

—¡¡¡Mamá!!! —grita el hombre y empieza a correr de un lado a otro con Belce colgando de las campanas. ¡Tolón, tolón! Me empiezo a reír como un idiota.

Me descuido un momento y el escarabajo pelotero saca un arma. Me apunta. Subo encima de una mesa y me resbalo. La levanto de costado en el momento que me empieza a disparar y evito que me lleguen las balas. ¡Mierda! Tomo la mesa y se la lanzo. Se tambalea un poco. Le tomo la mano y con el codo lo golpeo en el rostro. Lo escucho gritar y ya no me importa. Con la rodilla le asesto un golpe en el estómago y cuando lo tengo arrodillado, le crujo la mano y le quito el arma.

Lo apunto y miro a Ginger.

—¡Ahora! —indico.

Ella corre y enciende la máquina de humo junto a otro que lanza confeti desde el cielo. Cuando la visibilidad ya es difícil, tomamos dos extintores. Corro y subo al escenario, así alejo a la loca de Susan justo cuando ha sacado una navaja. Le meto la espuma del extintor en la boca. ¡Espero que le salga por la boca!

Ginger y yo empezamos a llenarlo todo de espuma hasta que la visibilidad es nula. Con la espuma y el agua, el suelo se desliza tanto que hasta yo me resbalo. Belce llega con nosotros derrapando. Cuando las sirenas de la policía del pueblo se escuchan desde fuera, nos apresuramos a salir por la puerta trasera del bar.

Entre risas de victoria mis dedos se entrelazan con los de Susan. Corremos marchándonos de allí para que no nos culpen. Levanto la mano libre y Ginger salta chocándola.

—¡Somos un buen equipo! —admito, aunque me fastidie.

—Así es, señor Scott —bromea Ginger.

—Primera vez que estoy de acuerdo con usted, señorita Davy —le sigo el juego.

Susan se ríe a carcajadas y abraza a Ginger por el cuello sin soltar mi mano.

—Creí que no volvería a veros —dice—. Aunque sois demasiado molestos para desaparecer con tanta facilidad.

—Me ofendes. —Hago puchero—. Ni imaginas cómo salimos de ese trozo de arena fuera de la cueva.

Ginger nos mira. Primero a mí, luego a Susan, levanta las cejas y las baja varias veces.

—Vi el beso —espeta. Susan agacha la mirada y sus mejillas parecen arder—. Bueno, los besos, en plural.

—Bueno, calla. —Saco el mapa del bolsillo de mi chaqueta para cambiar de conversación.

—¿Lo conseguiste?! —Se sorprende Susan y hasta Ginger abre la boca con sorpresa.

—Soy Scott, el verdadero, no el comecaca —arqueo una ceja—. Sé muy bien qué hacer.

Señalo a Belce, ella lleva puesta la mochila en el lomo. Se la quito y la cargo yo para que no tenga mucho peso.

Me percató de que Belce lleva algo en la boca. Entrecierro los ojos.

—¿Qué lleva? —pregunta Susan. Me encojo de hombros. Ella se agacha y toma a Belce de las patas delanteras—. ¿Qué tienes en la boca, Belce?

La señora Belce abre la boca y... «¡Dios santo! ¡Es un huevo humano!».

—¡¡¡Ah!!! —Susan se aleja y a Belce también—. ¡Está endemoniada de verdad! ¡Loren, tu cabra capó un hombre!

—Al menos era malvado —la intento encubrir, aunque hasta a mí me ha dado cosa.

—¡No la excuses! —gritan Susan y Ginger a la vez.

Fuerzo una sonrisa. Miro a la señora Belce y ahora hace carita de borreguito bueno, para

observarme y dar lastima. Echa las orejas hacia atrás y pestañea coqueta. Siempre me mete en problemas, pero ¿cómo puedo cabrearme si luego me mira así? Está pequeña, hay que cuidarla. Sonrío y sigo el camino. Escucho cómo Susan y Ginger bufan por mi pasotismo. Con lo bien que uno vive sin amargarse porque su mascota cape a alguien.

## Capítulo 10



Todavía no me creo que Loren me haya besado. No entiendo qué pasó, si fue por la situación de estrés, el miedo a perderme o porque en realidad siente algo por mí. Ese beso me catapultó a la Luna. No tengo dudas de lo que siento por él, cualquier mujer podría enamorarse de alguien como él. No solo porque en lo físico sea un bombón de la mejor tableta de chocolate del mundo. Joder... Qué hambre. Sino también porque su forma de ser es única.

Nuestras manos se entrelazan y él me mira de reajo, dibuja una sensual sonrisa que me desarma. «¡Listo, dispárame! Ya me mataste de sensualidad». Ahogo una risa entre mis dientes y suspiro.

Lastimosamente miro a la cabra castra humanos y me tenso. Me mira de reajo. Pasa una pata a sus ojos y con la pezuña me señala. «¿Me está amenazando una cabra?!».

—Loren —murmuro y lo zarandeo de la camisa—. Loren, tu cabra me amenazó. —Me mira con más odio y me muestra los dientes. Se pasa la pata por el cuello refiriéndose a que me lo va a cortar—. ¡Loren!

—Es solo una cabra, Susan —regaña Ginger—. A ver si vas a terminar igual de trastornada que Loren.

—¡Mejor no hables mucho! —regaña Loren. Toma a Belce en brazos y le suelto la mano. ¡No quiero estar cerca de ese animal!—. Mira, ella es buena, ¿verdad, Belce? —Cambia la voz y pone una más fina—. ¡Verdad! ¡Te quiero, Susan!

La cabra lo mira con rencor, yo no sé ni cómo mirarlo, pero se me desencaja la mandíbula y por poco me entra una mosca en la boca y me la trago.

Seguimos el camino. Tengo mil cosas en la mente y en el estómago. La cara me arde cada vez que pienso que la lengua de Loren rozó la mía con tanto descaro. Lo miro de reajo. Parece ser un chico tierno, callado, sin embargo, con sus acciones me demuestra todo lo contrario en el ámbito amoroso. Pero bueno, ni siquiera sé si para él fue algo serio o solo un arrebato momentáneo. Tengo que dejar de comerme la cabeza. O quizá no.

Nos detenemos en una explanada cuando la noche está cayendo.

—Loren, tenemos que hablar —suelto sin pensar. Él me mira y asiente.

—Yo, bueno —Ginger habla y se toca la nuca—. Iré a cazar algo para cenar algo, no podemos pasar solo con barritas de Muesli.

Ginger se va. Loren me mira y levanta las cejas esperando que hable primero, mas, como siempre me quedo sin palabras. Este hombre me pone muy nerviosa.

Como no reacciono se distrae y se pone a hacer fuego antes de que la noche caiga. Suspiro hondo y mira sobre su hombro para ojearme. Sin embargo, no dice nada y yo tengo tanto miedo de que me diga que fue un simple momento puntual, que se me encoge el pecho y no consigo atreverme a decir nada.

—Susan, ¿me traes la leña? —pregunta y señala unos palos que ha recogido. Asiento y aprieto los labios. Los tomo y me acerco para dejarlos a su lado. Me agacho y siento que sus labios se pegan contra los míos de nuevo, breve, aunque de una manera en la que sostiene con facilidad mi labio inferior—. Gracias, Koala.

Pierdo el equilibrio y me voy de culo a su lado. Joder... Espera. Frunzo el ceño. ¡Si me llama así de nuevo le doy con un palo en la cabeza! Me mira de reojo y sonrío de vuelta. Se centra en avivar el fuego, aunque no quita la sonrisa de sus labios.

Ese beso quiere decir, ¿que no fue algo puntual?

—Entonces, ¿me quieres? —pregunto.

—¿Tú te quieres? —¡Y dale con esa pregunta! Me escucha bufar y su sonrisa se vuelve más plena. Como le gusta fastidiarme—. La respuesta es fácil.

—Para mí, no —confieso—. Para mí es muy difícil quererme tal y como soy, Loren, ¡Mírame! —Me señalo y él me observa, acomodándose a mi lado—. ¡¿Me ves cómo las mujeres a las que frecuentas con normalidad?!

—No.

—¡¿Ves?! Incluso la mujer de tu amigo es...

—Por eso para mí eres tan especial —me interrumpe.

Me quedo con la palabra en la boca y el corazón en la garganta. Me arden las mejillas. No puede ser que me vea especial.

—Loren, no juegues conmigo, por favor —ruego y de mis ojos se derraman lágrimas de desesperación. Me paso las manos por los brazos y siento la carne que me sobra y que no encaja, no solo en la ropa de casi todas las tiendas, sino también en mi mente. Suspiro y niego con la cabeza. Observo a Loren como lo he estado haciendo desde que lo conozco. Su cuerpo, sus labios, su mirada, que preocupada, ahora me observa y dibuja dudas sobre mi piel. Me ojea entera y arruga la nariz con incertidumbre, una que no entiende por qué me odio tanto.

Desde pequeña intenté reducir para encajar en un mundo en el que la gordura es motivo de malestar físico, provocando que al final, ese malestar, más que físico fuese psicológico. Siempre fui la villana de los cuentos de hadas, la gordita invisible y mi mente no acepta la idea de que Loren, en realidad, esté enamorado de mí. Quizá lo eclipsa el sentimiento de admiración que tiene por mí, debe ser eso.

Suspira y con caricias limpia mis mejillas empapadas.

—No estoy jugando —me dice con una voz que suena tan sincera como se ve su mirada clara en la que me reflejo con cariño—. Cuando digo que debes quererte, no me refiero a que debes desvestirte frente a otros y no sentirte diminuta. Me refiero a que puedas aceptar, querer y admirar cada parte de tu cuerpo, cada virtud y defecto junto a la persona correcta, sin sentir que apareciste por arte de magia, siendo un cervatillo en medio de un coto de caza. Que puedas hablar de tus temores y heridas con alguien sin sentir que vuelven a sangrar o que vuelves a ser una niña asustada que observa debajo de la cama cada noche por si algo se esconde para atacarla. Que tus palabras, mientras cuentes todo, no se sientan como tiras de dolor que vuelvan a abrir tus cicatrices. Que no dejes de tener tu esencia, de ser tú, cuando te sientas desnuda. Y no te hablo de quitarte la ropa.

No me pueden arder más las mejillas. No quiero, necesito besarlo. Me muerdo el labio inferior sin darme cuenta. Cuando me percató lo suelto y termino moviéndome en el suelo. Apoyo la mano en la tierra y me inclino sobre él. Sí, ¡Lo voy a besar! ¡Voy a tener el valor de hacerlo!

Cierro los ojos y me acerco a su boca. Sin embargo, siento más pelo de la barba de días que lleva. Abro los ojos y veo el muslo de la cabra que se ha puesto entre los dos. ¡Puaj! Me retiro y empiezo a escupir. Me friego la boca.

«¡Un poco más y le beso el culo a Belce!».

Loren se empieza a reír y le tiro musgo del suelo a la cabeza.

—¡Estúpido!

—Fue gracioso y pusiste una cara muy rara.

—¿Cuál cara rara?!

—Así. —Saca los labios y arruga la nariz pareciendo un pescado.

—¡Eso es mentira!

Me cruzo de brazos indignada. ¡Pues ya no intento más besarlo! Inflo las mejillas y suspiro retirándole la mirada. ¡Con lo que me cuesta y encima se burla!

—Anda ven, Koala. —Alarga el brazo hacia mí.

—¡Qué no me llames así!

Resoplo, aun así, acepto su invitación y me dejo abrazar. Apoyo la cabeza en su pecho y observo el fuego. Él me aprieta y me acaricia el brazo con suavidad. Debo estar soñando. Sí, esto es un sueño y por eso es tan perfecto.

—¡Chicos! —nos llama Ginger y damos la vuelta en el suelo para verla. Trae un palo con ranas. «¡Ranas!».

Mi cara de asco se ve reflejada en la de Loren cuando nos miramos intentando no vomitar en un segundo—. No pongáis esa cara. Había conejitos, pero me daban pena. Las ranas también, aun así, algo tenemos que comer. —Loren y yo levantamos la nariz con una mueca de asco y la observamos—. Las ancas de rana son caras.

—Eso es cierto —murmura Loren.

Me encojo de hombros. Habrá que probarlas, no tenemos de otra.

El sabor no es tan desagradable, no obstante, entre mis pupilas siento toques agrios muy extraños. Intento no pensar mucho en lo que me estoy metiendo en la boca. En estos momentos recuerdo lo que se comía el loco traicionero y se me pasa la angustia. Al menos no son gusanos.

Ginger suelta el palo con el que se comía su rana y de repente, se queda con la mirada fija en el fuego. Me quedo con la boca abierta mirándola mientras hace caras raras. Pasa de sonreír a abrir los ojos al máximo como con susto. Señala el fuego y empieza a reírse a carcajadas.

—¿Qué te pasa? —pregunto con miedo y levanto la mano. La observo como a cámara lenta. «¿Por qué la mano me va a cámara lenta?».

—¡El fuego me hace caras raras! —grita Ginger y se empieza a golpear la cara con el palo. ¿Qué?—. ¡Un palo, un palo, un palo!

Loren se cae de espaldas y empieza a dar vueltas como si fuera una pelota. Algo raro está pasando. Se me va la cabeza. Intento levantarme y todo me da vueltas. Me estoy metiendo los dedos por la nariz y creo que me toco el cerebro.

«¿¿Cómo es que me toco el cerebro?!». Miro a Belce. ¡La cabra tiene dos cabezas! «¡Se volvió una diosa hindú! ¡Tenemos que adorarla!».

Me arrodillo frente a ella y alargo los brazos alabándola.

—¡Oh, señora Belce, no nos mate!

—¡Beee! —me dice. ¡No me va a matar!

Veo correr a Loren frente a la cabra. Va desnudo. Por completo desnu... Me quedo con la boca abierta como en Babia mirándolo.

—¡Puedo volar! —Salta y se estampa contra un árbol. Cae de espaldas noqueado. Intento usar la coherencia y me arrastro hasta los restos de las ranas que quedan en el suelo. Tienen colores muy llamativos y observo como de la piel les sale una sustancia extraña. ¡Estos bichos nos están haciendo alucinar!

Tengo la boca seca, pero noto que me están golpeando la nariz. Bufo y me muevo un poco. Me duele la espalda. Intento palpar el suelo, no obstante, mis manos..., ¿vuelan? Abro los ojos de golpe. ¡Un pájaro me está picando la cara! Veo el cielo y pocas ramas. Observo hacia abajo, «¿qué hago encima de la rama de un árbol?! ¿Cómo bajo ahora de aquí?! ¡Malditas ranas!».

—Lo... ¿Loren? —tartamudeo del nervio. Me duele horrible la cabeza. ¡Necesito que me ayude a bajar! ¡No me gustan las alturas!

Se me resbala la mano y el cuerpo va detrás como una bola de bolos que se desliza. ¡Me quedo colgando de la rama y el pájaro de los cojones me empieza a picar las manos! ¡Maldito pájaro!

—¿A ti quién te contrató de sicario?! ¡¿Fue Belce?! —La escucho chillar desde aquí—. ¡Eso, confiesa cabra endemoniada!

El piar de unos pájaros pequeños me advierte de un nido cercano. Debe estar defendiendo a sus polluelos.

¡Caigo! Mi grito espanta a todos los pájaros vecinos a ese árbol. Choco con Loren que está en la rama de abajo y... ¡Sigue desnudo! Intento alejar el cuerpo de su pecho desnudo y apoyo las manos, me da más vergüenza, las alejo y quedo sentada sobre él. ¡Espero que lo que estoy sintiendo en mi muslo sea una ramificación del árbol!

—Mmm... —murmura Loren. Abre los ojos despacio y me ve sobre él—. ¿Qué pasó? Y si es lo que creo, ¿qué haces con ropa?

—¿Qué dices?! —¡Me va a dar un soponcio! Lo zarandeo—. ¡Despéjate! ¡Mira dónde estamos!

—Contigo encima, en el paraíso.

¡Aún le duran los efectos alucinógenos!

—¡Lorenzo!

La rama cede y nos precipitamos al vacío. Grito, me agarro a él y cuando reacciona, lo escucho gritar también y noto como me abraza con espanto. Por suerte el golpe lo amortiguan unos matorrales. Me quedo encima de Loren, él se queja, yo me doy cuenta de que lo que notaba no era una ramificación. ¡Dios santo bendito! Me aparto corriendo y tropiezo. Tomo la ropa de Loren que va desperdigada por el suelo y se la doy, mirando a otro lado.

—¿Qué hacíamos encima de un árbol? —pregunta, confuso—. ¿Me desnudaste tú?

—¿Yo qué demonios voy a desnudarte?! ¡Vístete!

La sorpresa no acaba en mí cuando veo a Ginger dentro de una cabaña a la perfección hecha de pequeños palos. ¿Cómo ha hecho eso? En la entrada tiene un palo adrede para colgar su bolso. Belce nos mira aterrada. Lo que habrá tenido que ver anoche el pobre animal. Hasta tiembla traumatizada.

—Vi a Loren desnudo —balbucea Ginger, despertando con evidente resaca—. Y recordé por qué soy lesbiana.

—¡No te pases! —regaña Loren.

Cuando ya nos encontramos despejados y Loren vestido, nos detenemos un segundo a recoger las cosas. Él toma el mapa y vuelve a calentarlo. A pesar del chapuzón en la cueva, se

sigue viendo. Lo analiza y arruga la nariz. Lo envuelve y lo levanta sobre el fuego. ¿Pretende soltarlo?!

—¡Espera! —le grito y levanto la mano—. ¿Qué vas a hacer?

—Es lo mejor —contesta.

—No sabemos si te vas a acordar, Loren. —Intento no herir sus sentimientos, sin embargo, así como se había olvidado puede volver a suceder. No podemos ignorar su condición—. Creo que es prudente quedárnoslo.

—¿Acaso no confías en mí? —debate. Aprieto los labios—. Si seguimos teniendo el mapa, lo van a venir a buscar y si sobramos, nos van a aniquilar fácil. Te digo que recuerdo todo el mapa.

—¿Estás segura? —pregunto. Asiente. Estoy insegura. Arrugo la nariz. Loren nota que titubeo y niega con la cabeza. Frustrado deja caer el mapa a un lado y carga la mochila. Siento su dolor en los ojos cuando retoma la marcha. Belce me mira con enfado y lo sigue. Cierro los ojos por un momento, pensando. Si hemos llegado hasta aquí fue gracias a Loren. Y, si hay una persona en el mundo en la que más confíe, es él.

Tomo el mapa y lo lanzo al fuego. El sonido lo hace voltear. La sonrisa de Loren me da la paz que necesitaba. Ginger me da un golpecito en el hombro y asiente de acuerdo con la decisión. Suspiro hondo y retomo el camino con ellos. Mi mirada se entrelaza con la de Loren igual que nuestros dedos. Sé que, con él, puedo estar segura.

\*\*\*

—Mi teoría es que observamos mal el mapa —cuenta Loren mientras vamos de camino—. Puede que los caminos fueran bajo tierra, justo desde el lago.

—¿Y el pasadizo al que acudimos? —pregunto.

—Pues, puede que fuera para conseguir solo esa figura extraña. Para que no la consiguiéramos, una trampa casi acuchilla a Ginger —recuerda. Tiene razón.

—Debe ser muy importante para poner tantas trampas —comento. Él asiente.

Llegamos al lago Yanacocha justo a tiempo para que mis pulmones consigan recobrar el aliento. Me siento en el suelo y bufo. Estoy agotada, todo es cuesta arriba y, además, entre matorrales, piedras y animales que, por sus colores, más que alucinar como nos hicieron las ranas, nos hubieran matado si llegan a querer.

—No creo que sea justo en el lago —dice Ginger. Suspira y se agacha tocando el agua—. Si fuera en un punto tan concreto, ¿no creéis que lo hubieran encontrado ya?

Tiene lógica, el sitio es extenso, pero a pesar de las veces que han venido a intentar encontrarlo, aparte de que la gente no regresó, no se encontró nada.

—Quizá no fue encontrado porque antes de regresar se los han cargado —suelta Loren, en su línea, sin tacto.

—¿Cómo que se los han cargado? —Ginger palidece—. ¡Eso yo no lo sabía!

—¡Beee! —chica Belce para decirnos que ella tampoco estaba enterada.

Después todo, son solo gritos de Ginger y Belce imaginándose con el cuello cortado.

—¡Yo no quiero ser un vaso de oro en el que tome la loca esa que nos persigue! —se alarga Ginger. Belce le sigue y miro que se hace caca a un costado. Tiene los ojos más abiertos de lo habitual.

Suspiro hondo y observo a Loren de reojo. Le recrimino con la mirada que sea el causante de

esta histeria colectiva. Él se encoge de hombros.

—Nadie va a morir —intento calmarlas—. El hecho de que digan que el tesoro tiene una maldición es solo un mito.

—¿Cómo que una maldición?! —se ponen a gritar más.

«Mierda».

—Esta vez no metí la pata yo —balbucea Loren cerca de mi oreja.

Lo miro de reojo y frunzo el ceño. Cuando quiere me saca de los nervios.

—A ver, Ginger tiene razón —hablo elevando la voz para cambiar de conversación y que el miedo no se instale más en Ginger y Belce. Me levanto del suelo—. Quizá sea bajo tierra, como Loren intuye, pero se acceda por otro lado.

—¿Cómo túneles que se abran paso por las rocas del lago? —pregunta Loren. Asiento.

Belce se pone a pastar y en un momento, se detiene, corre hacia su dueño y le tira del pantalón con la boca. Arqueo una ceja ante esa actitud.

—¿Qué ocurre, Belce? —le pregunta Loren. Ella le responde como si le fuera a entender. Él la sigue y mi mente hace cortocircuito.

«¿Será que Loren sabe hablar cabrito?».

—El hombre que susurraba a las cabras —bromea Ginger. La miro y hago una mueca. Tengo dudas de si eso es verdad.

Belce se sienta, Loren se agacha y retira el musgo del suelo. Arrugo la nariz cuando veo una piedra, a la perfección, cortada como un cuadrado.

—Susan, tú que estás traumada con esa canción de cuna rara que te cantaba tu padre, ven —pide Loren. Entrecierro los ojos mirándolo. ¡No estoy traumatizada!

—¿Qué pasa con la canción de cuna que le cantaba su padre? —cuestiona Ginger. Bufo y me acerco donde está Loren. En efecto, hay algo escrito en ese lenguaje. Tomo los diarios como guía y empiezo a descifrarlo.

—Le cantaba en una lengua muerta. —Loren dramatiza y se pone las dos manos en el pecho.

—¡No! —grita Ginger.

—¡Así es! —Vuelve a exagerar Loren. Me da unos golpecitos en la cabeza como un cachorro. Lo miro de reojo. A que le muerdo—. Pobrecita, hay que cuidarla.

—¡Ahora entiendo por qué es tan rarita! —conviene Ginger y se agacha mirándome con pena—. Animalito...

—¡Qué no estoy traumada! —grito y los dos se miran. Luego me vuelven a observar con la lástima en los ojos. Resoplo, harta. Estos dos no están bien y me arrastran a la locura. Miro de reojo a Loren. «Más este».

Me mira, sonrío y se me quita el enojo. No, Susan, no puedes ser tan blanda con él. Suspiro y me centro en el mensaje que se encuentra en el suelo. Es una especie de acertijo.

—Sobre la roca que esconde el árbol, te deslizarás como un lagarto —interpreto.

Los miro. Ambos hacen cara de asco. Belce tiene una arcada y tose.

—Eso suena asqueroso —confiesa Loren—. Si tengo que parecerme a una serpiente arrastrándome, prefiero que sea sobre una cama.

Arrugo la nariz de forma automática. ¿En qué está pensando ahora?

—Suficiente, víbora soy cuando quiero. —Se carcajea Ginger—. Pero sí, ese acertijo suena muy mal.

—Suene mal o no, es la única pista que tenemos por el momento —les aclaro. Asienten cuando me notan seria.

Observo el sitio. Cada recoveco, intentando atisbar el lugar que dice el escrito. Debe estar cerca, de lo contrario pondría algo más.

Entre árboles que parecen ser todos iguales, observo uno que yace a una esquina del lago, donde el agua no cubre mucho. Cae sobre la montaña, y crece sobre su tronco una enredadera que abraza la tierra y las piedras tras de sí.

¿Será ahí? Me meto al agua y corro hacia la enredadera. Sobre la pared que crece el árbol junto a la enredadera, hay piedra. No es barro. Quito algunas ramas. Parece consistente, no veo ningún recoveco.

—Encima... —Miro hacia arriba. Quizá esté elevado. Me volteo hacia Loren—. ¡Loren, ven!

—A sus órdenes, Koala. —Bufo. Ya no me esfuerzo en decirle que no me llame así. Entra al agua. Ginger y Belce también.

—Desde que casi nos asfixiamos, odio el agua —confiesa Ginger.

Suspiro. Recuerdo aquel momento angustiante y cómo por poco me morí ahogada. La tráquea se me cierra y me obligo a tragar saliva. Es mejor no desbloquear un nuevo miedo, suficiente con no tolerar las alturas.

—Loren, ¿me podrías subir en brazos? —Señalo la pared. Mierda. Me miro y recuerdo cuánto es que peso. Aprieto los labios y niego con la cabeza—. Digo, ¿podrías subir a Ginger?

—¿A mí por qué si la que sabe de lenguas momias eres tú? —regaña.

—Lenguas muertas, ¿cómo que momias? —le debato y ella se cruza de brazos—. Tienes que subir tú.

Miro a Loren. Él me observa tan serio que se me corta el aire. «¿Qué pasa?». Me toma de la cintura, me acerca hacia él y nuestros cuerpos se pegan. Ahora sí que me quita el aire de una. Sus dedos me acarician la mejilla y colocan un mechón de pelo detrás de mi oreja. «¿Dónde estoy? ¿Cómo se respira? ¿De qué color es el mundo que me rodea?». Porque en este preciso instante, solo existe el azul de sus ojos.

—Chicos, relájense, que estoy delante. —Miro a Ginger. Ella sonríe y Belce se cubre la cara con una hoja grande que sostiene con la boca.

Loren me toma del mentón y con un movimiento brusco me obliga a mirarlo a los ojos. Mierda, así no ayuda a que me tranquilice y pueda volver a la normalidad.

—Deja de menospreciarte de una vez. —Su voz suena demandante. Me acaricia el labio inferior con el dedo gordo y lo mueve con delirio. Se me escapa un jadeo.

No puedo reaccionar antes de verme sujeta por él. ¡Me ha tomado en brazos! Me eleva del suelo con una facilidad que me sorprende. Apoyo las manos en sus hombros y miro hacia abajo, temiendo por sus lumbares. Él me observa con tranquilidad. No parece que le cueste. Me eleva un poco más. Voy a ignorar el hecho de que tiene los brazos alrededor de mi trasero. Tengo que hacer como que no lo noto porque si no, aquí no se concentra nadie.

Aparto las ramas. En la piedra hay dibujado algo nuevo. Es la silueta de un animal. Una especie de serpiente con alas incorporadas. A su lado, existen tres oberturas llenas de telarañas por el tiempo que no se usan. Sobre estas, la palabra «tiempo» reposa en el mismo dialecto y un sol brillante a su lado.

El tiempo y el sol. Tiene que estar relacionados. Observo a Loren por si se le está cargando la espalda, mas, él sigue normal. Bien. Miro hacia los árboles. El sol brilla fuerte entre ellos, pero no pasa nada de luz porque los cubren. Achico los ojos y me aparto. De entre las ramificaciones, solo un punto de luz del sol llega a la piedra, marcando una de las oberturas. ¿Será eso?

Metó el dedo sin pensar, sin antes observar si hay algún animal peligroso viviendo allí. Noto

una especie de botón y lo presiono. Algo cruje. El vibrar de la montaña consigue que Loren se desestabilice y me baja de sus brazos con cuidado, quedo tan pegada a él que vuelvo a quedar sin aire. Sin embargo, nuestra cercanía no es lo que nos tensa, sino el crujido que se siente cerca de nosotros después.

Una obertura comienza a expandirse entre la piedra, convirtiéndose en una cueva. El agua nos arrastra.

—¡No, otra vez no! —exclama Ginger.

Loren me aferra a él de forma enérgica, y toma en brazos a Belce. Aunque intentamos por todos los medios no deslizarnos hacia el interior de la cueva, la naturaleza es poderosa y pronto nos arrastra a las entrañas de lo desconocido.

## Capítulo 11



Vamos a la deriva entre los pasadizos en las entrañas de la montaña como si fueran toboganes. El agua nos azota y nos desliza por las paredes resbaladizas y rocosas. Al fondo del pasillo, entre la oscuridad, se puede divisar un poco de luz que ilumina lo suficiente para vernos.

Ginger grita, yo también. En un momento nos abrazamos con pánico.

—¡Bien! —grita Loren. Lo miramos y pasa por nuestro lado. Levanta los brazos—. ¡Esto es mejor que un parque de atracciones! —Nos mira con una sonrisa radiante—. ¡Levanten los brazos!

—¿Cómo demonios voy a levantar los brazos?! ¡Si estoy que me desmayo! —le grito a pleno pulmón.

Él se encoge de hombros y sigue como si estuviéramos en la montaña rusa.

Cuando la luz que nos alumbraba se hace más grande, nos vemos propulsados por una cascada que nos lanza a un pequeño lago envuelto por la naturaleza. Agarro aire y me hundo por la presión del agua. Entre remolinos y sacudidas imposibles, consigo salir a flote. Observo a Loren. Trae cargada a Belce en la cabeza. Ginger se cuelga el bolso del cuello y, con aire lo usa de flotador. Si los diarios de mi padre ya estaban en mal estado por la última vez que se vieron empapados, ahora lo estarán todavía más.

Nadamos hasta la orilla y compruebo que las emborronadas letras de los diarios, ahora solo son páginas de tinta corrida que es imposible de leer, incluso para mí. Los saco todos de la mochila de Loren y los dejo en el suelo. Las hojas se les pegan y desprenden. Después de haberse secado y mojado de nuevo no hay material que se pueda salvar.

—Lo bueno es que dejaré de llevar peso —comenta Loren. Suspiro con pesadez. Eran de mi padre y en realidad me afecta perder algo suyo que le costó tanto sacrificio.

Loren me sostiene el mentón y hace que lo mire. Me sonrío para que sienta alivio y lo consigue. Me pasa el brazo por los hombros y me estrecha con cariño. Le correspondo al abrazo y su cuerpo me reconforta. No hay nadie más que él que sea capaz de hacerme sentir feliz solo con un abrazo.

—¿Aquello de allá son unas escaleras? —pregunta Ginger. Señala hacia el agua y sigo hacia donde su dedo apunta.

Hay unas escaleras que bajan a las profundidades de ese pequeño oasis de agua en medio de tanta vegetación. Sonrío y observo a Loren. Él igual se ve animado. ¡Esa debe de ser la entrada a los pasadizos!

Nos levantamos de golpe del suelo y corremos hacia allí. Ginger se queda quieta y se cruza de brazos.

—¿Al agua otra vez? —se queja—. ¡Encima hace frío!

—Cuanto antes encontremos el oro, antes podremos ir a un balneario —le digo. Ella me mira

e infla las mejillas cuando me escucha reír—. Vamos Ginger, ahora no te puedes echar atrás.

Bufa y pone los ojos en blanco. Asiente y dibuja una suave sonrisa en sus labios.

—Está bien —responde y viene con nosotros.

Belce también parece escéptica de meterse al agua una vez más, pero al ver que estamos todos en marcha, pateo con rabia una piedra y nada hasta encontrarse a nuestro lado. Me mira de reojo y le sonrío. La cabra levanta la cabeza con orgullo y se da la vuelta en el agua mostrándome el trasero. Levanta el rabo para hacerlo más evidente. Sé que me odia, aun así, cada vez me resulta más tierna.

Tomamos aire y nos hundimos. Belce ya aprendió a bucear, así que Loren no tiene que cargar con ella. Encendemos las linternas que nos colocamos en la cabeza, Ginger toma la que llevaba Belce para poder guiarse. Seguimos la escalera y bajamos hasta una obertura en la pared. Sin saber cuán largo es el pasadizo y cuánto podemos aguantar sin aire, arriesgándonos por un bien común, nos atrevemos a pasar por ese estrecho lugar.

Sin embargo, la tensión se nos quita cuando llegamos al otro lado y observamos que hay una bolsa de aire entre las piedras. «Respiración fuera del agua», y ojeamos que el pasadizo sigue teniendo suficiente lugar para permanecer con la cabeza fuera del agua.

La intrépida Belce se escabulle para ir primero y me da gracia ver su decisión y cómo mueve las patitas para nadar.

El pasadizo se agranda, el agua disminuye y nuestros pies tocan tierra. Escurrimos nuestros ropajes y nos observamos para comprobar que todos estamos bien. Belce se queda frente a mí cuando ya me escurrí la ropa y se sacude mojándome más. Atisbo una mirada orgullosa en la cabra y toma el camino antes que nosotros.

—Esta celosa —murmura Loren. ¿No me digas? Arqueo una ceja—. Pronto te querrá, es fácil quererte. —Loren hace una pausa—. Amarte también.

No puedo cerrar la boca ni detener los latidos de mi corazón que, como en una fiesta orquestada por las palabras de Loren, baila feliz y brinca a mi garganta para hacerme sentir como en las nubes, aunque esté en un pasadizo bajo la montaña.

Nuestros dedos se entrelazan y seguimos a Belce.

Veo por dónde camina Belce y de repente se escucha un crujido. La cabra levanta una pata y observa un trozo de suelo que se ha roto por su pisada. ¡Esto no pinta bien!

Corro hacia ella y rodamos por el suelo mientras varios dardos venenosos pasan por encima de nosotros y se incrustan en ambos lados de la pared. Me quedo con la boca abierta, Belce igual. Nos miramos, volvemos la vista hacia la pared a la vez y es cuando la pobre cabra empieza a gritar.

—¡Beeeee! —Le cubro la boca. Calla, así que retiro mi mano y sigue—. ¡¡¡Beee!!! —Le cierro el hocico un poco y me espero. Le suelto, lento. Parece que se va a callar, pero—. ¡Beeeee!

—¡Ya, tranquila! —le pido.

—¡¡¡Beeeee!!!

Loren se agacha y nos abraza a las dos como si fuéramos dos peluches fáciles de apretujar. ¿De dónde saca tanta fuerza? Belce se calma. La cercanía de Loren no solo me relaja, en ella también causa ese efecto.

—Cof —tose forzosa Ginger—. Esto de estar alumbrando aquí como farola es muy incómodo. Por otro lado, ¿por qué los tipos que escondieron el tesoro querían matar a todo el mundo? Locos.

Me río por el nervio y el comentario de Ginger. Estoy asustada, después de esto, ¿qué más

podemos esperar?

—Iré primero —avisa Loren y toma la delantera—. Ya no me fío.

—Vale, pero tampoco te arriesgues. —Lo tomo de la camisa por la espalda y vamos caminando como si pisáramos sobre una placa de hielo fina en un río congelado. Miro de reojo a Belce. Levanta las patas como si estuviera haciendo el paso español de los caballos. Ginger pone el bolso de un lado a otro cubriéndose y trae los ojos tan abiertos que la luz de las linternas la reflejan como gato en medio de la noche. Qué miedo da.

El pasadizo se separa en cuatro sectores. Los pasillos se ven oscuros y no hay ni una muesca que nos indique por dónde debemos seguir. Sin embargo, la sonrisa de seguridad que muestra Loren me tranquiliza. Toma el pasillo de la izquierda y lo seguimos con confianza. El nervio me oprime los pulmones, aun así, él no parece estar perdido. Es nuestro GPS porque, aunque vi el mapa no recuerdo nada de lo que mostraba. Ginger está centrada en cubrirse con el bolso y así lleva toda la travesía, con lo cual, tampoco se fijó en el mapa que destruimos.

Loren se detiene de golpe y observa al suelo hacia donde también dirijo la mirada. Hay un agujero que nos impide pasar, sin embargo, no es eso lo que más preocupa, pues se encuentra en el interior un nido repleto de serpientes venenosas. Loren se paraliza y da un paso atrás con la respiración por las nubes.

—Les tengo fobia —confiesa—. Eso y las arañas.

Comienza a hiperventilar. «¡Ay, ¡qué se nos desmaya aquí!».

—A mí me parecen bonitas —comenta Ginger. Ve que una ataca hacia arriba como queriendo alcanzarla para morderle—. Mira, quiere jugar.

—¿Jugar?! —grita Loren—. Me estoy mareando.

Belce también se aleja y ve con pánico a Ginger.

Le echo aire a Loren con la mano. Él me mira y bufa. Hasta está sudando de la angustia que le generan.

—¡No me hagas pasar por ahí! —suplica—. ¡Susan, por favor!

—Relájate, no vas a pasar por ahí —intento calmarlo y le tomo del cuello de la camisa. Lo inclino hacia mí y sin pensarlo junto mis labios contra los suyos. El beso hace un sonido suave. Tan tierno como se ha sentido.

Loren se queda con la boca abierta. Su expresión es tan tierna y boba que es imposible no reírme. Él dibuja una sonrisa en la curvatura de sus labios y se agranda al estar más calmado.

Sin embargo, el siseo de una serpiente es suficiente para que Loren dé un respingo y se apoye de la pared con la mano en el pecho por el pánico que le causan. De repente, observo cómo se echa para atrás, accionando una palanca situada en la pared.

—¿Qué has hecho?! —se alarma Ginger.

Me quedo estática. Desde el final del pasillo, que recorrimos, se escucha cómo se acciona algo, y pronto vemos lo que es. Una pared de hierro que porta cuchillas afiladas, clavadas en ella se acerca a nosotros a toda velocidad. Se me corta la respiración.

—¡Mierda! —grito.

—¡Vamos a morir como brochetas! —exclama Ginger.

—¡Y devorados por las serpientes! —sigue Loren.

—¡Beee! —se queja Belce y me pateo la pierna.

—¡Ey! —La alejo—. ¡Cálmense! —Hago una pausa—. ¡¿Qué cojones?! ¡Yo también estoy asustada! ¡Auxilio!

Gritamos a la vez.

—¡Ginger, siento haber puesto pintura negra en tu champú el día que quisiste ducharte antes de ir a plató! —se disculpa Loren.

—¡Cada vez te odio más! —chilla Ginger y le empieza a dar manotazos.

Con el rabillo del ojo observo algo en la pared. Me doy la vuelta y acuso la vista. Es la misma lengua que mi padre me enseñó.

—¡Chicos, mirad! —los llamo y se acercan.

—¿Qué pone, Susan?, ¿qué pone?! —Ginger me zarandea.

—¡Para! —La detengo y empiezo a leer—. Palabras distintas —baluceo. No—. Significado distinto —aclaro—. Palabras con significado distinto.

—¿Antónimos? —pregunta Loren.

Asiento y observo una palabra a un costado.

—Abajo —pronuncio.

—¡Arriba! —grita Ginger. Miramos todos hacia arriba.

¡Hay una salida! Loren lanza a Belce hacia arriba sin pensarlo. La vemos asomarse después y grita con preocupación. Me levanta en sus hombros y me sube al igual que a Ginger. Ambas le alargamos la mano y Loren salta. Consigue subir a centímetros de que la pared de hierro lo alcance. Lo levantamos. Belce lo ayuda a subir mordiendo su camisa y tirando de él.

No encontramos la paz, pues pronto otra pared similar a la de abajo comienza a moverse desde el lado opuesto de ese nuevo pasillo.

—¡Joder! —grito desesperada.

—¡Ahí hay otro pasillo! —exclama Ginger. Es un pasadizo que nos queda cerca. Corremos hacia allí, sin embargo, una palabra que se encuentra en la entrada me detiene.

—¡Quietos! —les pido y todos se quedan como si jugaran a la gallinita ciega, igual a estatuas, con los pies en alto. Leo la palabra—. Cerca.

—Sí, está cerca, ¡vámonos! —pide Ginger.

—No, seguimos con los antónimos —entiende Loren.

Asiento.

—Lejos —pronuncio y miro hacia la pared de hierro. Justo a unos centímetros existe otro pasadizo—. ¡Es allí! ¡Vamos!

Juraría que una de las lanzas de hierro me roza la camisa cuando por escasos centímetros logramos meternos por el camino correcto. Un estruendo nos advierte de un peligro nuevo. Las paredes se derrumban a nuestro alrededor y el techo empieza a hacerse cada vez más pequeño.

—¡Ahora vamos a quedar como un sándwich! —comenta Ginger.

—Yo lo quiero de jamón. —Me miran mal cuando hago ese comentario—. ¡¿Qué?! ¡El nervio me da hambre!

Miro hacia el techo que se nos acerca de forma peligrosa. En él hay otra palabra que leo en voz alta.

—Fácil.

—Difícil —responde Loren.

Mi mirada se dirige hacia una pequeña obertura de difícil acceso en la pared. Puede que sea una locura, pero corro hacia allí y me escabullo entre ella para pasar.

—¡¿Estás segura de que es por ahí?! —duda Ginger.

—No —le digo con sinceridad—. ¡Pero es el único camino que veo!

Hasta la cabra termina pasando por tal estrechamiento. Por suerte, la intuición no me falla y llegamos a un pasillo donde existen dos caminos. En uno, la luz de alguna filtración del exterior

ilumina y parece más apacible. El otro es oscuro y tétrico.

Cualquiera elegiría el primero sino fuera porque en el suelo donde pisamos la palabra “luz” se lee clara para mí.

—Tenemos que ir por ese —adviento, señalando el camino de tal oscuridad que no nos deja ver el interior.

Ginger hace una mueca, al igual que Loren.

—Esto es como esas imágenes trampa en las que ves un camino de rosas y conejitos y otro todo tétrico y tienes que elegir uno —dice Loren. Asiento.

—Bueno, me quedo con las rosas y conejitos —comenta Ginger con la voz temblorosa—. ¡Hemos estado a punto de morir no sé cuántas veces ya!

—Por eso, me vas a hacer caso —exijo—. Y apagaremos las linternas.

—¿Cómo? —Loren me mira como un cervatillo asustado—. ¿Sin vernos? ¿Estás loca, Koala?

Si las miradas mataran lo estaría acuchillando. Si la palabra es luz, el antónimo es oscuridad. Tenemos que pasar por ese camino a ciegas.

Ginger toma en brazos a Belce y, aunque es escéptica en hacerlo, termina aceptando. Loren también.

A oscuras, tomados de las manos, caminamos entre paredes frías. Se escuchan siseos de animales e insectos que con seguridad acechan y nos atacarían de vernos. La mano que le sujeto a Loren tiembla y le acaricio los nudillos intentando que se tranquilice. Él me estrecha la mano con fuerza y percibo como posa un beso en mis nudillos. Pronto siento su boca en mi boca. Escondidos por la oscuridad nuestros labios danzan unidos hasta sentirse húmedos y nuestras lenguas vuelven a saludarse y rozarse para recordar el sabor de la otra. No sé si de este modo, Loren consigue tranquilizarse, pero a lo que a mí respecta, sería capaz de quedarme en medio de la oscuridad, así me encuentre rodeada de animales venenosos, mientras me siga besando de esta manera.

Un cambio de nivel en el suelo nos hace perder el equilibrio y nos separamos, arrastrando conmigo a Ginger, ya que seguía sujetándola con la otra mano.

—¡A ver si encima que se escuchó que ibais haciendo manitas me vais a matar! —grita y me carcajeo. Pensé que no se había escuchado nada de los besos. No sé si tener vergüenza o dejar que la emoción me cubra todo el cuerpo. Quizá las dos cosas.

Estoy casi segura de que ya hemos salido de la zona en la que teníamos que ir a oscuras. Ya no se escucha nada en lo absoluto. Enciendo la luz de la linterna y compruebo que así es.

Loren me mira y pasa el dedo gordo por sus labios, limpiando la saliva que ha quedado por ellos. Su mirada es tan ardiente que se me eriza la piel. Carraspeo la garganta. Tengo que dejar de mirarlo, me funde las neuronas y mientras ellas mueren, las hormonas toman el mando. No es un buen lugar para dejar de pensar.

El camino nos lleva a una pared rocosa.

—¿Nos habremos equivocado? —pregunta Ginger.

—No, estoy seguro de que tomamos el camino correcto al inicio —aclara Loren—. Y de haber errado en los últimos pasadizos, estaríamos muertos.

El barro que se resbala por las paredes llama mi atención, pues en un costado parece que prolifera con mayor magnitud. Rozo con los dedos la pared y quito el barro, observando una silueta marcada a modo de palanca.

—Loren, ¿sigues teniendo la figura que encontramos en la bóveda? —Asiente y la saca de su

mochila.

La tomo y observo la silueta que se muestra entre la pared y el fango. La coloco y aprieto. Las rocas vibran y después de todo lo que hemos pasado, nos tensamos en automático. Sin embargo, solo unas puertas pesadas se retiran y nos dan paso a una nueva habitación oscura. La pólvora se siente en el ambiente y tal como hicimos en la antigua bóveda, Loren toma el encendedor y prende los pasillos que se iluminan como magia por el fuego.

La mandíbula se nos desencaja y nuestros ojos se iluminan de color amarillo. Las paredes están cubiertas por oro, el suelo y los propios tinteros y pasillos donde se encuentra el fuego que aviva nuestros corazones con historia, y una imagen preciosa de un tesoro que hace milenios nadie ve, también es de oro. De plata y rubíes se visten estatuas que se elevan hasta el techo, simbolizando civilizaciones que adoraban a la Tierra. Entre cofres y montones en el suelo, las pepitas y piedras preciosas brillan y rebotan en cada pared, mostrando obras de arte cuyo lienzo es el propio oro. Todo es de oro.

—Qué alguien me pellizque porque creo que estoy soñando —balbuceo. Loren me pellizca el brazo—. ¡Ay! ¡Era metafórico!

—Ah.

Me acaricio el brazo. Ginger acaricia las estatuas, sin embargo, aprendió la lección y ya no se atreve a intentar llevarse nada.

—Esto es precioso —susurra.

—Y una pena que tengamos que hacer que nadie más lo pueda encontrar —aclaro. Ellos asienten.

Belce camina feliz observando su reflejo en el oro del suelo. Brinca y lame uno de los diamantes. Se lo traga. Me quedo mirándola sorprendida hasta que empieza a toser.

—¡Belce! —¡Es la primera vez que hago la maniobra de Heimlich a una cabra!

El diamante sale volando y le da en la frente a Loren.

—¿Auch? —se queja.

No puedo evitar reírme y Ginger tampoco. Suelto a Belce y vuelve a ir hacia los diamantes para metérselos a la boca.

—¡Belce, no! —La cargo y me la pongo debajo del brazo como un saco de patatas—. Ya, quieta.

Nos deleitamos un rato con las vistas y la historia que guardan estas paredes. Entre reflejos dorados, la silueta de Loren se observa junto a la mía mientras veo una de las colosales figuras.

Levanto la mirada para observarlo.

—Esto es como un sueño cumplido —le cuento—. Estoy segura de que a mi padre le hubiera gustado mucho estar aquí.

—Susan —susurra—. Creo que tu padre sí que estuvo aquí. —Frunzo el ceño al escucharlo y hago una mueca. ¿Qué? De su mano derecha me entrega una pequeña libreta—. Se encontraba sobre uno de los baúles.

Ginger se queda atenta y se reúne con nosotros. Muevo las hojas de esa vieja libreta y descubro la letra de mi padre junto a una nota que reza:

*Para mi hija Susan.*

## Capítulo 12



Estoy consternada.

Me debato entre pensamientos negativos a medida que leo las notas de mi padre. De repente, el oro no reluce tanto y la maravillosa vista se vuelve borrosa, dejando caer varias lágrimas sobre el papel de la pequeña libreta que sostengo.

Con letra temblorosa, mi padre aseguraba saber que su final iba a llegar pronto y que me dejaría con cariño todos sus estudios relacionados con tesoros. Esos que habíamos perdido a orillas del río. Al igual que una breve descripción del tormento que resultaron ser sus últimos meses de vida por la extorsión de unos cazatesoros.

Era muy unida a él, así que daría cualquier cosa con tal de sentir más cercana su presencia, a pesar de que ya no esté. Duele haber perdido su trabajo.

Me siento en el suelo. Belce me mira tras la libreta y me da un toque con el morro en la mano. Le acaricio la cabeza siendo la primera vez que no nos tratamos con hostilidad. Loren toma asiento a mi lado y me abraza por los hombros. Apoyo la cabeza en su hombro. Si en algún momento tuve alguna duda de que mi padre fue asesinado por los mismos que ahora van tras nosotros, se acaba de disipar.

Ginger se agacha frente a mí y me toma las manos con suavidad.

—Ay, cariño. Siento mucho todo esto —susurra y asiento en confirmación. Las lágrimas me salen solas a pesar de que quiero ser fuerte—. Intenta calmarte.

Loren besa mi frente y me aferra un poco más para que sienta su cercanía, y así note que me apoya. Lo miro un segundo y sonrío en agradecimiento.

—Ahora más que nunca quiero que esos no vean el tesoro —aseguro.

—¡Eso! —grita Ginger—. ¡Esa es la Susan que conozco!

Agrando la sonrisa y miro hacia Loren. Él se pone de pie y me extiende la mano para que la tome y pueda levantarme del suelo. Le cedo el placer de ponerme en pie de un tirón y suspiro hondo.

—Salgamos de aquí —convido—. Pero antes, veamos cómo conseguimos que nadie más pueda entrar aquí.

Loren levanta un dedo y ladea la cabeza.

—Yo tengo una idea —expone—. Podemos usar la pólvora que hay aquí.

Frunzo leve el ceño. Derrumbar algo tan hermoso e histórico va en contra de lo que quisiera hacer. Sin embargo, sé que es lo mejor. Asiento a desgana. Loren me besa la frente, a sabiendas de que la propuesta no me agrada.

Loren carga la pólvora en los bolsillos de su pantalón y, enseguida, gracias a las notas de la libreta de mi padre, conseguimos la puerta secreta que nos conduce entre escurridizos caminos

subterráneos hasta la salida.

Levantamos una piedra entre los tres. Pesa tanto, que incluso Belce tiene que ayudarnos y hacer fuerza con la cabeza.

Los instantes pasan demasiado rápido cuando nos apunta la pistola de la mujer que nos persigue y la cual también extorsionó y asesinó a mi padre. Mi ceño se frunce y el corazón me va a mil por hora con solo observar su rostro. Empuño mis manos y mi impulso es abalanzarme sobre ella sin pensar que está armada. Loren me sujeta de la cintura y me atrae hacia él, deteniendo mi locura.

—¡Suéltame! —le exijo—. ¡Ella mató a mi padre!

La mujer se ríe a carcajadas y mira a sus secuaces.

—Solo fue un daño colateral —admite—. Él no quiso colaborar ni decirnos donde tenía sus diarios. No nos quedó de otra. Sabíamos que su hija, la tonta e inexperta escritora, después de escribir sobre historia, sería capaz de traernos hasta el tesoro. No nos equivocábamos.

Gruño en voz baja. Intento soltarme de nuevo, pero Loren me aferra más fuerte.

—No va a ser el único tesoro que encontraremos gracias a tu padre, después de que sacaras los diarios de su escondite —sigue la mujer.

Saco una sonrisa sarcástica que se agranda y se convierte en una carcajada sonora.

—Los diarios se rompieron —le cuento, mirándola con desafío—. No quedó nada.

Gruñe con rabia y carga la pistola para volver a apuntarnos. Ginger se cubre con las manos y Belce se agacha escondiendo la cabeza entre las patas. Loren, en cambio, me coloca detrás de él. La mujer baja automáticamente la pistola. A un costado, Scott nos mira haciendo muecas. Maldito loco inestable.

—Vimos un trozo del mapa en la hoguera —menciona la mujer. Centro la mirada en ella. Le habla a Loren—. Sabemos que el único mapa que existe ahora, eres tú. E imagino, que de dónde venís hay muchos pasadizos engañosos. No haré la locura de dispararte.

—Os llevaré hasta el tesoro —afirma Loren.

—¡Loren! —Lo tomo de la camisa y lo estiro para que me mire. Sin embargo, no lo hace—. ¡Loren no!

—Con una condición —sigue él sin escucharme—. Que ellas se vayan.

—¿Qué? —La reacción de Ginger es la similar a la mía.

—¡No! —gritamos las dos a la vez.

Belce se pone al lado de su dueño y con cariño le lame la mano. Puedo notar el pesar en los ojos del animal.

—Cuiden de Belce por mí —pide Loren y nos muestra una sonrisa dolorosa. Él sabe que, si los acompaña, una vez hecho el camino, lo matarán. Me mira—. No me mates en el libro, ¿sí?

Se me corta la respiración y los ojos se me llenan de lágrimas. Niego con la cabeza, no quiero que se vaya. ¡No puedo permitir que se vaya! Intento abrazarlo, pero me alejan de él. Apartan a Belce de su lado. Ella grita, yo también. Los bolsazos de Ginger ahora no son efectivos y la cargan con facilidad, alejándonos a las tres del lado de Loren.

Él nos mira. No percibo miedo en sus ojos, solo tristeza y determinación. Me observa con atención y dibuja un «te quiero» entre sus labios, que susurra y no escucho, mas, que entiendo a la perfección y me desgarran el alma. «Y yo», le digo de igual modo. Y es la primera vez, desde el fallecimiento de mi padre, que me siento tan vacía a pesar de verlo sonreír al leer mis labios.

—Llévenlas al aeropuerto y se aseguran de que toman un avión —ordena la mujer.

Por mucho que intentamos oponernos, a la fuerza, nos llevan a uno de los vehículos. Se me

forma un nudo en la garganta cuando veo que nos alejamos de Loren y junto a la mujer y dos de sus secuaces se meten al pasadizo de nuevo. Quizá sea la última vez que lo vea y ese pensamiento me desarma. Belce se sube a mi regazo y con una expresión de dolor extrema, se hace una bolita y se acuesta. La abrazo y se me rompe el corazón en mil pedazos.

—¿Cómo nos encontraron? —pregunto con la voz rota.

—Pusieron un localizador en la mochila por si ocurría algún imprevisto —aclara Scott.

—Sé que Loren y yo nunca nos llevamos bien —admite Ginger entre lágrimas—. Pero después de todo es mi mejor amigo y... —el llanto le corta la voz—. Él ha decidido morir por nosotras.

Mi llanto no cesa. Le paso el brazo por los hombros a Ginger y nos abrazamos desconsoladas. Quisiera poder hacer algo, no obstante, dos de los matones que tenemos a los costados llevan las pistolas apuntándonos.

Un volantazo nos hace irnos de costado en el coche y quedo cerca del matón de la derecha. Me alejo y miro hacia el conductor. Scott lleva un forcejeo con él. Confusa, arrugo la nariz. ¿Qué está haciendo?

Deja inconsciente al chofer y el coche se vuelve a ir a un lado. Toma el volante y antes de que los matones le disparen, carga la pistola del conductor y les vuela los sesos.

Ginger, Belce y yo nos miramos.

—¡Aaaah!

—¡Beee! —grita Belce con nosotras.

El cuerpo sin vida del hombre que está a mi lado me cae encima y lo aparto con repelús. Scott abre la puerta y lanza al conductor sin detener el vehículo. Toma el mando del coche y nos mira de reojo.

—¡Explica qué está pasando! —pido con pánico. Él sonríe un poco y se encoge de hombros.

—Soy un cazatesoros no un asesino —contesta.

Miro a los hombres y arqueo una ceja.

—No sé yo qué decirte —murmuro.

—Pero cállate que este está loco —susurra Ginger.

Las tres forzamos una sonrisa. Hasta la cabra saca los dientes. Él se las cree y nos la devuelve a través del retrovisor. ¡Qué mal rollo me da!

Volvemos de donde partimos en un segundo porque además de estar loco, también conduce como un desquiciado. Le agradezco que así sea para no perder el tiempo y reunirme cuanto antes con Loren.

Bajamos del coche, Ginger se arrodilla en el suelo y toca la tierra. Arranca hierba y la echa por los aires.

—¡Estamos vivas! —exclama.

—¡Beee! —sigue Belce, haciendo la croqueta por el suelo.

Bajo algo mareada y me sostengo del coche. El loco de la pradera saca su machete y lo levanta al aire. Empieza a dar vueltas como una bailarina de ballet y se agacha a la entrada del pasadizo, clavando el machete en el suelo. Hasta salto de la impresión.

—Tengo que mantenerme sereno, para que la maldición de estas tierras no me hunda en la locura —comenta, inhalando y exhalando con fuerza.

—Pero si tú ya estás loco —suelto sin pensar.

Me mira mal y trago saliva.

—Susan, por Dios, calla —me susurra Ginger y tira de mi brazo—. ¿Se te pegó el no saber

mentir de Loren?

—¡Callaos! —grita de repente Scott.

Las dos pegamos un salto y nos abrazamos. Belce se le abalanza para pegarle, él pone la mano en su cabeza y la aleja con facilidad. Quedamos en silencio. No puedo cerrar la boca.

—¿Escucháis eso? —pregunta el paranoico. No se escucha nada—. Es el sonido de la aventura.

Está colgado. Se levanta y echa a correr hacia el interior del pasadizo.

—¡Espera! —grita Ginger y reacciono en el momento que la escucho—. ¡Vamos Susan, que ese loco se pierde!

Vamos tras el loco y lo tomo del brazo para que no agarre el camino correcto. Más o menos recuerdo por dónde hemos venido. Él nos sigue. Belce tira de mi zapatilla y la observo. Hace un movimiento extraño con la cabeza, como si señalara algo. Es entonces, cuando me percató de que en el suelo hay un rastro consistente de pólvora. Loren. Sonrío, segura de poder encontrarlo.

Pocos minutos nos hacen falta para escuchar los pasos de Loren y los secuestradores. Nos detenemos en silencio en uno de los pasadizos, pegados a la pared. Belce se pone en dos patas y hasta adoptar nuestra postura. Así camina de costado moviendo su colita.

Me asomo un poco y ahí está. Loren hace con disimulo ese camino de pólvora.

—¡Camina más rápido! —ordena la mujer y lo golpea un poco con la pistola en la cabeza—. ¡No tenemos todo el día!

—Vuelve a tocarme con el arma y me siento aquí, a ver cómo os las arregláis para salir o encontrar el tesoro —amenaza Loren. Se me eriza la piel al escucharlo. No sé si es el protagonista de mis libros, pero sí de mi historia.

Lo veo que se detiene a la entrada de la habitación donde se encuentra el tesoro. Suspira hondo y da un paso al frente. Abre la puerta que se esconde en la pared, no obstante, en vez de entrar, lanza unos barriles de pólvora que se encuentran a los lados. Entre gritos de desconcierto y golpes para soltarse del agarre de los súbditos de la mujer, toma una de las antorchas que sigue prendida en la habitación y la deja caer sobre la pólvora.

Se me hiela la sangre al ver que el camino de pólvora se prende fuego, y pronto los estallidos son notorios. Me asomo para que Loren me vea. Se queda sorprendido y golpea con la rodilla a uno de los hombres. Con el desconcierto del momento, y a sabiendas de que tenemos que salir de allí corriendo, nos olvidamos por un momento de los bandos y la mujer, los matones tanto como nosotros, echamos a correr por los pasillos iluminados.

—¿Qué hacéis aquí?! —pregunta Loren. Me sostiene la mano y se agacha tomando a Belce en brazos, sin dejar de correr.

—¡No podíamos dejarte tirado! —respondo.

—¿Y el comemierda por qué os acompaña? —Loren lo mira con asco.

—¡Os estoy ayudando! —aclara él.

—¡Lo tenía todo bajo control! —regaña Loren. Ya empiezan a discutir—. ¡Debiste protegerlas a ellas!

—¡Deberías decir, gracias, Scott!

—¡¿Gracias de qué?! ¡Nos traicionaste primero!

—¡¿Podéis dejar de discutir en un momento como este?! —grita Ginger, sacada de los nervios.

Corremos lo máximo que podemos, en una lucha entre el fuego y los estallidos que se

ocasionan a nuestras espaldas. Cuando llegamos a la salida, saltamos y damos una vuelta por el suelo, en el momento justo en que todo revienta y cae, derrumbándose cada posibilidad de volver a adentrarse en el pasadizo.

Nos miramos entre nosotros y dirigimos la vista hacia la mujer que, con odio, observa la entrada derrumbada. Un segundo tenemos para levantarnos del suelo y salir corriendo.

—¡Matadlos! —vocifera con la voz raspada en odio.

Los matones nos persiguen y ella también. Las balas nos rozan y nos adentramos entre la maleza para que no puedan alcanzarnos.

El camino se separa. En un segundo, Loren y yo perdemos de vista a Belce, que corría a nuestro lado, también a Ginger y Scott.

—¡Belce! —grita Loren y nos detenemos en busca de la cabra. Miro por todos lados y no la veo. La angustia se instala en los dos de forma automática.

Uno de los hombres nos encuentra y levanta la pistola hacia Loren. Lo empujo para que la bala se pierda. Loren reacciona en ese preciso momento, pues buscando a Belce no se había dado cuenta del peligro.

Toma al hombre de la camisa y ladea la cabeza.

—¿Has visto a mi cabra? —le pregunta, a la vez que le arrebató el arma con un agarre fuerte. La levanta y se la pone en la sien—. ¿¿Dónde está Belce?!

—¡No lo sé! —grita el hombre—. ¡No me mates!

Loren arquea las cejas y lo levanta del suelo. Me quedo con la boca abierta viendo la escena. ¿Será capaz de matarlo? No, no creo. Es Loren. Lo cuelga de la rama de un árbol por los calzoncillos.

—¡Duele! —grita el sujeto. Me tapo la boca con la mano para no reír a carcajadas.

—Ahí te quedas. —Loren me mira—. Tenemos que encontrar a Belce.

Veó que, en esta ocasión, se guarda la pistola en vez de lanzarla como lo hizo con anterioridad. Asiento y me toma la mano para ir a buscarla. Los matones nos buscan a nosotros, que a su vez buscamos a la cabra y, Ginger junto a Scott están desaparecidos. No sé si preocuparme más por la obsesiva de los bolsos al estar con Scott, o por Belce de ir sola.

Unos pasos nos obligan a escondernos detrás de unos arbustos. Con las manos sujetas con fuerza, vamos echándonos hacia atrás hasta que de un momento a otro nuestros pies dejan de tocar el suelo y nos precipitamos a un agujero. Ahogamos el grito de espanto porque seguimos escuchando a los hombres y la mujer pasar. Entre la maleza, no se ve el abismo en el que hemos caído.

Estamos en un foso tan hondo y de paredes rectas, que dudo mucho de que podamos salir de aquí trepando. Loren me tapa la boca y con el dedo índice en sus labios me indica silencio. Escuchamos con atención.

—¿¿Dónde se han metido?! ¡Los escuché por aquí! —regaña la mujer—. ¡Rastreen la maldita zona!

Los pasos se dispersan y se pierden a medida que se alejan. Suspiramos con alivio.

—Bien, nos libramos de ellos, ¿ahora cómo salimos de aquí? —pregunto. Pongo una mano en la pared de tierra y observo cómo se desprende con facilidad—. Trepas por aquí es imposible.

—Podemos esperar a que llueva, se llene de agua y subimos nadando. —Loren sonríe después de su hipótesis.

—Vale, ¿algo más rápido? —inquiero. Se encoge de hombros y suspiro—. Qué ganas tengo de estar en la civilización.

—Ni imaginas cuánto lo ansío yo.

Intentamos subir de todas las formas. La pared es muy resbaladiza y nos devuelve al fondo. Loren me sostiene en brazos e intenta subirme sin él para que consiga algo con lo que pueda sostenerse y salir los dos airoso. No consigo llegar arriba y de nuevo nos resbalamos, cayendo con fuerza al fondo.

—Nos vamos a lastimar —informa Loren. Tiene razón.

Frustrada me siento en el suelo y suspiro. Paso mis dos manos por el pelo y me lamo los labios con nerviosismo.

—Será mejor que tomemos un descanso, me duele todo de caer al suelo. —Asiente ante mis palabras y toma asiento a mi lado—. Es frustrante cuando por mucho que te esfuerces no logras llegar a la cima.

Mis palabras se rompen porque en el fondo sé, que lo que digo, no es justo por no poder salir de este lugar. Mi carrera como escritora llega a mi mente y mis ojos se llenan de lágrimas. Imagino que todos los artistas que están en la cima se han esforzado mucho para lograrlo, pero es tan doloroso intentarlo sin descanso para que, de forma simple, no te tengan en cuenta que el corazón se me desgarrar. Tener que escribir lo que el público pide para hacerse notar. No hablar de más en las redes sociales para que no te vean como una envidiosa o mil cosas más. Tragar que pongan a personajes ficticios por encima de la persona real y, cómo no, menospreciar el trabajo con la facilidad de estar tras una pantalla sin saber lo que hay en las manos de la persona que escribió lo que uno está leyendo.

Después de lo que dije, después de que todos me escucharan en la última presentación, sé que mi carrera se fue de forma estrepitosa a la basura, aun cuando jamás estuve feliz por lo conseguido. Aun si otros se alegraban de mis avances, de cada paso que daba en buena dirección, no escribía para mí, sino para los demás y para mí jamás llegaba a esa ansiada cima en la que podía sentirme orgullosa. No estoy orgullosa. No soy suficiente.

Cuando Loren nota mis lágrimas, toma mi mano y con la otra las limpia con cariño.

—Susan, ¿qué ocurre? ¿Por qué lloras? —pregunta y me estrecha entre sus brazos—. Te juro que vamos a salir de aquí.

—No es por eso —confieso con la voz rota—. Lloro de rabia. Porque, aunque el sarcasmo es mi mayor arma, estoy harta de que la gente me lastime. No importa cuánto me esfuerce, jamás es suficiente.

Loren lo entiende al segundo. Suspira hondo y asiente.

—Así que es eso, es por tu trabajo —murmura. Asiento. Sus grandes y fuertes manos me rodean el rostro y hace que lo mire. Intento quitar la cara, la mirada, porque el que me vea llorar, para mí es una debilidad, no consigo soltarme de su agarre y termino con los ojos fijos y perdidos como náufragos en el mar azul de sus pupilas—. Susan, no importa lo que venda. No dejes tu esencia en el camino por agradar a todo el mundo. Ser diferente no está mal, lo que sí lo está es crear algo que no te llene.

—¿Crees que me leerían de todos modos? —pregunto con la voz todavía temblorosa.

—Los que aprecien tu trabajo, estarán ahí como estuve yo desde que escribías novela histórica —dice y se me dibuja una sonrisa en los labios—. Eres grandiosa, Susan, escribas lo que escribas lo eres y no importa lo que te digan *haters* de pacotilla que hay por internet. Aquel que más habla es quien más debe callar. —Sigue limpiando mis lágrimas. Ya no sé si salen por pesar, por emoción o por ambas cosas—. Cuando salgamos de esta, júrame que escribirás lo que desees sin esperar la aprobación de nadie, Koala.

Asiento y suspiro hondo para poder hablar.

—Te lo juro —digo en un susurro.

Loren agranda la sonrisa. Se inclina hacia mí y me dispongo a recibir sus labios cuando detrás de él veo que Belce se asoma desde arriba.

—¡Belce! —grito y me levanto del suelo. Veo cómo Loren se va para delante y debe poner las manos en el suelo para no irse de cara—. ¡Loren, mira!

Belce nos observa desde arriba y empieza a comer hierbas del borde. Arrugo la nariz. Ese animal come a cada hora.

Loren se levanta y se coloca a mi lado.

—¡Belce, hey! —Chasquea los dedos y capta la atención del animal—. Necesitamos que traigas algo alargado, algo con lo que podamos salir de aquí, ¿entiendes?

—Loren, es una cabra —susurro.

—¿Y?

—¿Cómo quieres que entienda lo que le estás pidiendo?

Loren hace una mueca y vuelve a mirar a Belce.

—Belce, trae algo con lo que podamos salir de aquí. —La cabra se va—. ¿Ves? Seguro se fue a buscar algo.

—O seguirá rumiando tan tranquila. —Loren me mira mal. Me cruzo de brazos—. ¿Qué? Hay que ser realista.

Belce se asoma y nos lanza algo alargado, con unos colores vivos que nos hace saltar todas las alarmas. La serpiente nos sisea, gritamos y nos hacemos una bolita en una esquina. No sé de donde saco la valentía para tomarla al vuelo y antes de que caiga dentro de la fosa con nosotros la vuelvo a lanzar afuera.

—¡La madre que la parió! —exclamo—. ¡Dile que lance algo que no esté vivo!

—¡¿No decías que no lo entendía?!

—¡No debiste decirle solo alargado! —La miro y frunzo el ceño—. ¡Nos quieres matar o qué!

Belce se da la vuelta, levanta el rabo y... ¡Joder! ¡Hace caca y me caen las bolitas por encima! Me sacudo el pelo.

—¡Qué asco! —Miro a Loren que aguanta la risa y le golpeo en el brazo—. ¡¿De qué te ríes?!

—¿Por qué os odiáis tanto? —pregunta entre risas.

Le empiezo a dar manotazos. A él se le salen hasta las lágrimas de tanto reír.

—¡Estáis los dos como una cabra! —bramo—. ¡Por tu culpa es que es un animal endemoniado! ¡Todo le consientes!

A nuestro lado cae una de las lianas que se encuentran colgando de los árboles cercanos. Belce se asoma después y ladea la cabeza como si preguntara si eso nos servía para salir. Me quedo con la boca abierta mirándola. Esa cabra es muy lista. Loren me mira y sonrío victorioso.

—¡Muy bien, Belce! —la felicita. La cabra se anima y se pone a dos patas dando saltos por arriba.

—¡Pero no la felicites, acaba de cagarme encima! —reclamo.

Loren estalla en risas de nuevo. ¡Lo mato!

Aprovechando que el otro extremo de la liana sigue sujeto del árbol, conseguimos subir. Nos tumbamos en el suelo por el esfuerzo, y suspiramos. Chocamos las manos, victoriosos por haber logrado salir de ese lugar. Belce se pone entre los dos y levanta la pata para dejar la pezuña sobre nuestras manos. A ratos me da ternura y a otros me cae mal.

—Tenemos que encontrar a Ginger, Scott y salir de aquí. —Loren asiente ante mis palabras.

—Solo un detalle, ¿dónde estamos? —pregunta.

Nos sentamos de golpe los dos. Miramos a la derecha, a la izquierda. Hacia arriba, atrás y nos miramos lento. ¡Nos hemos perdido!

## Capítulo 13



No puedo más. Las piernas me flaquean y Loren me sostiene con fuerza por la cintura para que aguante y pueda caminar junto a él. Apoyo la cabeza en su pecho. Estamos buscando el río para volver a guiarnos, dependiendo del trascurso del agua. Este lugar es inmenso. Si la gente no volvió de la travesía, seguro que fue por haberse perdido, al igual que nosotros.

Mi piel posee varios rasguños después de tanta aventura y Loren igual. Incluso puedo observar un arañazo en su mejilla. Levanto la mano y lo acaricio cerca de esta con la intención de que al menos el dolor se pueda mitigar. Sonríe con los ojos puestos en mí y deja un suave beso en mi frente.

Después de ver sus ojos, la vista que nos rodea me parece hermosa. Belce salta contenta frente a nosotros y rebota contra los árboles en un juego caótico del que es imposible no reír. Los pájaros cantan potentes y la naturaleza se impone ante nuestros ojos como si el tiempo no transcurriese en este lugar. Todo se ve hermoso cuando caigo en cuenta de que Loren me acompaña.

Me pongo de puntitas y beso su mejilla, donde llego, porque es demasiado alto para mí. Las mejillas me arden y suspiro observando al frente. Parece mentira que ya nos hayamos besado en la boca y sienta nervios por el hecho de darle un simple beso en la mejilla.

La paz se rompe cuando la voz de la mujer que nos persigue anuncia nuestro encuentro a grito pelado. Nos damos la vuelta y la observamos señalando hacia nuestra posición. Sus matones cargan las armas y de nuevo nos envuelven en una persecución que parece no terminar.

En medio del camino, se nos cruza Ginger. Va montada en un jabalí, como si estuviera en una especie de rodeo.

—¡Aaah! —grita—. ¡Te dije que no era buena idea!

—¡Pero dile quién manda! —grita Scott que pasa montando a otro jabalí, parece que lo controla bien, sin embargo, la escena es muy peculiar.

¿Pretenden huir de los matones subidos a dos jabalís?

—¿Qué acabo de ver? —pregunta Loren. Ambos nos miramos con las cejas arqueadas y la boca abierta.

Un disparo nos alerta y volvemos a ponernos en marcha.

—¡Separaos! —Escuchamos que ordena la mujer—. ¡Persigan a los locos que van sobre los jabalís y a la gorda con el loco y la cabra!

¿Qué me ha llamado? Me paro en seco.

—Susan, ¿qué haces? —pregunta Loren y mira tras mi hombro. Me toma del brazo y me estira un poco—. ¡No te detengas aquí, nos van a alcanzar!

Mi mente no piensa en el peligro en este momento. Recuerdo todo lo que he logrado desde que la aventura empezó. Cada proeza que, a pesar de tener el cuerpo que tengo, logré y puedo

lograr. La fortuna de que, a pesar de tener unos kilos de más, pueda decir, que mi cuerpo es ágil, fuerte, que sorteé obstáculos, físicos y mentales. Lo maltraté suficiente por años por no parecerse a los cuerpos que salen en las revistas, ahora, no pienso dejar que otros lo maltraten por mí.

Me doy la vuelta y echo a correr en dirección contraria. Escucho que Loren me llama y Belce grita a su compás, aun así, los ignoro. Me cuelo entre dos de los hombres que atónitos no disparan al verme decidida a pasar en medio de los dos de un empujón. La mujer capta mis intenciones, carga el arma, sin embargo, no le doy tiempo a que logre su cometido. El primer puñetazo se lo lleva en la cara, así que la pistola sale volando y aterriza al suelo en el segundo que las dos caemos al piso y me encuentro sobre ella agarrándola del pelo como la gata fiera que soy y que siempre debí ser.

—¡Asesinaste a mi padre y ahora vienes a insultarme, maldita loca! —La acuso con mi voz en alto mientras la agarro de los pelos y la sumerjo en el barro.

—¡Miau! —grita Loren entre risas.

Veo de reojo cómo se acerca y haciéndose el inocente, con las manos detrás de la cabeza, deja que los hombres crean que lo tienen rodeado para después tirar de una de las armas. Consigue que dos de ellos se den cabezazo entre sí y se noqueen. Observa a otro y la bala se pierde, pues se agacha antes de que le impacte, dejando solo una pequeña rozadura en su brazo. Lo golpea en el estómago con la rodilla y cuando lo tiene retorcido de dolor en el suelo, le quita la pistola y la lanza a un lado.

Belce se queda a mi lado y al ver que estoy ganando en el tú por tú con la desquiciada, empieza a saltar y ponerse a dos patas, feliz porque así sea.

Gritando y corriendo se acerca uno de los malhechores hacia mí, cargando un palo entre sus manos. Belce toma carrerilla, salta y lo golpea en sus partes nobles. Sin embargo, con una mirada rápida más allá de nuestra casi victoria, observo que los empleados de la cazatesoros, asesina, son más de lo esperado y se acercan armados una vez más.

—¡Tenemos que irnos! —aviso a Loren.

Él me ayuda a levantarme, justo cuando lo hace, algo afilado se clava en mi muslo derecho. Con rabia, la psicópata, incrustó en mi pierna un cuchillo que guardaba con disimulo entre sus ropajes. Con una sonrisa radiante me mira y escupe barro. Está agotada por los agarrones, por lo que no tiene fuerza para levantarse, pero sí para reírse a carcajadas mientras la sangre en mi pierna brota.

Loren no se lo piensa. Me carga en brazos y sale corriendo. Veo que Belce nos sigue y me mira sin cesar, atenta a lo que me está ocurriendo. El dolor es punzante, fuerte, todavía tengo el arma clavada. Supongo que sacarla siendo afilada y sin saber lo que uno puede lastimar, sería contraproducente.

—¡Duele! —exclamo sin poder aguantar cómo se siente el corte.

—¡Tranquila, estás conmigo y con Belce! —me dice Loren.

—¿Eso me debería tranquilizar?! —Él me mira y arquea las cejas, al tiempo que hace un puchero fingido. Logra sacarme una sonrisa a pesar del dolor—. Qué bueno es saber que por mucho que nos persigan vamos a salir victoriosos porque nosotros tenemos a la cabra castradora.

Las risas de Loren se detienen y sus pasos igual. Miro hacia el frente. Un acantilado enorme se encuentra a nuestros pies y, abajo el agua golpea las rocas con agresividad. Vemos a nuestro alrededor, sin hallar la forma de escapar, pues estamos rodeados. Loren me observa un segundo y en lo que parece un arrebato momentáneo, junta nuestros labios y lame mi boca con una fuerza y una intensidad asombrosa. Me deja sin aire y muerde con suavidad mi labio inferior, tira de él

tan despacio que me hace delirar. Jadeo de forma automática y trago saliva. ¿Cómo puede besar tan bien?

—Lo siento, Koala —me susurra.

—¿Por besarme? —pregunto con poco aliento y sentido de la orientación. Él agranda la sonrisa y niega con la cabeza. Mira hacia el precipicio. No será capaz...—. ¡Loren no! —Salta conmigo en brazos y la cabra se tira con nosotros—. ¡¡¡Lorenzo!!!

Veo a la cabra pasar por un costado moviendo las patas.

—¡Beee! —me dice, cuando se fija en que la estoy mirando.

No entiendo cómo no me he vuelto loca ya o quizá lo estoy y no lo noto.

Tomo una bocanada de aire antes de que la fuerza del agua nos arrastre. Loren me sujeta con fuerza y consigue que el impacto se lo lleve su cuerpo antes que el mío. Desde el acantilado nos disparan, y nos hundimos junto a Belce, consiguiendo perderlos de vista.

Cuando podemos respirar de nuevo, el agua nos arrastra, aunque con poca fuerza, por lo que Loren consigue arrastrarme hasta la orilla más próxima. Me acuesta sobre la tierra mojada y bufa al ver la herida que todavía sangra en mi pierna. Me arde e intento no mirarla para no preocuparme más de la cuenta.

—Al menos no lo clavó entero —comenta Loren.

—Qué consuelo —respondo. Veo que observa mi pierna e intenta ayudar de alguna manera, sin embargo, cuando agacha las manos las vuelve a levantar y hace cosas raras. Parece que está bailando unas sevillanas—. ¿Qué haces?

—Es que la sangre me da cosa —asume y me observa—. De hecho, creo que me estoy mareando. —Se sujeta la frente y veo que palidece. En cuestión de segundos está más blanco que un papel—. No, sí, estoy mareado.

—Loren, la que va sangrando soy yo —digo y empiezo a darle aire con la mano—. Respira pausado, respira. —Se mira la sangre que llevaba en la ropa por haberme arrastrado a mí, y la palidez aumenta. Los ojos se le ponen en blanco y me toca sostenerlo del brazo para que se apoye en mi pecho y no caiga al suelo—. ¡Por Dios, Loren!

—Tengo la sangre en mis manos y por encima —balbucea—. Me voy a morir.

—¿Qué dices?! ¿Cómo te vas a morir si la sangre es mía?!

—¡Veo doble! —grita con exageración. A pesar del humor que intenta poner, el mareo lo tiene de verdad y lo corrobora cuando, aturdido y yéndose de lado, se levanta del suelo y se pone a vomitar tras unos arbustos. Suspiro. «Ahí está mi héroe».

Belce se sacude, mira sus pezuñas repletas de lodo y pone cara de asco. Las mueve como si le diera repelús ir sucia. Es una cabra demasiado sofisticada para estar en estas condiciones.

El sonido de un jabalí me alerta. Me doy la vuelta y ahí está Ginger, cabalgando despelucada encima del pobre animal. Se deja caer y da vueltas por el suelo hasta terminar a mi lado. Se abraza al bolso con miedo y me mira con los ojos tan abiertos que parece una rana.

—¡No me vuelvas a dejar a solas con ese loco! —señala a Scott, él llega en una pieza, no como Ginger.

—No es mi culpa que no tengas agilidad ni dotes para la supervivencia —se queja él.

—¡Aléjate de mí! —Ginger grita con fuerza. Se pone a cuatro patas y levanta la espalda como un gato enrabiado. Le hace falta bufar. Toma el bolso como defensa—. ¡Si te arrimas te atizo!

—Ya, ya, tranquila. —Scott levanta las manos en estrella y mira hacia Loren—. ¿Qué le pasa a nuestro Lorencito?

Loren corta su agonía para mirarlo con un odio extremo. Me tapo la boca para no reír a carcajadas.

—Se mareó con la sangre —explico.

—¿Sangre? —Ginger mira hacia mi pierna—. ¡Ay no, Susan! —Me mira, mira hacia Loren y arruga la nariz—. Pero quien debería estar así eres tú.

Me encojo de hombros. Tiene razón, por eso me da tanta gracia la situación.

—Yo te ayudo —propone Scott.

—¡No! —Salta Loren y lo empuja para atrás y poder llegar primero a mi lado—. Yo la ayudo.

Sin embargo, es ver la sangre y la herida, y vuelve a marearse. Se apoya con la mano del suelo.

—Pero si ni siquiera puedes verlo. —Se carcajea Scott—. Anda, yo me encargo. Al final, de algún modo me tengo que disculpar por lo que hice.

Loren asiente, al ver imposible el hecho de él hacer algo en una situación así. Le tomo de la mano y se la estrecho con fuerza. Sé que con facilidad se come la cabeza y no quiero que se sienta inútil por esto. Scott se quita la camisa dejando al aire un cuerpo robusto y marcado que no esperaba al ir vestido como un hippy excursionista. Pide ayuda a Ginger para que sostenga mi pierna un poco en alto y con la ayuda de la camisa, envuelve el cuchillo, mi pierna y la herida para que no se mueva y se salga.

—Es mejor que el arma se quede ahí y no sacarla sin la supervisión de un profesional. Podríamos cortar algo y terminar en una severa hemorragia —explica Scott—. Tenéis suerte de que conozco la zona y que, a pesar del corte, el sangrado no es tan extremo como podría llegar a ser. Hay un pueblo cercano donde podrían darnos ayuda.

A pesar del dolor, intento verme positiva y animada. Muestro una pequeña sonrisa parecida a una mueca y me dejo cargar por Loren. Lo observo cuando ya me tiene en volandas y aprieto los labios. Sus ojos azules me miran con preocupación. Levanto la mano y le acaricio la mejilla en son de que se tranquilice, porque, aunque no dice nada porque le cuesta expresar lo que siente en momentos como este, solo me hace observar sus ojos. No necesito que hable para saber que la situación le supera.

No sé si es por todo lo vivido en tan pocos días o por el sangrado, pero empiezo a quedarme dormida apoyada del pecho de Loren. No encuentro un lugar que me dé más paz que entre sus brazos.

Veo borroso. Abro los ojos despacio y se me cierran. Los vuelvo a abrir y suspiro. Dirijo la mirada hacia mi pierna. El arma no está y se encuentra vendada, por lo que seguro me desmayé en vez de quedarme dormida. Es la única explicación para que no me haya dado cuenta de las curas. Miro a mi alrededor. Parece una habitación de hotel. No es tan lujosa como los hoteles de ciudad, aun así, se ve en buenas condiciones.

Mi espalda reposa sobre el cómodo colchón y recuerdo lo que es estar en la civilización antes de verme entre selva y asesinos en busca de oro.

Siento la boca seca y escucho unas voces fuera de la habitación. Quizá sea uno de esos cuartos que tienen un pequeño salón. A mi derecha observo unas muletas. Está claro que tendré que usarlas.

Me siento en la cama despacio, para evitar mareos, aún me siento un poco débil. Me levanto a la pata coja y agarro las muletas.

La canción de Iyaz *Replay* se escucha antes de que pueda abrir la puerta. Cuando lo hago,

descubro el pequeño salón de la habitación donde, con la melodía, Loren canta en inglés tan entonado que me eriza la piel. Me encanta escucharlo cantar y más si es en inglés. Está acostado en un sillón, con la cara cubierta por una mascarilla blanca y dos trozos de pepino en los ojos. Lleva un albornoz que lo cubre, pero el pelo gotea sobre él, con lo que seguro salió hace poco de la ducha. Ladeo un poco la cabeza y observo a Belce acostada en otro sillón más pequeño. Está igual que él, con las patas para arriba y dos trozos de pepino en los ojos. Me quedo atontada mirando al animal.

El botones del hotel les saca brillo a sus pezuñas posteriores con una toalla y se dispone a pintarlas de rosa. Si abro más la boca se me desenchaja. La música sale de la televisión. Loren sigue cantando y mueve las manos de un lado a otro llevando el ritmo. En ese mismo instante, Belce mueve sus pezuñas delanteras del mismo modo y hacia el mismo lado que su dueño. A veces me dan miedo.

—¿Loren? —susurro. Estoy atónita.

Loren se quita uno de los trozos de pepino de los ojos y lo deja a un lado. Me sonrío y se golpea las piernas en señal de que tome asiento sobre su regazo. Abro los ojos tanto que me lagrimean. ¿Pretende que de buenas a primeras me siente sobre él? Se quita el otro trozo de pepino y se estira en el sillón. Termina levantándose al ver que no me muevo. Me envuelve en un cálido abrazo cuando llega frente a mí.

—¿Cómo te sientes? —pregunta. ¿Cómo le digo que ahora mismo siento que estoy flotando? Cierro la boca cuando me doy cuenta de la cara de estúpida que pongo.

—No sé si estoy alucinando por la pérdida de sangre —balbuceo y miro a un costado de Loren, asegurándome de que la visión de Belce acostada es real—. O me morí y esto es una especie de infierno propio.

—¿Qué dices, Koala? —Vuelvo a mirarlo—. A Belce le gusta que le hagan la manicura.

—Ah. —¿Y qué le digo yo ahora?

—¡¿Verdad que sí, Belce?! —le pregunta y se responde él con una voz más fina—. ¡Sííí!

Hasta el botones se le queda mirando raro.

Suspiro y niego con la cabeza. Sin poder detener la sonrisa que se me forma en los labios, me doy cuenta de lo mucho que adoro a este hombre a pesar de sus rarezas. Besa mi frente y se agacha para quedar a mi altura. Me va a arder la cara en cualquier momento y ni con agua la va a poder apagar.

—No me has dicho cómo te encuentras —insiste.

—Me... Mejor —tartamudeo. Ahora resulta que su tartamudez la tengo yo. Carraspeo la garganta y me muerde el labio inferior. Estoy de los nervios. Tomo una bocanada de aire, necesito tranquilizarme—. Me siento un poco débil pero ya no duele como antes.

—Te atendió un médico del pueblo —cuenta Loren—. Toma asiento, seguro que cuando comas y tomes una ducha te sientes más despejada.

Me ayuda a sentarme en el sillón en el que se encontraba él. Retira mi pelo del rostro y acaricia mis mejillas con una suavidad que me eriza la piel. Le ordena al chico que atiende a Belce que traiga comida y este se retira. La cabra mueve la cabeza, lanza los trozos de pepino y los toma al vuelo con la boca. Se los come y me mira. La observo. Me guiña el ojo. «¿Me acaba de guiñar el ojo una cabra?!».

—¿Dónde están Ginger y Scott? —pregunto.

—En sus habitaciones.

Digo un “ah” silenciosa como respuesta. Me pone histérica estar con él a solas en una

habitación de hotel. Me siento extraña. Lo miro por un segundo. No puedo ni siquiera sostenerle la vista un segundo.

—Creo que iré a ducharme ya —propongo para salir de este momento en el que el corazón parece que se me va a salir por la boca.

—Te ayudo a ir —propone y no espera respuesta. Me toma de la cintura y con la ayuda de las muletas me guía hasta el baño—. Toma en cuenta que no se te moje mucho la venda.

—Lo sé —susurro. A penas me sale la voz, parezco tonta.

Loren se mete al baño conmigo y en un segundo me tenso. ¿Se va a meter a la ducha conmigo? Va hacia el lavamanos y se limpia la crema del rostro. Suspiro. ¿En qué estoy pensando? ¿En realidad lo imaginé desnudo junto a mí en la ducha? Me mira, muestra una sonrisa suave y sale del baño. Susan, relájate. No puedes ir pensando tantas cosas raras. ¿Desde cuándo mi mente es tan buena para crear escenarios eróticos? Miro hacia la ducha y me imagino mil cosas. «¡Alto! ¡No!». Sacudo mi cabeza en negación por esos nefastos pensamientos. Dejo la pierna fuera y meto el resto del cuerpo dentro del agua. Suspiro por el alivio que ocasiona el agua caliente en mi piel. Demasiados días sin tomar una ducha, esto es el paraíso.

La noche llega sin que pueda quitarme la tensión del cuerpo. Pude vestirme con ropa cómoda y limpia gracias a que Loren fue a comprar un cambio en lo que despertaba. Tira de la tarjeta de crédito siempre que puede, esta vez se lo agradezco. Termino de comer y me acompaña, por lo que comemos juntos. Belce se termina la ensalada y sube al sillón. Se hace bolita para dormir. A mí a penas me entra la comida. Observo de reojo a Loren, él mira la televisión y come distraído. ¿No siente la misma tensión que siento yo al estar a solas con él? No, claro que no. ¿Cómo va a ser eso posible? Me miro el cuerpo y trago saliva. Se me forma un nudo en la garganta y suspiro hondo. Dejo el plato a un lado y me levanto cogiendo las muletas.

—¿A dónde vas? —pregunta y mira el plato de la cena—. Apenas comiste.

—Quiero descansar —miento para terminar antes con la conversación—. Buenas noches, Loren.

Loren tuerce el gesto y me sigue, aunque no se lo pida. Suspiro y siento cómo me toma del brazo para ayudarme a llegar a la habitación sin hacerme daño. Al pasar el umbral de la puerta, ambos nos miramos. No sé si él quiera decirme algo y yo, aunque quisiera decirle mil cosas, probablemente me trabaría y no sería capaz de hacerlo.

Como siempre ocurre entre los dos, las palabras sobran cuando las acciones tienen una conversación tan fluida como la conexión que tienen nuestros corazones. Loren se inclina sobre mí, junta nuestras bocas y me besa sosteniéndome de las mejillas con ambas manos.

Nuestros labios se acompasan al igual que lo hacen las teclas de un piano al ser acariciadas por las manos exactas, formando una melodía hermosa y única, imposible de reproducir de nuevo si no sigues una partitura. La guía melodiosa que lee mi boca es la misma que leen los labios de Loren que con amor me envuelven y elevan entre jadeos que anuncian el deseo y el amor que revolotea entre nuestros cuerpos.

Me intenta quitar la camisa, pero niego. No porque no quiera que sus manos tracen caricias por mi piel, sino porque me aterra la sola idea de que me pueda ver desnuda. Con cada pliegue, estría y fallo que puedo ojear en el espejo cada vez que me ducho. Me acompleja que Loren con su perfección y su forma de idolatrarme pueda verme tan humana que no sea capaz de volver a amarme.

Solo pensar que pueda dejarme al decepcionarse de lo que sus ojos claros puedan ver, me da

pavor, más que cualquier cosa en el mundo.

Él me mira, niega con la cabeza y entre jadeos cortos y suaves me sostiene las mejillas. Eleva mi rostro, hace que lo mire fijo a los ojos y, aunque sé que a él le cuesta mantener el contacto visual, esta vez, me sostiene la mirada con un ardor hermoso y brillante que me emociona hasta el punto de dejar que las lágrimas recorran mis mejillas.

—Eres preciosa —susurra. Envuelta en sus ojos dejo que suba con caricias la tela que cubre mi cuerpo. Me despoja de todo atuendo mientras nos miramos—. Adoro cada curva de tu cuerpo.

Al confesarme aquello, sus manos me acarician. Me encorvo como una figura de cera cuando el calor del fuego lo golpea de improviso. Mi cuerpo baila al son de sus caricias y cuando mi piel la acompaña erizándose, mis pulmones no pueden sostener el aire. Sabe a tormenta tropical entre mis labios cuando jadeo y de mí emana un quejido que ningún hombre antes había logrado arrebatarme.

Intento en un acto inútil cubrirme el cuerpo, lo miro sonrojada, sé que lo estoy porque mis mejillas arden. Sin embargo, el color cobrizo también tiñe las mejillas de Loren. Sonríe con dulzura y me toma las manos. Envuelve nuestros dedos y me aparta los brazos, dejando que mi cuerpo se exponga y pueda observarme tal y como el espejo me revela cada vez que me odio por no ser perfecta.

Volteo el rostro y cierro los ojos antes de que las lágrimas empiecen a empapar mis mejillas una vez más. Sé que me va a decir que me deja, que no quiere saber nada de mí y que no le gusto. Lo sé. No estoy preparada para vivir alejada de Loren.

Abro los ojos de golpe cuando siento un beso posarse en mi mejilla. Loren me suelta las manos solo para acariciarme el rostro. Limpia con amor mis lágrimas y besa el recorrido que había empapado mi piel hasta secarlo con cariño. Siendo tan cálido como tierno.

Me besa con suavidad y cuando siento que mi ropa interior es arrebatada con habilidad por las grandes manos de Loren, reacciono. Me doy cuenta de que sus ojos siguen brillando cuando me miran, de que su respiración está agitada y que sus manos me demandan ser suya. Que sus mejillas siguen sonrojadas y las sonrisas que muestra, nerviosas, son por tenerme al fin para él en un momento tan íntimo como este.

No le importan mis imperfecciones y veo cómo se agacha para besar cada pliegue, estría y variz que mi cuerpo muestra, sabiendo que eso es por lo que siempre oculto mi cuerpo con ropajes holgados.

Estoy llorando, porque jamás imaginé que el amor pudiera quitarme todo el dolor que por años y tras dietas y ejercicios erráticos había acumulado. De repente, ya no está. La inseguridad se llena de valentía cuando me estrecha contra su cuerpo y le acaricio el pecho hasta que mis manos se entrelazan en su nuca.

—Te quiero, Koala —dice entre mis labios, dejando pequeños besos que dibujan el contorno de mi boca.

—Yo también te quiero, a pesar de que estés como una cabra.

Con mis palabras que salen con un hilo de voz a causa de los sentimientos que se derraman por mis mejillas sin tener control, Loren me sujeta de los muslos y me levanta hasta que abrazo su cintura con las piernas. De nuevo, mi peso no es un obstáculo para cargarme de este modo y de forma tan cuidadosa que no me lastima en la herida reciente. A él no parece importarle el hecho de estar cargándose, nunca le importa. Parezco ligera entre sus brazos.

Me deja caer en la cama y lo veo sobre mí.

Los besos se vuelven eternos y me dibuja rutas que llevan hasta lugares prohibidos para

todos, menos para él. Incendia mi alma, cuerpo y pensamientos. Y como un volcán en erupción cambia mi piel a su voluntad, dejando rastros de fuego que se elevan como electricidad por mi columna vertebral. No hay ni un lugar de mí que sus manos no conozcan, ni un recoveco que sus labios no besen. No queda sabor que le pueda dar y que no haya probado su lengua que, sin cesar, saca para hacer remolinos y crear tornados que arrasan con la cordura que en algún momento pude tener.

No hace falta que le diga que soy suya, tampoco hace falta que me diga que es mío, porque acabo de comprender en un segundo lo que me dijo hace tiempo. Debía quererme primero para querer bonito, y ese amor bonito, ese amor de libro de cuento de hadas, no es otro que el que dos enamorados sienten, a pesar de que la perfección se esfume junto a la ropa y el agua que lave rostros y deje almas. Donde la prosa poética se marcha de vacaciones y solo deja corazones que al unirlos forman una conexión sin necesidad de estar siempre felices y comer perdices. Un amor imperfecto que termina siendo perfecto.

Un amor sin posesión, sin barreras, sin límites. Uno que me quiere sin querer cambiar nada y que convierte mis inseguridades y mis defectos en algo que luzco como un tesoro, al saber que él como el oro mismo, los ama. Me ama y yo lo amo.

Me sujeta y me coloca sobre él, apretando mi trasero con una fuerza asombrosa.

Cuando somos uno y el placer nos saca quejidos y gritos que nos envuelven en el silencio roto de la habitación, me veo en sus ojos. Esos ojos azules que brillan y me dejan sin aliento. Me reflejo en ellos como en un espejo de sinceridad y cariño y, en ellos, me muestro como la mujer más sexi y hermosa del mundo.

Entonces, comprendo cómo es que Loren me ha visto durante tanto tiempo. Jamás ha visto a una chica repleta de imperfecciones y fuera de los estándares de belleza. Al mirarme, solo veía a la mujer que amaba, y en este momento sé que mis ojos le están gritando que él es el amor de mi vida. Me siento especial, plena, poderosa, y se lo demuestro moviendo mi cuerpo para que, con placer, ambos podamos abrazar el éxtasis y podamos alargar nuestro amor por toda la noche o por toda la vida.

Nuestros besos se acaloran igual que el ritmo de nuestras caricias y movimientos. Las sábanas nos envuelven y cobijan, guardándonos el secreto que rompemos a voces cuando gritamos el nombre del otro, para decir después lo mucho que nos amamos.

Cuando en medio de la noche, mis ojos se abren, y gracias la luna que ilumina la habitación desde la ventana, observo el rostro de Loren descansando a mi lado, entiendo el significado de la palabra amor. Acaricio su mejilla y bajo con la mano por su pecho. Incluso dormido, sonrío y me contagia la sonrisa. Me acurruco en su pecho y, aunque me ha quitado la ropa, tal y como me dijo en su momento, con él me desnudé el alma y no temí, no temo. Podría estar toda mi vida, entregándole todo lo que soy. Me abraza y suspiro hondo. Su olor, su cercanía, él. La mezcla perfecta para que mi corazón palpite feliz y se sienta eterno.

## Capítulo 14



Despertar con los besos de Loren y sus abrazos no fue nada desagradable, de hecho, creí estar teniendo un sueño extraño y húmedo hasta que me pellizqué una nalga y el dolor me advirtió que era real. Lo que hicimos después me terminó de despejar. Sin embargo, tener que dar declaración a las autoridades del pueblo acerca de lo que nos ha ocurrido con los cazadores de tesoros me pone tensa.

Aquí estamos, en la recepción del hotel, escuchando cómo nos dicen que no pueden hacer nada por el momento al no tener rastro de ellos y no saber sus nombres. La impotencia me sube al máximo cuando nos aconsejan marcharnos del país como si nada hubiera pasado.

Tomamos un taxi y nos lleva al aeropuerto. Hacemos una breve parada en Londres para recoger la ropa que Ginger se había comprado al llegar.

—Me parece absurdo que nos digan que nos marchemos sin siquiera abrir una investigación por lo ocurrido —protesta Scott indignado.

—Mejor que sea así, porque de lo contrario hubieran sabido que tú estabas trabajando con ellos —le recrimina Loren y las miradas de ambos se vuelven como las de dos fieras a punto de morderse la yugular.

Belce salta e intenta morder en los bajos a Scott, pero este, conociéndola, toma el bolso de Ginger y se lo coloca abajo para que muerda la tela.

—¡Quieta, cabra loca!

—¡Mi bolso! —regaña Ginger y los golpes por su parte no tardan mucho en llegar a la cabeza de Scott.

Mientras ellos discuten, Loren y yo nos quedamos fuera de la casa, mirando a la nada, eso sí, con las manos unidas y nuestros dedos acariciándose a voluntad con una ternura abrumadora.

—Me parece injusto que los asesinos de tu padre queden libres —dice Loren, lo miro y asiento. También me siento mal. Quería que al menos la ley pudiera actuar frente a ellos, pero no va a poder ser—. No podemos dejar esto así.

Aprieto los labios y lo miro, dudando. ¿Qué podemos hacer si todo terminó? Encontramos el tesoro y logramos hacer que nadie más pueda acceder a él, nos fuimos del país y perdimos todo lo que mi padre escribió, incluyendo el mapa real que nos condujo al lugar exacto del tesoro. No podemos hacer nada.

—No hay nada más que hacer, Loren —contesto—. Ni siquiera nos queda nada de lo que mi padre me dejó.

—Pero eso ellos no lo saben. —Hago una mueca y lo observo cuando me dice eso—. Sí, ellos no saben que perdimos todo, quizá puedan pensar que les mentiste cuando dijiste que perdiste los diarios.

—¿Propones tenderles una trampa? —pregunto. Él asiente—. ¿Para qué?

—En el pueblo en el que estábamos la ley es mínima, en España no —comenta—. Pueden meternos en prisión.

—¿Sin pruebas? —Loren sonríe con amplitud ante mi pregunta.

—Eso déjame a mí —tercia muy seguro—. Vamos a llevarlos hasta la trampa, como ratas de alcantarilla que son. —Belce se pone a dos patas y salta moviendo el rabo—. ¡Incluso ella quiere!

Asiento ante la locura y se me escapa una risita. Por mi padre y por todo lo que nos han hecho pasar en estos días, haré todo por llegar con esto hasta el final.

—Bien —acepto y Loren da unos saltitos mientras deja pequeñas palmas y se choca los..., ¿cinco? Con la cabra, aunque ella tiene pezuñas—. Eres el único capaz de convencerme de hacer tal cosa.

—Lo sé —contesta con fanfarronería, y su sonrisa perfecta me desarma. Igual que siempre.

Ginger sale de la casa con un nuevo modelito, creyendo que la fiesta de la locura con esos matones terminó. Fuerzo una sonrisa cuando la observo así arreglada y ella palidece al momento.

—No, no, no —balbucea.

—¿Qué pasa? —pregunta Scott, mirando a Loren y luego a mí. Ginger nos señala y niega con la cabeza—. ¡Esas sonrisas falsas que lleváis significan algo, y no! ¡Yo ya no me vuelvo a meter en más locuras! ¡Perdí un bolso carísimo, unos zapatos de tacón con diamantes y mi móvil!

—¿Dónde dices que están esos zapatos? —susurra Scott.

—¡Calladito! —le advierte Ginger y alza el dedo en advertencia frente a su rostro—. ¡No, dije que no y es no!

Tres doritos después.

—Esto es impresionante —regaña Ginger con el móvil de Loren en las manos. Scott nos facilitó el número con el que lo llamaban los secuaces de la asesina. Y a ese número está contactando Ginger. Toma una bocanada de aire y escuchamos que descuelgan por los altavoces.

—¿Sí? —pregunta un hombre.

—Soy Ginger, la amiga de Susan —cuenta y se mete de lleno en el papel que le hemos dicho—. Estoy harta de ella y de su inmadurez. Hay más tesoros y se los quiere guardar para ella. Quiero mi parte y para ello, trabajar con vosotros.

Hay una pausa incómoda en la que nos miramos y hasta la cabra se tensa, pone cara de velocidad y traga saliva.

—Un momento —dice el matón y dejamos salir el aire que contenía nuestros pulmones.

Una voz femenina se escucha de lejos y centramos la mirada en el móvil antes de que hable.

—Ginger, qué bueno que quieras aliarte con nosotros. —La mujer cayó en el trapo con facilidad. Sonreímos aliviados y nos miramos entre sí—. ¿Qué nos propones?

—Estamos volviendo a España —sigue Ginger—. En la casa de los padres de Susan quedan papeles, mapas, apuntes. Puedo entretenerlos allí para que, cuando vengáis, podáis extorsionarlos y quitarles todo lo que guardan.

—Perfecto —acepta la asesina y deja escapar una carcajada espeluznante, propia de villana de dibujos animados—. Nos vemos allí.

Cuelga.

—¡Sigo diciendo que esto es una locura! —advierte Ginger y le devuelve el móvil a Loren.

—A mí me parece divertido —comenta Scott.

—Nadie te preguntó —vuelve a atacarlo Loren y de nuevo se ven como animales de presa.

Entorno los ojos y bufo dándole tirón a Loren en el brazo para que dejen esa forma de retarse tan infantil.

Vamos de camino al aeropuerto, pero justo antes de llegar, observamos en la entrada a la mujer que nos perseguía junto a sus hombres, ¡¿Qué demonios hacen aquí?! Loren aparca a unos metros y nos quedamos estáticos en el interior del vehículo, sin saber cómo reaccionar. ¿Nos han estado siguiendo? Miro hacia la mochila de Loren. ¡Mierda, el localizador! La tomo y busco el aparato.

—¡¿Dónde está?! —exijo a Scott, moviéndole la mochila en la cara.

—¡¿No habéis quitado el localizador todavía?! —pregunta él.

—¿Qué localizador? —Loren nos mira aturdido—. ¿Había un localizador y no lo habéis quitado?

—¡Lo siento, estaba muy estresada huyendo e intentando no desangrarme como para recordar eso! —grito exasperada.

Scott lo saca, es un aparato minúsculo. Lo lanza por la ventana del coche. Suspiro. Ginger hiperventila y se sostiene del pecho.

—¿Quieres que te haga la boca a boca para darte aire? —propone Scott.

—¿Quieres que le diga a la cabra que te castre? —contraataca Ginger.

Belce sonrío y le muestra los dientes a Scott modo psicópata.

—No, gracias —susurra Scott y se cruza de brazos. Nos mira—. ¿Qué hacemos ahora?

Miro hacia el aeropuerto y observo a los tipos junto a la mujer que terminó con la vida de mi padre. Esto es personal, se acabó el huir y dejar que se salgan con la suya. Esta vez, va a ser distinto. El ratón, atraparé al gato. Asiento.

—Seguimos con el plan establecido —acoto con decisión.

—Pero Susan. —Loren me toma la mano y me sostiene el mentón para que lo mire—. Esa gente es demasiado peligrosa.

—Lo sé —admito—. Por eso, vamos a tener que hacer las cosas de forma minuciosa y controlada, ¿de acuerdo?

Asienten y tomo una bocanada de aire. Esto va a ser movido.

Bajamos del coche y nos hacemos los tontos hasta que la mujer y sus matones nos rodean. Belce también está metida en el papel y salta en sorpresa cuando ya nos tienen supuestamente acorralados.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto con aparente terror. Ginger no lo finge, está tan asustada que se le fueron los colores de las mejillas. Sin embargo, traga saliva y se pone seria. Mira hacia la mujer y arquea las cejas, mostrando una sonrisa segura, notándose sus dotes de interpretación.

—No pensé encontraros aquí —dice, y la mujer le sigue con la sonrisa—. Pero mejor, más fácil, así no se escapan.

—¿Qué estás diciendo? —sigue Loren. Su expresión de horror parece auténtica, tanto que me traslada la angustia—. ¿Estás con ellos?

—No puede ser —susurro, dando lo mejor de mí para interpretar tan bien como ellos.

—¿Y luego el traicionero era yo? —pregunta Scott con desdén.

—Lo siento, chicos —interviene Ginger y se cruza de brazos, mirándonos con superioridad—. Scott tenía razón cuando dijo que no erais el equipo correcto.

Las armas nos apuntan con disimulo y sabemos que el plan funciona a las mil maravillas, porque evitan apuntar a Ginger, quedándose al lado de la jefa de los matones. Levantamos las manos en estrella y Belce sus pezuñas hasta que se apoya en la pierna de Loren. Scott se retira y

bufa con molestia.

—¡Yo no tengo por qué ver mi vida en riesgo por estos inútiles! —expresa y se sale del círculo fingiendo escapar. Iban a disparar, mas, la mujer indica que no con un suave movimiento de cabeza.

—Dejadlo ir, un loco menos, ese solo quiere el dinero —dice para fijar los ojos en nosotros—. En cuanto a vosotros, nos vais a acompañar, ya imaginaba que había algo más detrás. De lo contrario, no os hubierais ido del país con tanta rapidez. Por eso os seguimos.

Miro de reojo a Scott. Entre la gente se escabulle hasta adentrarse primero en el aeropuerto. Suspiro y dejo caer mis lágrimas de tristeza y decepción fingida hacia Ginger. Asiento, y guiados por los malvados tomamos el vuelo.

Todo el trayecto nos mantenemos en silencio. Belce volvió a subir al avión como un bebé, pero hasta ella se mantiene al tanto de lo que va ocurriendo y el sueño no nos llega a pesar del cansancio y el bullicio de tantos días interminables.

Llegamos al país escoltados. Loren y yo nos miramos en el momento en que sorteamos la seguridad del aeropuerto. Con disimulo, saco las llaves de Petunia y aprieto el botón para que las puertas se abran. Pienso hasta tres en mi cabeza y cuando mis pasos se aceleran y corro hasta el coche, cojeando, Loren y Belce también corren. Loren me sostiene de la cintura y me ayuda a ir más rápido debido a mi herida. Entre gritos, disparos que nos inundan la mente y un despliegue policial que se aviva con los hombres de seguridad del aeropuerto, conseguimos llegar al coche. Meto las llaves y lo arranco. Sin embargo, Petunia se ve envuelta de disparos y nos vemos obligados a pasar a la parte de atrás del coche. Loren y yo nos miramos agachados en el asiento y, justo en ese momento, sentimos como Petunia se mueve.

Arrugo el ceño.

—Si tú estás aquí y yo estoy aquí —planteo al ver que el vehículo va moviéndose y alejándose del aeropuerto—. ¿Quién está conduciendo?

Con la boca abierta, los dos miramos hacia el conductor.

—¡Bee! —la cabra nos grita con las dos pezuñas en el volante.

¿Qué? ¿Cómo? Observo que uno de mis zapatos cayó y se quedó en el acelerador, por lo que embestimos a los coches patrulla que han llegado como refuerzos por el alboroto, y los oficiales se quedan viendo a la cabra mientras pasamos, creyendo que en el coche solo está ella. Suspiro y tomo el control del vehículo, me coloco al frente cuando sorteamos a la gente. Loren se sienta a mi lado y sujeta a Belce, la cual va de lado a lado, de un asiento a otro a medida que doy volantazos.

—¡Tenemos que llegar a casa ya! —grito y observo de reojo como los coches con los matones, la loca y Ginger vienen detrás de nosotros, ignorando el hecho de que nos persigue la policía.

—Esperemos que Scott haya llegado a por tu madre y lograrse llevársela —comenta Loren. Toma el móvil y lo marca, pero no hay respuesta.

Nos embisten por un costado y pierdo un poco el control del coche. Me subo a una acera y observo cómo una señora con un caniche se cae a una fuente de espaldas.

—¡Lo siento! —grito por la ventana.

Consigo sortear el tránsito e incluso salir ilesa sin atropellar a nadie hasta que estamos cerca de la casa de mi madre. A este punto parecemos criminales recién buscados, aunque la policía se ha perdido en el camino, dejando solo a la mujer y sus compinches detrás de nosotros. Desde un

inicio era lo que habíamos planeado, no dejarles mucho margen para que, con facilidad, pudieran seguirnos hasta la casa.

Me subo a la acera y apago el motor en el momento justo en el que Petunia hace un sonido raro y se aplasta, saca humo del motor como si estuviera exhausta.

No hay momento para contemplaciones, bajamos del coche y nos adentramos en la casa junto a Belce. Dejamos la puerta abierta. Sin embargo, y bajo ningún pronóstico, observamos a Scott maniatado y con una mordaza en la boca, sentado en una silla del salón.

—¿Qué está pasando? —pregunta Loren y no sé qué responderle.

—¡Hija! —mi madre me saluda desde el sofá y levanta una pistola con la que está apuntando a Scott. ¡¿Mamá?!—

—¿Qué haces? —la cuestiono. Loren me sostiene de la cintura y me hace retroceder. Belce da unos pasos hacia atrás y ladea la cabeza sin entender la situación. Y cómo hacerlo, si yo tampoco sé qué hace mi madre al estar armada.

—¿No podías solo darles lo que estaban buscando? —pregunta mi madre y observo cómo me mira de reojo con una expresión extraña—. ¿Por qué tienes que parecerte tanto a tu padre?

—Mamá, no entiendo —susurro y ella se levanta del sofá, dejando la pistola contra la sien de Scott.

—Tu padre siempre estaba estudiando historia, buscando esos malditos tesoros y dejándome sola. Estaba obsesionado y tuve que criarte sin su ayuda. Solo nos daba dinero, pero claro, no te crie con rencores hacia él. Por eso hoy en día lo pintas como un héroe para ti y sigues manteniendo ese coche oxidado para recordarlo, pero yo qué, ¿eh? ¡¿Yo qué?!—

Aprieta más la pistola en la sien de Scott y la carga. ¡Santo Dios!

—¡Mamá! —grito y sorteo a Loren. Intenta sostenerme del brazo, y se lo impido, levanto las manos en son de tranquilizarla—. Mamá, escúchame.

—Solo quería que todos desaparecieran de nuestra vida para siempre —dice y rompe a llorar—. Que dejaran de buscar y que tuvieran las investigaciones de tu padre, cada escrito, que nos dejaran en paz. Porque tú no has estado aguantando amenazas y extorsiones, sin embargo, yo sí estuve tragando por guardarle el secreto y porque a ti no te ocurriera nada.

Tengo un nudo en la garganta y pronto mis mejillas se empapan.

—Mamá, entiendo, pero escúchame.

—¡No! —grita—. No, estoy harta. ¡Ya no puedo más! ¡Si no se van de nuestras vidas por las buenas, se irán por las malas!

¡Va a apretar el gatillo!

—¡Mamá, esa mujer y sus hombres asesinaron a papá! —Se queda con la boca abierta al escucharme y susurra un *¿qué?* en pregunta apenas audible—. Sí, mamá. Encontramos el tesoro y papá habló de él en una libreta donde anotó sus últimos pensamientos. Quizás el hecho de que estuviera distante de nosotras era también para protegernos. Quizá no sabía a lo que se enfrentaba al empezar la búsqueda de esos tesoros. —Mi madre rompe en llanto y le tiembla el pulso—. Mamá, no eres una asesina y, Scott nos ayudó. Baja el arma —pido y le extiendo la mano—. Por favor, va a venir la policía. Eres el único familiar que me queda y no quiero verte presa.

Alarga la mano y me deja la pistola. En ese momento se derrumba, cae al suelo y corro a su lado para sujetarla mientras se rompe y empieza a llorar.

—¡Yo amaba a tu padre, aun así, siento que jamás fui suficiente y por eso se volcó en la búsqueda de esos tesoros estúpidos!

Loren se acerca a donde está Scott y lo desata. Este suspira y se toca las muñecas. Una risa femenina se cuela por el salón.

—Ese hombre estaba obsesionado por encontrar los tesoros para dar mejor vida a su familia —dice la asesina adentrándose en el salón—. Pero qué bien que estemos todos aquí, porque una vez que me den lo que quede de las investigaciones, podremos mataros a todos.

Loren da un paso al frente junto a Belce. Ginger se asoma por la puerta y me observa mientras estoy sujetando a mi madre. Suspiro. Todo se complicó al estar ella aquí, no obstante, algo se me ocurrirá. Asiento con disimulo para que sepa que el plan sigue en marcha.

—Sois unos asesinos —acusa Loren, con seguridad—. No solo casi nos matáis y queréis hacerlo ahora, sino que también terminasteis con la vida del padre de Susan.

—Es así —admite la mujer—. Nos encargamos de hacerle la vida difícil hasta que un día, nos dimos cuenta de que no conseguiríamos su trabajo de estar vivo, así que, nos lo quitamos de encima. Así de simple.

—Qué bien que eso sea delito y que la policía está de camino —comenta Loren con tranquilidad, apoyándose del sofá.

La mujer suelta una risita. Sostengo el brazo de mi madre y la dirijo con cuidado hacia la cocina, aprovechando que Loren entretiene a la mujer. Dejo que pase y se marche primero por la puerta trasera. Scott la sigue para asegurarse de que no pierde una vez más la cordura.

—Antes de que vengan nos habremos ido —dice segura la psicópata—. Y solo encontrarán a unos locos con una cabra, con enanismo, que han armado un espectáculo a la salida del aeropuerto. Además, no tenéis pruebas.

—¿Tú crees? —pregunta Loren y levanta el móvil con la grabadora de voz encendida. La apaga y agranda la sonrisa. Me mira—. Te dije que funcionaría.

—A los villanos les encanta glorificarse con sus maldades, en todos los libros es así —sigo la charla.

La mujer reacciona, intenta acercarse a nosotros, sin embargo, Belce salta y le pateo en el estómago. Se sube al sofá y desde ahí se le lanza a la cara a uno de los matones, dándole cabezazos hasta que lo deja bizco. Por el dolor, la loca cae al suelo y Ginger aprovecha para cerrar la puerta de la entrada con llave desde fuera.

Belce sigue con los cabezazos, el hombre sonríe como atontado y cae a un costado escupiendo los dientes que le ha arrancado la cabra. Con orgullo se sube al sofá y levanta la cabeza y el rabo, caminando igual que una modelo.

Loren me sorprende dando un puñetazo certero a uno de los hombres y le arrebató el arma. Luego se queja y se observa los nudillos. Se da besos y se canturrea como un niño pequeño. Sigue siendo Loren. Me apresuro a coger del suelo el arma que había dejado mi madre y la cual pertenece a Scott. La levanto en dirección a los hombres y la mujer al igual que Loren.

Belce da un salto victorioso desde el sofá y nos sigue caminando de espaldas hasta que logramos salir de la casa.

—¡Listo! —grito y Ginger se apresura a venir con nosotros.

Con rapidez cerramos todas las salidas. Mi madre nos observa atónita. Los gritos de los asesinos desde el interior de la casa son notorios al igual que las amenazas y la rotura de muebles y cristalería, pero por muchas ventanas que quieran romper, están provistas de hierros que impiden la fuga.

Antes de que podamos reaccionar, la policía nos rodea y nos obliga a soltar las armas que portamos como defensa.



## Capítulo 15



La grabación como prueba no fue suficiente para librarnos de una multa por desorden público, aun así, al menos, después de una hora de interrogatorio en comisaría, me deleito al observar a la asesina de mi padre junto a sus matones subir esposados al coche patrulla que los llevará a prisión. Ella hace contacto visual conmigo y frunzo el ceño levemente. No debí subestimarme y menos hacerle daño a mi familia.

La prensa no tarda en llegar y rodearnos, preguntándole cosas a Ginger y Loren. Al haber estado sin móvil y desaparecidos, se hicieron eco rápido de nuestra llegada y los acontecimientos.

Me abruma la multitud que me empuja y me aleja de ellos. Los veo ahí, en su mundo de fama, tan inalcanzables como los veía antes de que empezara la aventura. Se me forma un nudo en la garganta y observo a Loren. Él no me mira porque intenta responder sin trabarse y siendo correcto para que no armen un escándalo. En este preciso momento, la realidad se impone y doy un paso atrás. Todo terminó. Incluso Belce está en su salsa y mueve el rabito feliz, sin prestarme atención.

Me doy la vuelta para marcharme cuando el brazo de mi mánager en la editorial me cubre los hombros.

—¿Dónde te habías metido?! —pregunta—. Pude arreglar tu desliz en la presentación. Aprovecharnos de la polémica también produce ventas. ¿Y sabes qué? ¡Subieron! Por eso, tienes que ponerte en marcha para seguir con los libros y sacar uno nuevo. ¿Qué me dices? Eres la escritora del momento.

No puedo sonreír, tampoco sentirme feliz porque mis libros se lean por una polémica y no por mi trabajo. Veo de reojo hacia Loren y esta vez, entre la multitud, nuestros ojos se encuentran. Sin embargo, solo le dedico una amarga sonrisa que él entiende, debido a la mueca que hace después.

—Quiero dejarlo —balbuceo.

—¿Qué? —pregunta Arancha.

—No soy feliz, escribiendo para vender —confieso y la miro con decisión—. Lo siento, pero soy escritora, no tertuliana del corazón para vivir de polémicas.

—Recuerda que la polémica la provocaste tú. —Me señala—. Y que tienes un contrato firmado.

—Si la polémica inició fue porque se me estaba excluyendo de mi propio trabajo, puedo conseguirme un buen abogado que pueda defenderme para romper ese contrato. La pregunta es, ¿queréis tener pérdidas monetarias en la editorial?

Arancha se detiene y arruga la nariz. Sonrío en respuesta y sigo al frente.

—Estás cambiada —me dice y asiento.

—Ahora sé lo que valgo —le aclaro y me marcho.

Cuando me encuentro lejos del bullicio, una muchacha morena y de pelo corto llama mi atención. Se encuentra apoyada de la fachada de un edificio, mirando desde la lejanía hacia Ginger y Loren. Ella sonríe leve y agacha la cabeza. Justo en el momento en que la veo sonreír la recuerdo. Es la novia de Ginger, aquella que vi en las fotografías que me enseñó. Entonces, recuerdo mi promesa.

Si yo no tengo un final feliz, ellas pueden tenerlo. La muchacha se percata de que la observo y ladea la cabeza.

—¿Eres Susan Vaig? ¿La escritora? —pregunta. Asiento y le dedico una suave sonrisa—. ¿Por qué no estás envuelta de esa nube de glamur en la que se ven ellos dos?

—Sería muy largo de explicar —expongo. Suspiro hondo y miro hacia ellos. Desde donde estamos, es como observar un universo paralelo—. Sé que se ve muy abrumador.

—Es muy abrumador —aclara ella. Me observa y agranda la sonrisa—. Ella te lo contó, ¿no? —Asiento y ella suspira hondo—. Me afectó mucho ver que todos creyeran que mi novia estaba con alguien más.

—Lo entiendo, pero eso se va a acabar. Acabo de amenazar a la editorial con demandarlos —le cuento y ella se queda con la boca abierta. Asiento—. Sí, no sé de dónde saqué el valor de hacerlo, aun así, lo hice. Ya no quiero que nadie más se vea perjudicado por querer sacar dinero. En tu decisión queda si volver con ella o no.

La muchacha suspira hondo y muestra una suave sonrisa con la que se le marcan los hoyuelos.

—Amo a esa loca adicta al fucsia —bromea y se ríe contagiándome—. Pero ¿cómo competir contra eso? —Señala toda el aura de atención que rodea a Ginger—. Yo no nací para estar delante de los focos.

—Ni yo —admito—. Sin embargo, ella te ama muchísimo, ni imaginas como habla de ti. —La sonrisa en la mujer se hace más plena y con las mejillas sonrojadas mira al suelo—. Inténtalo, hacéis muy buena pareja.

Asiente y suspira hondo. Sonríe agradecida porque me escuchara y doy un paso para irme.

—¡Susan! —Me detiene y la observo. Me mira sonriendo—. Aplica los consejos que das, porque, aunque no te conozca, he podido observar la forma en la que miras a Lorenzo Edwards. También cómo te mira él.

La sonrisa se me borra y suspiro. Aunque quisiera, soy mejor en dar consejos que en seguirlos. Asiento en agradecimiento a sus palabras y me retiro antes de que las lágrimas recorran mis mejillas y alguien pueda verlas.

Al llegar a casa, mi madre se encuentra allí mientras se recupera psicológicamente y arreglan los desperfectos de su hogar. Ha dado un paso asombroso hacia la recuperación y busca ayuda profesional mediante números de psicólogos de la zona. Scott llama a la puerta y ambas lo observamos en la entrada.

—Fue divertido —admite y se pone las manos en los bolsillos—. Es momento de que todos volvamos a la realidad.

—¿Y cuál es tu realidad? —pregunto con curiosidad—. Siempre pensé que vivías en la selva y que comías estiércol para desayunar.

Se carcajea y niega con la cabeza.

—Es cierto que me metí un poco en el papel de loco de las cavernas. —¿Un poco? Arqueo

las cejas—. Me fui huyendo de la realidad y me gustó más que estar trabajando en una empresa.

—¿Eres empresario? —Asiente y la sorpresa se dibuja en mi cara. Él se ríe y se encoge de hombros—. Es cierto eso que dicen de que no hay que juzgar un libro por su portada.

—No —susurra y extiende la mano para despedirse—. Fue un placer, Susan.

—Igualmente, Scott. —Le estrecho la mano y se despide con un asentimiento leve.

El silencio se instala en el salón cuando cierro la puerta. Mi madre se apunta los números y al fin cae en la cuenta de que Loren y Belce no me acompañan.

—¿Dónde está Loren? —me pregunta y debo batallar para no romperme en dos.

—En su mundo —contesto—. Y yo debo volver al mío.

Ese mundo oscuro y solitario en el que jamás salía de la habitación.

Le prometí a Loren que volvería a escribir y que haría un libro del género que más deseara y lo haré. Solo que, en este momento, mi alma y mi corazón lloran en compañía de mis ojos, a medida que empapan el cojín en el que me abrazo sobre la cama.

No sé en qué momento me dio por dormir tanto, hasta el punto en que han pasado tres días y no he salido de la cama para nada. Mi madre me consiguió un móvil nuevo en el que me deprimó al observar las redes sociales de Loren y lo miro posando con mujeres que brillan con su hermosura, así como él. El mundo de Loren sigue, avanza, evoluciona, el mío no. Ha intentado hablarme por mensajes privados en la aplicación, también en WhatsApp, sin embargo, responderle sería un retroceso y no quiero que su carrera se vea afectada por mi culpa.

Mi madre llama con unos suaves golpes en la puerta. Miro hacia la ventana. Es de noche. Arrugo la nariz y me estiro en la cama intentando quitar la pereza de mi cuerpo. Suspiro y arrastro los pies hasta la puerta. La abro y detrás de ella se encuentra Ginger. Va arreglada y en compañía de su novia. La sonrisa se me sale sola al igual que la de Ginger, que se dibuja con emoción. Me estrecha entre sus brazos y me da un beso en la mejilla.

—Te quiero mucho —me dice y no puedo contener las lágrimas de emoción—. ¿Sabes que eres mi mejor amiga?

—Y tú la mía —confieso, a pesar de que las dos somos tan diferentes.

Miro hacia la muchacha y ella agranda la sonrisa mostrando sus hoyuelos tan marcados como tiernos. Me siento feliz de que me haya escuchado y dado el paso para volver con Ginger.

—Arréglate —ordena Ginger. Me descoloca por la petición tan repentina—. Sé que acabamos de vivir una locura hace apenas tres días, pero me encantan las locuras y organicé una cena esta noche para celebrar que no terminamos siendo cráneos de oro.

—Está obsesionada con eso de los cráneos —añade su novia—. Se le quedó trauma.

—¡Tonterías! —Se carcajea Ginger—. Tienes que venir, Susan.

—Pero...

—¡Pero nada! —me interrumpe mamá—. No vuelvas a ser una ermitaña, hija. Te va a venir bien despejarte y no estar llorando en la cama.

Suspiro hondo. Bueno. Asiento, ¿qué podría salir mal? Las dos dan un chillido cuando me ven aceptar y se meten a mi habitación corriendo. Empiezan a sacar la ropa y elegirla por mí. Me quedo de pie en la puerta, con los ojos abiertos a modo cervatillo. Me siento como una modelo a la que le aconsejan qué ponerse.

Vestida por un traje negro el cual nunca me ponía antes porque resalta mis curvas y me veía horrible, y unos zapatos de tacón de igual color, salgo del baño y me ojeo en el espejo del armario. Me veo linda. Es la primera vez en la que al mirarme me siento bien conmigo. Sonrío y

suelto mi pelo largo sobre mis hombros. No voy a volver a despreciar mi cuerpo nunca más.

Ginger me da un toque suave de maquillaje y la acompaño junto a su novia. Me despido de mamá con un beso, aunque se encuentra medio dormida en el sofá.

Cuando el coche se detiene frente a la flamante mansión de Ginger, el pulso se me detiene. ¡Hay demasiada gente! ¡Prensa incluida!

—¡Ginger! —Muevo el asiento desde atrás—. ¡¿Qué es esto?!

—Decidí decirle a todo el mundo que soy lesbiana y que estoy con ella —confiesa, tomando a su novia de la mano—. Por eso llamé a todo el mundo.

—¡¿Y no me lo podrías haber dicho antes?!

—Es que, si te lo decía, no venías —suelta.

—¡Normal que no!

—No te alarmes y disfruta. —Me mira con una sonrisa pícara—. Eres una escritora famosa, lúcite.

Miro a la novia de Ginger y ella se encoge de hombros.

—¿No decías que no naciste para los focos? —le pregunto en un intento inútil de salir ilesa de esta situación y que ella también diga que no sale del coche.

—Lo dije, pero quiero estar con Ginger —confiesa—. Así que haré el esfuerzo por luchar junto a ella contra lo que sea.

Se besan y a pesar de que la escena es hermosa, mi mundo se me cae a los pies y la respiración se me corta. Entro en pánico. «¡Seguro que la lío!».

Temblorosa, bajo del coche detrás de Ginger y su chica. Los *paparazzi* nos rodean y sé que me preguntan cosas de mis libros, sin embargo, los flashes me dejan ciega y estoy desubicada como para responder nada.

Entre el mareo que me envuelve, siento un leve tirón en la falda. Miro hacia abajo y encuentro a Belce mirándome y dando saltitos sobre a dos patas. Va vestida con un traje rosa y un sombrero blanco con un lacito adornado con perlas de colores claros. Sonrío feliz de verla, porque, aunque haya sido poco tiempo, la extrañé.

La cargo en brazos y contra todo pronóstico, me lame la mejilla y pasa la cabecita por mi cuello a modo de abrazo.

—Yo también te extrañé mucho —susurro, y lucho por no llorar mientras la estrecho entre mis brazos con cariño.

—¿Y a mí no? —Esa voz. Mis ojos dibujan su silueta desde la punta de sus pies hasta el rostro. Loren está guapísimo vestido de etiqueta. Me mira y exhibe esa sonrisa suave y en apariencia inocente que tanto me cautiva—. No me has respondido los mensajes.

Aprieto los labios al escucharlo. Mis ojos se vuelven borrosos y, él al notar que estoy al borde del llanto borra la sonrisa al segundo.

—Somos de mundos muy distintos, Loren —susurro.

Él va a responder, no obstante, los *paparazzi* lo rodean y de nuevo me alejan de su lado. Esta vez, no nos quitamos la mirada, él no los escucha, tampoco responde.

—¿Son ciertos los rumores de que estás saliendo con la modelo de tu última sesión de fotos? —pregunta una reportera.

—¿Sabías que tu exnovia, Ginger, estaba con una mujer? —sigue otro.

Niego con la cabeza, mientras ambos nos miramos, para que entienda que esto es imposible. Agacho la mirada y con pesar dejo a Belce en el suelo.

—¡Espera! —Escucho a Loren, no obstante, me quiero ir a casa. Doy la vuelta para marcharme—. ¡¡¡Parad!!! —el grito desgarrador de Loren me detiene y deja a la prensa muda por tal reacción—. ¡Dejad de acosar y de preguntar cosas absurdas! ¡Jamás estuve saliendo con Ginger y no me gustan las mujeres con las que trabajo porque estoy enamorado de Susan Vaig desde hace años!

Tomo una bocanada de aire por la impresión y olvido cómo es que se echaba el aire de los pulmones. Las cámaras ahora me enfocan, y tengo una cara de pescado muerto que no me la quita nadie. «¿Qué acaba de decir?!».

Loren los empuja y me toma de la cintura. Lo suyo no es dejar que piense en ningún momento, porque antes de siquiera intentar alejarme, sus labios ya me están besando y haciendo que me derrita entre sus brazos, olvidándome de las cámaras que nos graban y la gente que se encuentra a nuestro alrededor.

Cuando nuestros labios se separan solo un poco, él sonríe, y yo me siento en una película de romance. Le sigo la sonrisa, aunque las lágrimas ahora me salgan de emoción.

—¿Desde hace años? —le pregunto con un hilo de voz. Él asiente—. ¿Por qué yo?

—Porque no hay nadie, como tú —responde y vuelve a besarme, a perderme en su boca, en su cuerpo. Lo abrazo con fuerza y se me escapan risitas de nervios. Nada me importa. Ni la prensa ni el que dirán, nada. Solo él y yo. Bueno, y Belce.

—Mi mundo no es distinto al tuyo —sigue Loren—. Porque ahora mi mundo, eres tú.

Me rompo en llantos de felicidad. Tomo a Belce en brazos y los estrecho a ambos con cariño mientras Loren me da besos en la cabeza. No pienso volver a alejarme de ellos nunca más.

Cuando la prensa cubre la noticia y tiene suficiente material, se disipan para seguir a Ginger, pues va a dar el paso de admitir, frente a todos, su orientación sexual. Acto por el que me enorgullece y me siento feliz por ella. La observo desde donde nos encontramos y sonrío. Es una mujer muy valiente.

—Supe que mandaste a la editorial a la mierda —cuenta Loren. Me toma de la mano y paseamos por el inmenso jardín de la casa de Ginger.

—Sí, querían hacerme famosa por la polémica que se armó en la presentación —le explico. Él hace una mueca y asiente—. Por ese motivo es que me harté.

—Después de que todos sepan que eres mi novia, dudo que te haga falta tener polémicas —fanfarronea. Le doy un golpecito en el pecho, ¡Es idiota!—. Es broma, es broma. No te hace falta salir con un chico codiciado como yo. Escribes genial.

—Qué humilde por tu parte —respondo con sarcasmo.

—¿Verdad que sí?

Sonrío y miro a Belce. Pasta por la hierba y salta feliz. Loren me toma las dos manos y detiene nuestros pasos para observarnos bajo el manto estrellado de la noche.

—Y dime, ¿dejarás de escribir? —Niego con la cabeza—. Bien, porque si me llegas a decir que sí, te bloqueo en WhatsApp, aunque vayamos a vernos todos los días, solo para que duela.

Me río y le sostengo las mejillas. Se las aprieto hasta que queda con la cara como un pez. Me pongo de puntitas y beso sus labios, dejándolo bizco.

—Creo que escribiré una nueva novela, pero no será histórica ni erótica —cuento.

—Ah, ¿no? —Niego en respuesta—. ¿Qué género será?

—Comedia romántica.

Me mira y arquea una ceja.

—Lo siento, Koala, pero no te veo siendo humorista. —Le doy un capón—. ¡¿Qué?!

—A veces caes mal.

—Así me amas. —Sonríe y lo imito. Me deja tonta—. ¿Y cómo se llamará el libro?

—He pensado en: ¡Estás como una cabra! —exclamo.

Se empieza a reír hasta que los ojos le lloran.

—¿Con la exclamación incluida? —Asiento entre risas—. Me gusta —susurra después, envolviéndome entre sus brazos—. ¿También seré el protagonista?

—De esta y de todas mis nuevas historias —le digo para perderme de nuevo entre sus labios.

La noche se alarga y Loren me lleva a casa en su coche. Petunia no arranca desde el día de la persecución.

—¿Quieres que vea qué es lo que le falla? —propone Loren.

—¿Sabes de mecánica?

—No, aunque suena muy varonil.

No puedo con este hombre. Me río y niego con la cabeza. Lo sigo con Belce en brazos, se ha dormido en el coche como un bebé. Loren levanta el capó de Petunia y un segundo después, un pequeño estallido llena alrededor de humo negro. Cuando Loren saca la cara, está todo color carbón. Me empiezo a reír y él me mira mal.

—A qué te ensucio —amenaza.

—Ni se te ocurra —levanto el dedo índice en advertencia.

Él sonríe y vuelve a observar el coche. No sé si es por el color que tiñe su piel o si en realidad está poniendo caras raras.

Cuando saca una bolsa de plástico transparente en la que hay dentro algo que desconozco, me doy cuenta de que esas caras eran reales.

—¿Qué es eso? —pregunto y él se encoge de hombros. Lo descubre y extiende frente a nosotros apuntes de mi padre junto a un mapa a pequeña escala en una esquina—. Oh, no.

Loren sonríe y me mira de reojo.

—Cuando nos aburramos ya sabemos qué hacer —propone.

—No —levanto un dedo y niego con la cabeza—. No, nunca más.

—¿Segura? —Recuerdo todo lo que hemos vivido y la historia que hemos podido ver. Fue algo tan maravilloso que me deja la duda. Loren se carcajea y guarda donde estaba ese papel—. Haremos como que esto no ha sido encontrado —dice luego—. Y si algún día nos da por volver a hacer de cazatesoros, aquí estará.

Asiento y cuando cierra el capó, lo tomo por los hombros con el brazo con el que no cargo a Belce.

—Por el momento, el único papel que quiero hacer es de escritora que te vuelve loco.

Agranda la sonrisa.

—Me gusta.

—Y tienes que ducharte. —Paso un dedo por su mejilla y le muestro el color negro que se quedó en mi piel—. Te puedo acompañar.

—Solo si me vas narrando todo lo que hagamos como si lo estuvieras escribiendo.

—Trato hecho —acepto.

Me carga en brazos junto a Belce y me lleva en volandas hacia la casa. Me da miedo que me estampe la cabeza en el marco de la puerta y me contraigo como gusano. Por suerte la esquina bien para no dejarme ahí las pocas neuronas que me quedan vivas tras conocerlo a él.

Porque al final, después de todo, puede que yo también esté como una cabra.

## Sobre el autor



Jana V. Moreno es una autora residente en Valencia, España. Nació el treinta de marzo del noventa y seis en un pueblo Valenciano llamado Benimodo.

Comenzó a escribir en Wattpad, una aplicación gratuita de escritura. Un año más tarde, dio el paso a la publicación de sus libros en Amazon.

Sus libros de género variado mezclan el misterio, el romance, la acción, el erotismo y el humor.

Su primera obra, publicada en 2018 titulada "El peón: el juego ha comenzado" es la primera entrega de una trilogía de ámbito fantástico y paranormal.

En 2020 publicó su obra "A dos pasos detrás de mí" una novela policiaca y a su vez, publicó "Por capricho de la vida" una comedia romántica LGBT.

En el 2021, inició con el proyecto de la saga "Los hermanos Marim", un thriller policiaco donde destaca la acción, el romance y el erotismo. La saga dio su final en el 2023 con los libros "Justicia", "Venganza" y "Libertad".

De la saga surgió una secuela de tres libros iniciada a finales del 2022 y principio del 2023, empezando por "La tentación del villano" y siguiendo con "La muerte del villano" y "la redención del villano". Las tres concluidas en el 2023.

En el 2022 fue galardonada con el premio Watty con su novela "¡Estás como una cabra!" Siendo una novela de comedia romántica que da voz a las personas con autismo.

En el 2023 terminó dos retellings de cuentos cortos y eróticos sobre Blancanieves y La Bella y la bestia llamadas "Las rosas del caníbal" y "Blanca no es". El último consiguiendo una gran notoriedad en Wattpad antes de su eliminación.

En el mismo 2023 también publicó "Finisterre" una novela postapocalíptica de misterio y romance en alta mar.

Junto a esa publicación se sumó "Anairam", una crítica a la contaminación ambiental, donde el erotismo y el amor es el punto fuerte junto a la ciencia ficción.

También inició varios libros más; dos de romance y erotismo "Retorcida seducción", "El camarógrafo" y una novela de ciencia ficción y fantasía junto a romance LGBT llamada "Éxodo".

Puedes seguirla y contactarla en sus redes sociales.

Instagram: janav.moreno

Facebook: Jana V Moreno Escritora

Wattpad: JanaVMoreno